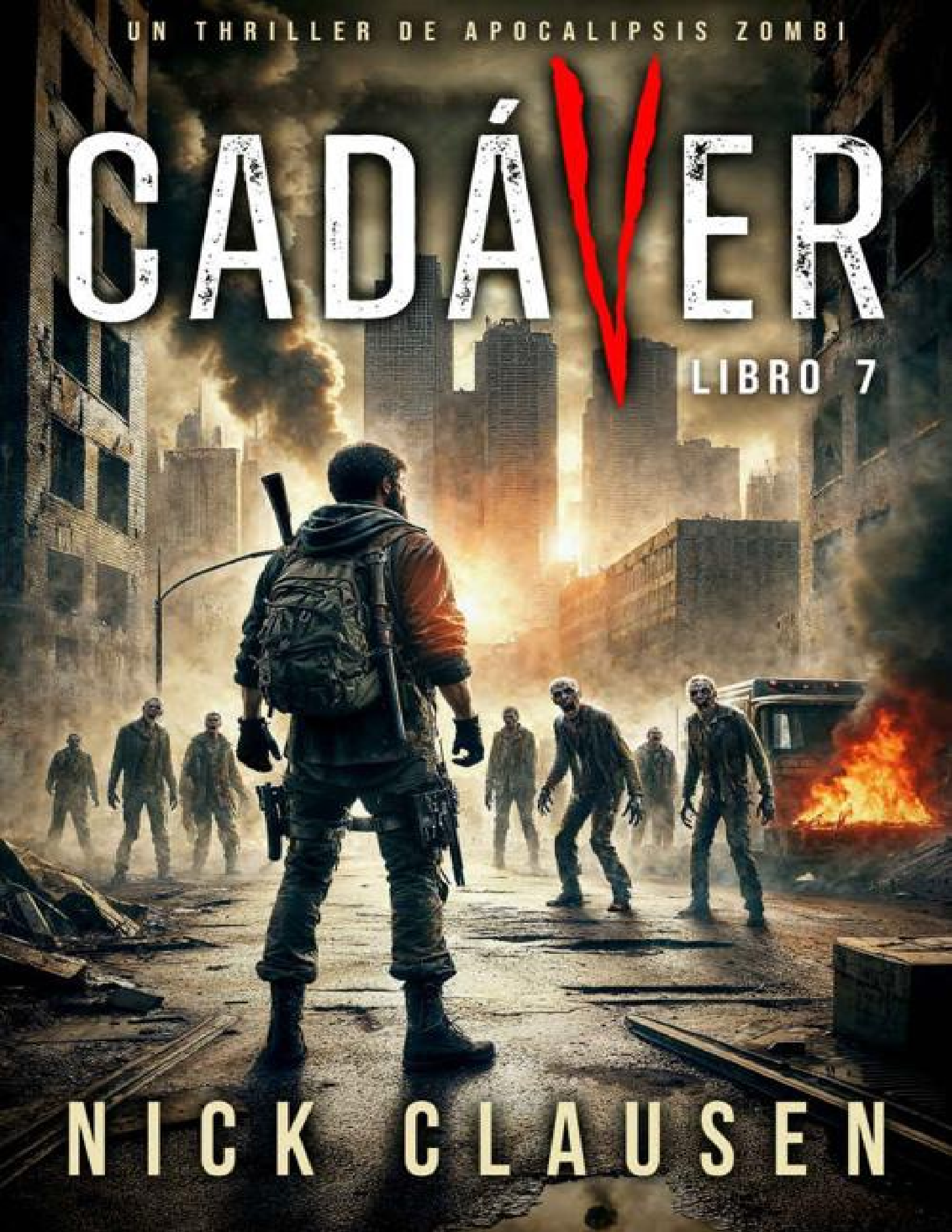
UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBI

CADÁVER

LIBRO 7



NICK CLAUSEN

Copyright © 2024 de Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de los EE. UU.

CONTENIDO

1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. Chapter 5
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13
14. Chapter 14
15. Chapter 15
16. Chapter 16
17. Chapter 17
18. Chapter 18
19. Chapter 19

20. Chapter 20
21. Chapter 21
22. Chapter 22
23. Chapter 23
24. Chapter 24
25. Chapter 25
26. Chapter 26
27. Chapter 27
28. Chapter 28
29. Chapter 29
30. Chapter 30
31. Chapter 31
32. Chapter 32
33. Chapter 33
34. Chapter 34

1

—¿Entonces… lo fuiste?

La pregunta rompe el silencio en la sala de estar. Es Aksel quien la hace.

Todos están sentados o de pie alrededor. Por las ventanas, se ve ya el amanecer. El cielo es de color gris, profetizando otro día helado. Tres personas infectadas están justo al otro lado de la ventana, intentando entrar. Kristoffer ya se ha acostumbrado a sus sonidos y apenas los escucha. Él, Anne y Ella regresaron hace solo unas horas.

Anne acaba de relatar lo que les contó en el coche. Obviamente, fue impactante, especialmente para Ella. Kristoffer sabe lo que es crecer sin un padre, pero no tiene ni idea de lo alocado que debe ser descubrir de repente que tienes un padre del que no sabías, y, además, que está aquí.

Ella está sentada al borde de la cesta de la leña. En la estufa, un fuego chisporrotea. Tiene las manos entrelazadas frente a ella, y las está mirando. Su madre está junto a la mesa de centro, con los brazos cruzados sobre el pecho, su mirada está fija en el suelo.

Todos los demás están mirando a Folmer. El guardia de prisión está apoyado contra la pared, junto a la entrada de la cocina, como si estuviera a punto de irse. Mira a Aksel.

—¿Fui qué?

—Un donante de esperma —pregunta Aksel—. En aquella época, cuando… —Asiente hacia Ella.

Folmer resopla.

—Pues sí, lo fui. Pero solo una vez. Fue una idea estúpida. Solo quería hacer algo de dinero rápido. Me arrepentí muchas veces y…

Ella gime y cierra los ojos.

—…y si pudiera volver atrás, nunca lo hubiera hecho.

—Tal vez deberías dejar de hablar —dice Anne. Su voz es tranquila, pero más fría que el aire exterior. Todavía no mira a Folmer—. O al menos piensa antes de hacerlo.

Folmer levanta los brazos.

—Mira, solo te estoy diciendo cómo fue. Nunca quise hijos. Solo… solo vi un anuncio, apliqué, me aceptaron, fui, me masturbé, me pagaron, y luego nunca…

Se detiene al ver a Anne cruzando el suelo con una expresión asesina en los ojos.

—Ey, ey —dice Aksel, saltando frente a ella—. Vamos a calmarnos, ¿de acuerdo?

—Quítate de en medio —gruñe Anne, en la cara de Aksel—. ¡Apártate! ¡Ahora mismo!

—No voy a hacerlo, Anne —dice Aksel—. Solo estamos hablando, ¿vale?

—Bueno, él ya ha terminado de hablar —dice Anne agitada, mirando con furia a Folmer por encima del hombro de Aksel—. Y tiene suerte de que no tenga mi maldita pistola conmigo.

—Eh, cálmate —le dice Folmer—. No hay necesidad de amenazas, ¿eh? Tienes lo que querías, ¿no? Tienes una hija perfecta.

Es un cumplido, al menos en teoría, pero la forma en que lo dice suena como si no lo dijera en serio.

—Por lo que puedo ver, no hice nada malo.

—No —dice Ella, mirando hacia arriba por primera vez—. No lo hiciste. No lo hizo, mamá. Por favor. Siéntate y hablemos.

Anne no se sienta. En su lugar, va hacia su hija y le aprieta el hombro.

—Sabes —continúa Ella, echando un vistazo hacia Folmer—, he soñado muchas veces que conocía a mi padre. Siempre eras un policía en mis sueños, igual que mamá. Al menos en eso acerté.

La última parte la murmura en voz baja.

—Había muchos otros donantes —dice Folmer—. A menos que hagamos una prueba de paternidad, no tenemos forma de saber con certeza si realmente soy tu…

—Oh, por favor —suspira Anne—. Te lo he dicho: vi tu maldito nombre. ¿Crees que me lo estoy inventando? Créeme, ojalá no fuera verdad.

—Tengo que decir que esa punta de la nariz —interviene Belinda, mirando a Folmer y luego a Ella—. Es bastante distintiva. Y Anne no la tiene. Lo noté en cuanto te vi, Ella.

Folmer gruñe, cruzando los brazos con fuerza.

—De acuerdo, supongamos que es así. ¿Y qué? —Mira a Anne—. ¿Qué quieres de mí? ¿Pensión alimenticia?

—No quiero nada de ti —responde Anne de inmediato.

—Mamá, por favor —dice Ella. Mira hacia Folmer—. Yo no quiero nada. Sé que esto es demasiado y no es exactamente lo que querías escuchar. Así que, tómate tu tiempo y acostúmbrate a la idea, y luego tal vez hablemos después, solo tú y yo.

Folmer parece que lo último que quiere hacer es hablar más sobre esto, pero no dice nada.

Aksel se aclara la garganta.

—Odio seguir insistiendo, pero hay una cosa más que necesitamos aclarar. Y es muy importante. Mientras hablabais, algo me llamó la atención. Hubo un momento… casi lo olvidé. En el autobús, justo después de sacarte. —Mira a Folmer—. Volví adentro para recoger tu pistola, ¿recuerdas?

—¿Sí? —dice Folmer en un tono cauteloso.

—Bueno, noté algo extraño. No le di mucha importancia, pero ahora tiene sentido. Esos cuatro zombis dentro del autobús, todos se habían movido hacia el otro extremo, a pesar de que estabas justo allí, junto a ellos, como hace unos segundos. Deberían haber estado todos juntos apretados contra la rejilla.

—¿Y qué?

—Entonces, estuviste todo el día en ese autobús. ¿Dónde estaban exactamente los zombis?

Folmer se encoge de hombros.

—Estaban allí mismo en el autobús conmigo. Tú mismo lo viste.

—Sí, pero ¿alguna vez se acercaron a la rejilla?

Folmer parece pensar.

—Sí, de vez en cuando.

Aksel mira alrededor a los demás.

—No puedo ser el único que está escuchando esto, ¿verdad?

—No —dice Kristoffer, mirando a Folmer. Inmediatamente entiende a lo que Aksel está apuntando—. Si estaban interesados en ti, no se habrían alejado de esa rejilla ni un segundo. Créeme. Pasé días en una despensa. La mujer infectada se quedó justo fuera de la puerta, día y noche, cada segundo.

Folmer mira de Kristoffer a Aksel. Parece que no sabe si reír o fruncir el ceño.

—Mira, esto es ridículo. No soy inmune, ¿de acuerdo? Lo habría notado.

—Yo no lo noté —dice Ella simplemente—. Estaba demasiado ocupada corriendo.

Folmer la mira de reojo; casi parece que no quiere mirarla directamente.

—De acuerdo, bueno, podemos ponerlo a prueba —dice Aksel, señalando las ventanas—. Eso nos dará pistas

—Oh, no —se burla Folmer, levantando las manos—. No voy a salir ahí fuera. Ni loco.

—No tendrás que hacerlo. Los demás… ¿podéis moveros hacia la puerta, por favor? No podemos permitir que interfiráis con los resultados. Folmer, ve a esa ventana, y yo voy a esta de aquí.

Folmer gruñe.

—Esto es una estupidez. Te estoy diciendo que no soy inmune.

—Solo hazme caso —dice Aksel, señalando—. Ve a la ventana, por favor.

Folmer sacude la cabeza, pero va a la ventana del lado este. Se apoya en la mesa y cruza los brazos.

Aksel se coloca junto a la ventana en el otro extremo de la habitación. Hay zombis fuera en ambas ventanas; dos junto a la de Folmer y uno junto a la de Aksel. Casi de inmediato, la pareja fuera de la ventana de Folmer se mueve hacia un lado, desaparece de la vista por unos segundos y luego reaparece fuera de la ventana de Aksel.

Aksel levanta las cejas hacia Folmer.

—Oh, vamos —ríe Folmer, señalando a los demás—. Está claro que es el grupo quien los atrae. Están más cerca de tu ventana que de la mía.

—Bien, cambiemos —dice Aksel, yendo al extremo de la habitación de Folmer. Folmer se burla, sacude la cabeza, pero va a la ventana en la que Aksel estaba de pie. Apenas llega cuando los tres zombis ya se han movido. Se agrupan fuera de la ventana donde Aksel está ahora.

—No lo sé, hombre —dice Aksel—. Parece bastante claro que tienen hambre de un filete de Aksel y no están realmente interesados en tu tocino.

—Es una coincidencia —argumenta Folmer—. Se mueven todo el tiempo.

Pero ya no suena muy convencido.

—Eso es prueba suficiente para mí —dice Ella—. Realmente es inmune, igual que yo.

—Así que eres su padre —concluye Belinda, apretando los hombros de Rosa.

—Esa es una excelente noticia —dice Aksel, sonriendo—. Significa que tenemos a dos personas a las que el draug no puede tocar.

2

Al girar en la última curva en el camino, Kjell ve el hangar aparecer frente a él.

—"Hangar" quizá sea un poco exagerado llamarlo así, sin embargo. Aunque el edificio tiene esa forma característica de medio barril con una puerta en un extremo, apenas parece lo suficientemente grande como para aparcar algo más que un biplaza.

Sin embargo, eso no es un problema. Kjell no tiene planes de llevar a nadie. Mientras la aeronave pueda llevarlo de forma segura a San Petersburgo, no le preocupa mucho su tamaño. De hecho, viajar en un avión pequeño podría ser una gran ventaja ahora mismo. Menos probable de ser detectada. Está bastante seguro de que todo el tráfico aéreo ya ha sido prohibido, y entrar en un país como Rusia probablemente sea más arriesgado que en la mayoría de los lugares. Sospecha que hay una alta probabilidad de que los rusos no se molesten en advertirles por radio si los detectan, sino que simplemente los derribarán.

«Suerte que es un país tan jodidamente grande», piensa Kjell. «Hay mucho espacio aéreo por el que entrar, sin ser monitoreado».

Detiene la camioneta en lo que parece ser un estacionamiento. No hay más coches allí, y nadie se ha molestado en poner señales o trazar líneas en el pavimento agrietado.

A la derecha hay una pista de aterrizaje estrecha. Flanqueada por abetos a ambos lados, parece tener apenas un poco más de tres metros de largo. El asfalto brilla con escarcha en la luz temprana del día. No muy lejos, hay algo en el suelo.

Kjell saca sus binoculares y revisa. Es una persona infectada. La mayor parte de su rostro está destrozado. Podría haber sido fruto de un disparo con un rifle de caza, o podría ser obra del milano real posado sobre el cuerpo. El ave lo mira fijamente (probablemente es capaz de distinguirlo con poca dificultad), luego se inclina y sigue comiendo.

Kjell escanea el lugar y distingue otro par de piernas que sobresalen detrás del hangar. Se queda sentado en la camioneta durante unos momentos, escuchando Hello, Goodbye mientras espera a ver si alguien sale a recibirlo. Cerca hay un pequeño edificio de madera. La puerta no se abre. Hay una vieja camioneta aparcada en el espacio entre los edificios, pero no tiene placas y parece que no ha funcionado en años.

—Huh, no parece muy prometedor —murmura, apagando el motor y la canción.

Lleva el arma, sale, estira las piernas y luego camina hacia el edificio. Silba una melodía y se asegura de parecer casual, como un turista inofensivo que pasó por ahí y busca un baño. En realidad, Kjell está muy alerta. Deliberadamente no se puso el gorro al salir del coche, sin querer perjudicar su audición. Finge echar un vistazo despreocupado a su alrededor, escaneando en todas direcciones en busca de cualquier movimiento.

Delante del edificio hay un charco oscuro y congelado. Quienquiera que haya muerto aquí ya no está, pero se puede ver un rastro que conduce hacia los árboles.

«Probablemente lo arrastraron los lobos».

Llega al edificio. No tiene ventanas, así que golpea la puerta. Como sospechaba, no hay sonidos en el interior. Podría ser que quien esté dentro esté manteniendo el silencio, sin querer ser descubierto, pero es mucho más probable que no haya nadie allí.

Kjell nota un trozo de cartón encajado en la puerta casi en la parte superior. Inclina la cabeza para leer la nota.

«Tuve que irme. Demasiados infectados. Para consultas comerciales, contáctame en el número abajo».

En la parte inferior hay un montón de tarjetas de visita grapadas.

Kjell cuidadosamente arranca una. Tiene una foto tipo carné de un hombre mayor con barba descuidada y grandes ojeras, junto con el texto: "Osmond Ibsen, Piloto Privado Certificado", y un número de celular.

«Al menos encontré al tipo correcto», piensa Kjell, sacando su teléfono.

Mientras marca el número, mira de reojo y algo le parece extraño. No puede identificarlo de inmediato, pero algo ha cambiado. Entonces se da cuenta de lo que es: las piernas del cadáver ya no son visibles.

Kjell guarda el teléfono en su bolsillo, saca el arma y rápidamente se aleja del edificio. Normalmente, se sentiría más expuesto al aire libre. Un blanco más fácil para alguien con un arma. Pero al tratar con los infectados, cuanto más espacio abierto haya a tu alrededor, mejor. Es más difícil para ellos acercarse sigilosamente.

Con el arma lista, camina en un arco alrededor del hangar. Gradualmente, el lugar donde había yacido el cadáver se hace visible. Ya no está, eso es seguro. Hasta ahora, Kjell no ha visto a los infectados tumbarse o parar a descansar. Cuando no están atraídos por algo en particular, simplemente deambulan. A lo sumo, se detendrán por unos momentos, aparentemente tratando de localizar a la presa más cercana.

Así que las piernas que vio pertenecían a alguien que murió recientemente y ahora ha vuelto a levantarse, o a alguien que no estaba muerto en absoluto.

Kjell se inclina hacia la primera explicación, ya que no puede imaginar que alguien vivo estuviera tumbado en el suelo congelado. Pero si fue alguien infectado que acaba de volver a la vida, ¿por qué no vino directamente hacia Kjell? ¿Por qué se levantarían y caminarían en la otra dirección, alrededor del hangar?

La respuesta se le hace clara al moverse y obtener una mejor visión de la zona.

La persona es, sin duda, una mujer. Y está completamente muerta. Antes de morir definitivamente, estaba infectada, pero le volaron el cráneo, probablemente con el mismo rifle de caza que se encargó del tipo en la pista.

La mujer no ha vuelto a la vida. No se ha movido por sí sola. En lugar de eso, ha sido arrastrada unos metros por un enorme oso pardo.

Sin duda el depredador había escuchado llegar a Kjell incluso, probablemente, olió la camioneta desde kilómetros de distancia…

Al ver a Kjell, deja de mordisquear la pierna de la mujer, haciendo que su cuerpo inferior caiga de nuevo al suelo. El oso lo observa y exhala por las fosas nasales. Kjell nunca cazó osos, y realmente no sabe mucho sobre ellos, pero está bastante seguro de que ese sonido no es una invitación para comer con él.

—Es toda tuya —dice Kjell con lo que espera que sea una voz calmada. Retrocede, asegurándose de mantener al oso a la vista y el arma lista para disparar—. No la comería si fuera tú, pero ciertamente no voy a detenerte.

El oso planta su pata delantera sobre el estómago de la mujer, haciendo que ésta emita un gemido mientras el aire es expulsado de sus pulmones. El oso alza la cabeza, pero no ruge ni ataca.

«Tengo suerte. No hay crías. Tampoco tiene demasiada hambre».

Cuando está lo suficientemente lejos como para que el oso probablemente no pueda alcanzarlo, Kjell comienza a moverse de lado lentamente, y en el momento en que el oso deja de verlo, corre hacia la camioneta, esprintando sobre el pavimento.

Mira hacia atrás una vez, asegurándose de que el oso no lo esté persiguiendo. Al llegar a la esquina del hangar, lo observa. Probablemente está asegurándose de que Kjell no intente acercarse sigilosamente y robarle su presa.

Kjell salta dentro de la camioneta y cierra la puerta de un golpe.

Respira rápidamente mientras mira al oso. Todavía está de pie junto al hangar, observándolo. Pero su hocico se mueve, y parece haber perdido el interés en Kjell. En su lugar, gira la cabeza hacia el bosque. Se queda así durante un minuto entero.

Kjell considera marcharse, pero por un lado está un poco nervioso por encender el motor, ya que no está seguro de cómo reaccionará el oso al sonido, y además, siente curiosidad por lo que ha captado la atención del oso.

La explicación se revela un minuto después entre los árboles. Un zombi errante, un hombre mayor, vestido solo con sus calzoncillos y los restos de una camiseta interior rasgada y ensangrentada, sale tambaleándose hacia el pavimento.

Está bastante claro que el tipo se dirige hacia Kjell. Pero para llegar hasta él, tendrá que pasar peligrosamente cerca del hangar. Y el oso no parece estar de humor para un encuentro tan cercano.

El oso emite una serie de gruñidos bajos. Cuando el muerto no hace caso de la advertencia, el oso se levanta sobre sus patas traseras, alcanzando una altura terrorífica de dos metros y medio. La vista sería suficiente para hacer que cualquiera se orine de miedo, pero el zombi ni siquiera parece verlo; simplemente sigue caminando.

El oso ruge y da unos pasos hacia adelante, atacando al tipo con sus garras. Sin intentar defenderse, el zombi se derrumba como un muñeco. El oso lo aplasta y lo destroza… literalmente. Incluso gravemente desmembrado, el tipo sigue intentando avanzar. El oso muerde su cuello y, con una serie de violentas sacudidas, logra romper alguna conexión vital que el zombi se detenga.

Soltando a su oponente, el oso mira fijamente la figura sin vida. Luego gira la cabeza hacia Kjell. Su boca está abierta, respira con dificultad, y sus ojos parecen preguntar: «¿Tú sigues? ¿O te vas?».

Kjell traga, gira la llave y rápidamente se aleja.

3

Ella está sentada junto a la ventana, acurrucada en un sillón, sosteniendo una taza de té caliente.

Observando a las gallinas en el gallinero, ocupadas en sus asuntos, Ella no puede evitar preguntarse si los animales están destinados a sobrevivir a los humanos. Si este es su momento para, una vez más, vagar por la tierra sin ser molestados por el plástico en los océanos, las autopistas transitadas y los bosques en retroceso.

Por un momento, imagina cómo sería la Tierra si los zombis ganaran. Las casas, las carreteras, los puentes, cada estructura creada por el hombre desmoronándose lentamente, sucumbiendo al desgaste de los elementos.

Se acuerda de un libro que leyó una vez. No recuerda el título, pero comienza con la descripción de una mansión abandonada que ha sido invadida por la vegetación. Una línea en particular se grabó en su memoria: «La naturaleza había vuelto a reclamar lo que era suyo».

Eso lo resume todo. La vegetación se tragará las ciudades. Los animales tomarán el control de todos los continentes. El cielo volverá a pertenecer solo a las aves.

No sería tan malo, realmente. Muy pacífico. Lo único que arruinaría la imagen serían los muertos vivientes recorriendo el planeta en una búsqueda desesperada de algo en lo que clavar los dientes. Quizás, cuando se desesperen lo suficiente, ¿se volverán caníbales? Ella lo duda. Le parece mucho más probable que los zombis seguirán caminando hasta que se pudran y se desmoronen.

Toma un sorbo de té. Es Earl Grey, no es su favorito, pero es el único que tenía Kristoffer. Ella está simplemente agradecida de tener algo caliente para beber. Lavó su ropa anoche, y se secaron durante la noche colgadas junto a la estufa de leña. Vestida con ropa limpia y después de una ducha caliente, Ella se siente casi humana de nuevo. Podría usar una lima de uñas y un poco de delineador, pero obviamente, Kristoffer no tenía nada de eso, y tampoco tenía acondicionador ni

desodorante antitranspirante, así que tendrá que acostumbrarse a un aspecto y un olor más natural.

Por supuesto, tiene otras cosas más importantes en mente.

Por ejemplo, haber conocido a su padre. Fue un verdadero giro inesperado. Aún no ha tenido la oportunidad de sentarse a hablar con él, ni siquiera parece remotamente interesado en hacerlo, se mantiene solo todo el día, evitándolos a todos. Pero por lo que ha conocido de él, está muy lejos de la imagen que tenía de su padre.

Para empezar, no es muy grande, físicamente. Es de estatura media y bastante delgado. No le da la impresión de ser un guardia de prisión. Pero lo más decepcionante es cómo actúa. Ella realmente esperaba que su padre fuera un poco más valiente. Digno. Fuerte. En cambio, Folmer parece bastante tímido, sarcástico, e incluso francamente grosero la mayor parte del tiempo.

Pero su mayor preocupación, la cosa en la que su mente está prácticamente siempre ocupada, es el draug.

Desde que llegaron aquí, Ella lo ha sentido. Al principio pensó que era solo su imaginación, pero la sensación solo se vuelve más fuerte con cada hora que pasa. Cada vez que se queda dormida, sueña con el agujero en la colina. Incluso cuando está bien despierta, parece escuchar una voz ronca susurrando palabras incomprensibles desde el otro lado de la habitación. Obviamente, cuando se da la vuelta, no encuentra nada allí.

Lo que es tan inquietante al respecto es que no puede descifrar qué quiere el draug. Si le es amistoso. O si está enfadado por su presencia aquí.

Cualquiera de las dos cosas podría ser cierta. O ninguna de ellas.

Si es cierto lo que Kristoffer le contó, y Ella ya no tiene razones para creer lo contrario, entonces el draug no debería poder hacerle daño.

Pero eso no significa que no pueda guardar rencor contra ella. Es muy posible que la culpe por su destino. Después de todo, fueron sus antepasados quienes lo atraparon en la tumba, cuando aún era un hombre, y lo maldijeron con los antiguos hechizos que lo hicieron resucitar como el monstruo no muerto que ahora ha sido despertado. Si alguna vez…

—Ahí estás.

Ella se sobresalta, casi derramando el té. Kristoffer está de pie junto a ella, sonriendo. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no lo oyó acercarse.

—Perdona, no quería asustarte —dice él—. Solo quería pedirte un favor.

—Claro —dice Ella, dejando la taza—. ¿Están de nuevo en la puerta trasera?

Él se encoge de hombros.

—Es casi como si supieran que es por ahí donde entramos y salimos.

—Quizás lo sepan. Quizás todavía les quede un poco de función cerebral.

—Sí, no lo sé —gruñe Kristoffer, señalando por la otra ventana—. Ese tipo de ahí parece pensar lo contrario. ¿No lo viste?

—¿No? —levantándose del sillón, Ella va a ver a qué se refiere Kristoffer. Al fondo del jardín hay un reloj de sol. Está montado sobre un pilar de piedra, mide un poco más de un metro de altura, y es de hierro, hecho para parecer un globo con una flecha atravesándolo. Sin embargo, la punta de la flecha no es visible, porque un chico adolescente con una barba incipiente y una camiseta de Offspring está de pie justo contra el reloj de sol. Se mueve de un lado a otro, como si intentara pasar el obstáculo, pero parece incapaz de hacerlo.

—Se atravesó con la flecha —dice Kristoffer por encima del hombro de Ella—. Lo vi hacerlo. Simplemente caminó hacia la flecha y siguió empujando. Creo que está atascada entre sus costillas o algo así. Ha estado ahí desde el amanecer.

—Madre mía —susurra Ella, y no puede evitar sonreír a pesar de lo terrible de la situación—. De acuerdo, lo retiro. Realmente tienen el cerebro frito.

—Sí. Pero eso juega a nuestro favor, así que no me quejo.

Se miran por un momento. Kristoffer parece haber olvidado lo que estaban haciendo.

Ella levanta una ceja.

—¿Ibas a salir?

—Ah, cierto, sí. Necesito recoger los huevos y traer más leña. Si pudieras, ehm... Quiero decir, podría pedirle a Aksel que me ayude, o simplemente dispararles desde la ventana, pero...

—No, ya lo sé. Acordamos ahorrar munición para cuando realmente sea necesario. No me importa ayudarte.

Él sonríe.

—Gracias.

Mientras caminan hacia el lavadero, Kristoffer mira por encima de su hombro.

—Sabes, realmente odio molestarte...

—¿Puedes dejar de disculparte?

—No, es solo que... Sé cuánto debes tener en la cabeza.

—Está bien, de verdad.

Kristoffer se detiene junto a la puerta trasera. Es una de esas puertas muy antiguas, pesadas, de madera, con una gran ventana de vidrio esmerilado, por lo que pueden ver fácilmente las figuras

afuera, aunque no distinguir los detalles. Obviamente no hace falta; los ruidos son más que suficientes.

—Siento que... —dice Kristoffer, mirando pensativo las sombras que rascan el vidrio—. Siento que tengas tanta presión. Y ni siquiera sé con certeza si es verdad o no. Quiero decir, lo siento en las entrañas, pero... No puedo evitar preguntarme, ¿y si todo está en mi cabeza?

—Entonces también está en la mía —lo tranquiliza Ella—. Y no fuiste tú quien lo puso ahí. Lo sentí antes de que tú y yo habláramos, ¿recuerdas?

—Sí —responde Kristoffer, mordiéndose el labio. La mira con el ceño fruncido—. Entonces, ¿has pensado en lo que vas a hacer?

Ella se pone la chaqueta que ya tiene manchas de sangre, junto con los guantes de jardinería.

—No he pensado en nada más, para decirte la verdad. Pero aún no lo sé. Y cuanto más espero, más personas se infectan por toda Europa... —Suspira—. Realmente desearía que hubiera un manual para esto.

—Lo único que tenemos es el libro —dice Kristoffer con pesar—. Y lo he leído de cabo a rabo como veinte veces. No nos dice cómo...

—No, lo sé —Ella asiente y toma una profunda respiración—. Creo que iré allá.

Kristoffer la mira con atención.

—¿Estás segura?

—Sí. Si no es por otra cosa, al menos para ver qué pasa.

—Iré contigo. Todos iremos contigo.

—No, no creo que sea buena idea. Realmente creo que es mejor que vaya sola. No quiero provocarlo si puedo evitarlo.

Kristoffer asiente lentamente.

—Lo entiendo. Solo, por favor, ten cuidado.

—Lo tendré.

Ella toma el palo de golf que está apoyado en la pared. También está cubierto de sangre oscura y seca.

—Bueno, vamos a ponernos a ello, ¿no?

—¿No preferías el hacha? —pregunta Kristoffer, señalando el hacha de mango largo.

—No, no hace falta. Siempre se queda atascada.

—¿Verdad? Aksel aún la prefiere. Dice que hace más daño.

—Probablemente sea solo porque hacha en inglés le recuerda a su nombre —bromea Ella.

Kristoffer suelta una carcajada y luego se dirige a la ventana junto al fregadero. Inclinándose sobre el mostrador y golpeando el vidrio con los dedos, atrae inmediatamente a los zombis lejos de la puerta. Ella gira la llave, abre la puerta y sale al exterior. Hay tres de ellos. Afortunadamente, esta vez no hay niños. La niña de la cocina de Gunhild aún la atormenta.

—Muy bien —les dice Ella, respirando profundamente un par de veces, tratando de animarse —. Ya conocen el procedimiento. Por favor, formen una fila.

Por supuesto, no hacen lo que les pide. No esperaba que lo hicieran. Realmente está hablando para mantener la cordura. Es algo que ha aprendido de Kristoffer… él lo hace todo el tiempo. Probablemente así es como logró no colapsar en esa despensa.

Ella toma posición detrás de los zombis. Levantando el palo de golf, apunta con cuidado al cráneo del tipo más cercano. Luego empieza a golpear.

4

A unos kilómetros más adelante en la carretera, Kjell decide que es seguro detenerse. El oso no lo persiguió cuando se fue, y probablemente está ocupado despedazando los cadáveres en este momento.

«Espero que no se infecte. Un maldito oso zombi… eso sí que sería divertido».

Pero Kjell está bastante seguro de que el virus no afecta a los animales. Si lo hiciera, sin duda ya se habría encontrado con varios de ellos.

Saca el teléfono y llama al número de la tarjeta de visita.

Alguien contesta de inmediato, resopla, escupe, y luego ladra con una voz gruesa y nasal:

—Osmond.

—No eres un hombre fácil de encontrar.

Hay un momento de vacilación.

—Bueno, ¿quién me reclama?

—No soy poli, no te preocupes. No tengo ninguna intención de cerrar tu negocio.

—Yo no tengo un negocio ilegal —gruñe Osmond—. Soy un hombre de negocios legítimo.

—Sí, lo sé —dice Kjell, tratando de no reírse—. De hecho, estoy interesado en tus servicios. Por eso estoy llamando.

Osmond resopla y escupe de nuevo, luego dice con un tono mucho más acogedor:

—Bueno, ¿por qué no lo dijiste desde el principio? ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas leña? ¿Gasolina? ¿Comida?

—Nada de eso, estoy tratando de salir del país.

Una cierta inquietud vuelve a la voz de Osmond. Incluso cuando no está hablando, Kjell puede escuchar una respiración entrecortada. El tipo está o muy gordo o tiene un resfriado fuerte. O ambos.

—Bueno, verá, señor, lamentablemente he tenido que pausar temporalmente mis servicios de piloto.

—¿Por qué?

Osmond gruñe.

—¿No has estado viendo las noticias? Hay una prohibición de vuelo en casi toda Europa.

—¿Incluye eso a Rusia? Estoy pensando en San Petersburgo, en particular.

Esta vez, la pausa es más larga.

—¿Hemos trabajado juntos antes, señor? No recuerdo tu nombre.

—No te di mi nombre —dice Kjell jovialmente—. Puedes considerarme un amigo cercano de la familia.

—Ya no me queda familia. Bueno, excepto un sobrino inútil, pero no he sabido de él en años.

—Me temo que no volverás a saber de él jamás —dice Kjell, adoptando un tono falso de pesar —. Lamentablemente, Jan se infectó y murió hace solo dos días.

—Joder —murmura Osmond—. ¿Cómo lo sabes?

—Estaba con él cuando ocurrió. Se fue en paz.

—Oh, por favor. Puedes dejar de tratar de consolarme. Los he visto morir. No hay nada pacífico en ello.

—Lo sé. Solo intentaba ofrecer algo de consuelo. Estoy seguro de que enterarte de la muerte de tu sobrino debe ser un golpe fuerte.

—Sí —murmura Osmond—. Claro, no me gustaba el pobre idiota, pero tampoco lo odiaba. Nunca pensé que sobreviviría, así que no me sorprende.

—Ya que estamos siendo honestos, yo tampoco me sorprendí. Hice lo mejor que pude para ayudarlo, pero… —Kjell chasquea la lengua—. Al final, ni mi protección pudo mantenerlo a salvo. De todos modos, entiendo que tú y él teníais un acuerdo sobre San Petersburgo.

Otro resoplido y escupitajo. Kjell empieza a sentirse mareado con el sonido.

—Sí, no lo llamaría exactamente un acuerdo. Fue durante el COVID, ¿sabes? Me llamó y me preguntó si podría sacarlo de aquí en caso de que las cosas se pusieran feas. Era en los primeros días, ya sabes. Cuando la gente estaba nerviosa y nadie sabía qué pasaría. Le dije que sí, que podría llevarlo a San Petersburgo si la situación se complicaba. Conocía a un tipo por allá que podía llevarlo a Siberia, bien lejos, donde nadie lo molestaría. Incluso le conseguiría un pasaporte nuevo y todo. Obviamente, nunca llegó a eso.

—¿Pero la oferta sigue en pie? —pregunta Kjell—. Si no es para Jan, entonces para un amigo cercano suyo.

Osmond se ríe con una tos húmeda.

—Eres un negociador hábil, eso es seguro. El problema es que no te conozco, y… maldita sea, espera un segundo…

Kjell puede escuchar al tipo trasteando con algo, y luego un sonido fuerte y pegajoso cuando se suena la nariz.

—Maldito resfriado, ya llevo con él una semana… En fin, ¿qué decías?

—Conocí a Jan. Seguro que respondería por mí… ya sabes, si no estuviera muerto.

—Sí, pero esas son solo palabras, ¿sabes? Eso no me compra gasolina ni nada que pueda comer.

Kjell sonríe.

—Entonces, ¿es una cuestión de dinero? ¿Cuánto?

—No, al menos no efectivo. En unas semanas, lo único para lo que servirá será para limpiarte el culo, créeme. No, necesitaría algo de más… valor intrínseco.

—¿Como qué?

—Como diamantes. Metales. Cosas brillantes que la gente aún valorará cuando todo esto termine. Ahora, no quiero sonar codicioso, pero seguro entiendes que estoy corriendo un riesgo bastante grande al…

Kjell ya no está escuchando. Esa palabra… "diamantes", desencadenó algo en su memoria, y sus ojos van a la guantera donde está el cuaderno.

Kjell reflexiona mientras Osmond sigue hablando. No tiene forma de saber si algo en ese diario es siquiera cierto, o si todo es inventado. El tipo que lo escribió claramente había perdido la cabeza… al menos al final. Y, obviamente, Kjell no cree en mitos o monstruos. Aun así, su instinto le dice que la parte sobre la tumba de corredor y las joyas podría ser real. Al menos no ve ninguna buena razón para que no lo sea. Esta parte del país está llena de historias como esa.

Pero volver hasta Bodum le llevaría todo el día, y realmente no tiene ganas de conducir más.

«Podría simplemente mentirle. Pretender que tengo un par de lingotes de oro, y luego, cuando el tipo aparezca, darle una paliza y obligarlo a que me lleve a Rusia».

Pero algo en esa idea no le cuadra. Realmente quiere llegar a Siberia, no quedarse atrapado en San Petersburgo, que apenas está al otro lado de la frontera. Y si el contacto de Osmond también tiene que cooperar, no sería prudente llegar con Osmond a punta de pistola.

Probablemente sea mejor seguir el juego. Al menos por ahora.

—¿Sabes qué? —dice Kjell—. Resulta que conozco un lugar donde puedo encontrar algo que te gustará.

—¿De veras? ¿Dónde? Si no te molesta que pregunte.

—Eso no es de tu incumbencia. Digamos que tengo una tía rica que falleció recientemente.

—Claro, me vale —Se escucha otro resoplido y un escupitajo—. Pero hay otro problema, ¿ves? La pista que uso no es realmente adecuada para despegar. Esa zona por Elverum está llena de gente infectada. Podría lidiar con ellos, sé cómo disparar un rifle, pero siguen atrayendo animales. Como andan tambaleándose por el bosque, básicamente son presas fáciles para lobos, linces y demás. El problema es que, si un animal o uno de esos infectados decide pasearse por la pista mientras estoy despegando, podría arruinar el avión, o incluso matarme.

—Seguro que se pueden espantar —dice Kjell—. Podríamos usar bengalas para los animales. Yo me encargaría de cualquier infectado que aparezca.

—¿Sabes cómo usar un rifle?

—Diría que sí.

—Genial. Bueno, entonces creo que tenemos un trato. ¿Cuándo quieres despegar?

—Lo antes posible.

—¿Mañana por la mañana, entonces?

—Trato hecho.

5

El zumbido familiar del tráfico matutino poco a poco lo saca de su sueño.

Aksel no tiene ganas de despertarse todavía. No se siente para nada descansado. No recuerda exactamente qué hizo ayer para agotarse de esta manera, pero debe haber sido algo muy exigente.

«¿Fui a escalar? Sí, probablemente».

A juzgar por el dolor muscular que empieza a sentir en todo el cuerpo, que aumenta en intensidad a medida que se va despertando, no es una mala suposición.

Sabe que debería levantarse. El trabajo le llama. Pero la idea de ver la morgue, a Dahl y a algún pobre tipo muerto por alguna razón le produce una sensación de angustia, más de lo habitual.

«Hoy no voy. Voy a llamar y decir que estoy enfermo».

Al darse la vuelta, nota que la funda de la almohada huele diferente. A flores. Capta el aroma de algo que es champú de mujer o perfume. Está demasiado cansado para abrir los ojos, pero inhala el agradable olor y piensa en Frida. Despertarse junto a ella no sería algo malo. De hecho, esa también podría ser la razón por la que está tan agotado. Tal vez estuvieron juntos hasta altas horas de la noche.

Excepto que Aksel no recuerda eso. Y el aroma no es de Frida. Es de alguien más. Alguien que conoció recientemente.

Frunciendo el ceño, intenta ponerle una cara a ese aroma, pero no puede. Es casi como si la última semana y todo lo que sucedió durante ella hubiera sido borrado de su memoria.

«¿Estoy volviéndome senil? ¿Es por eso por lo que estoy tan cansado?»

Intenta abrir los ojos de nuevo, y esta vez lo logra. Al menos eso cree. Sus párpados están tan pesados que le cuesta levantarlos, y no ve nada más que oscuridad. Parpadeando y esforzándose,

distingue la silueta de una mujer rubia acostada a su lado, dándole la espalda. Está durmiendo suavemente. Realmente parece Frida. El pulso de Aksel se acelera ligeramente al verla.

«Dios, que alegría verla...»

No está seguro de por qué, pero tener a Frida acostada a su lado le provoca tanto alegría como tristeza al mismo tiempo. Quiere extender la mano y tocarla, pero tiene miedo de hacerlo. Al rozar su cabello, se siente más delgado de lo que recordaba. Y el olor... ¿por qué cambió de perfume de repente?

Aksel gira la cabeza hacia la ventana, o hacia donde debería estar la ventana. Pero solo hay oscuridad. Y los sonidos de la ciudad todavía están allí, solo que no como los recuerda. No es una cacofonía de coches llevando a la gente al trabajo. Es más bien un zumbido constante. Como el de un generador.

«¿Qué demonios está pasando? ¿Dónde estoy?»

Aksel baja la mano al suelo, encuentra sus pantalones y saca el teléfono. Activa la pantalla, proyecta la luz hacia la pared y descubre que sí hay una ventana, pero en lugar de persianas, tiene cortinas, y no entra luz.

«No estoy en Torik, eso es seguro».

Frida, o quien sea, gruñe en su sueño. Aksel se da la vuelta y proyecta la luz sobre su espalda. En cuanto lo hace, se da cuenta de que no es Frida. Su cabello no es naturalmente rubio, sino teñido, y también es más corto. Reconoce a Belinda, y en un instante, todo vuelve a él.

—Oh, mierda... oh, no... —se sienta y se cubre la cara con las manos. Todo regresa. Cada maldito detalle. Desde el momento en que Jakob lo llamó hasta cuando se quedó dormido junto a Belinda anoche.

—Joder, de verdad quería que todo esto fuera una mala pesadilla...

—Lo es.

La voz llega tan inesperadamente que Aksel se sobresalta. Se le cae el teléfono, y luego lo gira hacia el pie de la cama.

Jakob entrecierra los ojos por la luz, sonriendo.

—Vale, ¿podemos no apuntar la luz directamente a mi cara, por favor? Solo porque esté muerto no significa que no sea sensible a la luz.

—¿Qué diablos haces aquí? —demanda Aksel. Luego, recordando que Belinda está durmiendo a su lado, baja la voz a un susurro—. ¿Me estás espiando mientras duermo? ¿Qué eres, un pervertido?

Jakob se cubre los ojos con la mano.

—No te estaba espiando. Solo esperaba a que me notaras.

Aksel echa un vistazo a Belinda mientras ella se mueve, luego le susurra a Jakob.

—Sal de aquí, antes de que se despierte y te vea.

—Está bien —le dice Jakob—. Ella no me verá. Estoy en tu sueño, como la última vez. ¿Recuerdas?

—Oh —dice Aksel, finalmente dándose cuenta de que Jakob tiene razón. Que, de hecho, aún está dormido. Es un sueño lúcido, y uno muy realista, sin duda, pero aun así solo un sueño—. De acuerdo, ahora tiene sentido. Maldición, por un momento pensé que había tenido suerte anoche —murmura y mira a Belinda.

—Creo que la tuviste —dice Jakob, la sonrisa está regresando.

—No… —murmura Aksel—. Para empezar, a ella no le gusto. Y aunque le gustara, no podríamos hacerlo con su hija cerca.

—No sé cómo lograron hacerlo sin que Rosa se diera cuenta —dice Jakob, poniéndose de pie. Camina alrededor de la cama hasta el lado de Aksel y cuidadosamente recoge algo del suelo con la punta del pulgar y el índice—. Pero estoy bastante seguro de que a ella le gustas.

Levanta un pequeño trozo de plástico azul. Es un envoltorio de condón abierto.

Aksel frunce el ceño.

—Estás jugando conmigo. No lo haría. No tan rápido después de perder a Frida... —Su voz casi se quiebra al decir su nombre.

Jakob deja caer el envoltorio y sacude la mano como si se estuviera librando de gérmenes invisibles.

—Compruébalo tú mismo cuando te despiertes, entonces. De todas formas, no estoy aquí por eso.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Solo para molestarme otra vez?

—Es algo entretenido, pero no. Intenta adivinar de nuevo.

Aksel piensa brevemente.

—Ah, claro. Ya sé. Has venido a hablarme sobre el draug. ¿Cómo lo llamaste? Algo muy dramático, como “un mal antiguo que ha sido despertado”... Vas a darme instrucciones sobre cómo matarlo, ¿verdad?

—No —dice Jakob con sinceridad—. No tengo ni idea de cómo van a lograr eso. Mi mejor apuesta es volarlo en pedazos.

Aksel se encoge de hombros.

—De acuerdo, entonces, ¿por qué estás aquí?

Jakob se inclina un poco hacia adelante.

—Estoy aquí porque no escuchas, imbécil.

—¿Qué?

—Sí. Me tomé todo este esfuerzo de llegar desde lo que sea que quieras llamarlo… ¿el más allá, el limbo, no lo sé...? Y no es fácil, ¿sabes? Pero lo hice, y te di un mensaje crucial. Algo que te daría una explicación o lo que sea. ¿Y qué hiciste? Lo olvidaste por completo.

Aksel está genuinamente desconcertado.

—Mira, no tengo idea de qué estás hablando. Lo único que me dijiste la última vez fue que no me rindiera. Y, que yo recuerde, seguí tu consejo.

—Sí, pero olvidaste lo que te dije al final. Sobre las pastillas.

Aksel frunce el ceño.

—¿Pastillas...?

—En serio, hombre. Mamá no deja de hablar de ello. —Jakob extiende los brazos—. Dice que ninguno de nosotros podrá seguir adelante hasta que lo entiendas. Creo que también se refiere a ti y a papá.

—Para que conste —dice Aksel, mirando de reojo a Belinda mientras ella ronca ligeramente—. Aún creo que todo esto es mentira. Es mi mente jugando conmigo. Tú no eres real, no existe el más allá, y no creo que tengas alguna información que mágicamente haga que todo en mi vida mejore. Pero seguiré el juego. Al menos para que este estúpido sueño termine.

—Está bien —dice Jakob con el mismo tono que usaba cuando Aksel estaba siendo injusto—. Si eso te funciona, entonces cree lo que quieras. Solo intenta no olvidarlo, ¿vale?

Aksel piensa con esfuerzo.

—Dijiste algo sobre... ¿unas pastillas que ya no estaban?

—Sí. Papá se equivocaba. Las pastillas ya no estaban. —Jakob lo dice con cuidado, palabra por palabra.

—Pero no sé lo que significa, hombre.

—Sí, creo que lo sabes. Creo que es algo en lo que no quieres pensar. Algo que has enterrado en tu memoria.

Esa última palabra provoca un temblor en su plexo solar. Comienza como una vibración leve, pero rápidamente se vuelve más fuerte. Pone una mano sobre su corazón.

—Joder... ¿qué está pasando?

—Estás empezando a recordar —dice Jakob con calma, sonriendo—. ¡Por fin!

Parece que va a decir algo más cuando nota algo al otro lado de la cama. Aksel sigue su mirada pero no ve nada. Jakob lo mira de nuevo.

—Está bien, se acabó el tiempo. Está a punto de despertarse. Esta vez me voy de verdad.

Jakob levanta la mano en un gesto de despedida, y Aksel lo devuelve.

Luego escucha un ruido del lado de Belinda en la cama, y la mira. Pero no se está moviendo. Vuelve la mirada. Jakob ya no está.

Entonces aparece una cabeza detrás de Belinda. Rosa lo está mirando, con los ojos entrecerrados.

—¿Aksel? ¿Estás despierto?

6

Aksel se despierta, parpadea y siente que la habitación cambia de alguna manera. Es la misma habitación, la habitación donde solía dormir la abuela de Kristoffer. Pero ahora la está viendo de verdad, y no a través del filtro de su sueño.

A la luz del teléfono que aún sostiene en la mano, ve a Rosa frotándose los ojos y bostezando.

—¿Qué hora es? —pregunta ella.

—Son las... —mira el teléfono—. Las cuatro y media. Vuelve a dormir.

—¿Pero por qué estás despierto?

—Solo... necesito ir al baño.

—Ah, vale —sin necesitar más explicaciones, Rosa vuelve a tumbarse en el colchón. Tres segundos después, ya está roncando otra vez.

Belinda se da la vuelta, pero no se despierta. Aksel ve el tapón en su oído. Ah, claro. No podía dormir por los ruidos.

Dirige la mirada hacia la ventana. O bien los zombis se han movido a otro lugar, o lo que es más probable, alguien se ha encargado de ellos. Ella es la encargada de matar zombis. Ha eliminado a lo que debe ser la mayor parte de la población de Bodum a estas alturas. La pila de muertos en el fondo del jardín de Kristoffer está creciendo. En cuanto el suelo se descongele en primavera, tendrán que enterrar los cuerpos. Hasta entonces, la helada debería evitar que se pudran.

Aksel aparta el edredón y desliza sus pies sobre las tablas frías del suelo. Ve algo brillante tirado allí y frunce el ceño. El envoltorio.

Mierda... Mira hacia Belinda, y de repente recuerda la sensación de sus labios. Luego mira hacia sus calzoncillos y, al tocarlos con cuidado, reconoce esa sensación inconfundible de la tela pegajosa.

Mierda, realmente lo hicimos... eso no fue solo un sueño.

Belinda fue quien lo inició. Rosa estaba profundamente dormida cuando Aksel llegó a la cama, y él pensaba que Belinda también lo estaba. Pero, para su sorpresa, levantó la cabeza para mirarlo. Y, para su sorpresa aún mayor, Rosa estaba en el colchón al lado de la cama, que es donde Aksel había dormido la noche anterior.

—Tenía miedo de girarse y caerse al suelo —susurró Belinda, sonando casi disculpándose—. Nunca aprendió a dormir sin barandillas, así que...

Aksel no le dio más vueltas. Le parecía un poco raro compartir la cama con Belinda, pero ahora se da cuenta, de que Rosa queriendo dormir en el colchón probablemente fue una excusa muy conveniente para lo que Belinda esperaba que sucediera.

Estaba cansado y casi se quedó dormido en cuanto se tumbó. Pero luego sintió la respiración de Belinda en la parte trasera de su cuello, y le pareció extraño que estuviera tan cerca, pero tal vez era para mantenerse caliente, ya que la habitación estaba congelada, después de todo. Y cuando sintió su mano en su cadera, pensó que, accidentalmente, había metido su brazo bajo su edredón. Pero no lo retiró. En su lugar, comenzó a acariciarlo. Fue entonces cuando Aksel se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo, y luego la mano de Belinda se deslizó bajo el elástico de sus calzoncillos.

Aksel protestó brevemente, no porque no quisiera seguir adelante; su pulso latía con fuerza y su erección era aún más intensa, pero porque Rosa estaba roncando justo a su lado.

—Está bien, siempre duerme muy profundo —susurró Belinda en su oído, y luego se deslizó grácilmente encima de él. Estaba cálida, suave y temblaba ligeramente, y el peso de su cuerpo sobre su pecho era tan dulce que Aksel apenas podía respirar, y mucho menos hablar.

No recuerda cómo se puso el condón, pero está bastante seguro de que fue ella quien lo hizo por él.

Después, se quedaron dormidos abrazados.

—Maldita sea —susurra Aksel, mirando el rostro sereno de Belinda. La ve bajo una nueva luz. No solo porque lo hicieron, sino porque de repente se da cuenta de lo fuerte que ha sido Belinda durante todo este tiempo. Mantenerse vivo es una cosa, pero tener una niña pequeña de la que cuidar requiere el doble de fuerza. Belinda, al igual que Aksel, empezó perdiendo básicamente a todos, excepto a su hija, y a pesar de esas terribles probabilidades, lo ha hecho muy bien. Por qué una superviviente como ella estaría atraída por un "adolescente crecido" como él, no tiene ni idea. Tal vez solo lo vea como un juguete sexual. Tal vez solo necesitaba liberar un poco de tensión.

Quizás. No se sentiría demasiado ofendido si ese resultara ser el caso, fue una experiencia muy agradable, independientemente de sus motivos. Pero la forma en que lo abrazó después, entrelazando sus dedos con los de él y apoyando su rostro contra su cuello, probablemente no se trataba solo del sexo. Quizás también encontró algo de consuelo en él. O tal vez, realmente, estaba enamorada de él.

«No te halagues tanto. Perdió a Linus hace menos de una semana. Todavía está de luto».

Eso es cierto. Pero ahora que lo piensa, ha sorprendido a Belinda mirándolo varias veces, como si quisiera decirle algo. Cada vez que la notaba, ella apartaba la mirada. Y más de una vez desde que llegaron al lugar de Kristoffer, Belinda se ha acercado a él cuando estaba solo. Siempre tenía una pregunta sobre algo, pero parecía un poco ensayada. Aksel pensaba que solo quería hablar con alguien.

Sin embargo, después de lo que hicieron en la noche, está bastante seguro de que era algo más.

Antes de que pueda evitarlo, Aksel se inclina y le acaricia suavemente el cabello apartándolo de la cara. Ella gime suavemente, pero no se despierta. Es curioso. No es su tipo. Probablemente no es una mujer a quien hubiera mirado dos veces si la viera en público. De hecho, es casi lo opuesto a Frida. Su difunta novia era una belleza natural. Belinda tiene que trabajar en ello, al menos parece que ella misma lo cree, a juzgar por la cantidad de tiempo que pasa bronceándose, decolorándose el cabello, depilándose las cejas y demás. Aksel, por lo general, no se siente atraído por chicas que usan mucho maquillaje.

Pero ahora que conoce a Belinda, es muy hermosa, y tiene que contenerse para no inclinarse y besarla.

«Es mejor ir despacio. Vamos a ver cómo se siente cuando despierte. Tal vez se arrepienta de todo».

Así que se levanta y sale de la habitación.

Mientras camina por la casa oscura, el sonido del generador en el sótano es lo único que puede captar. Se encierra en el baño sin encender la luz. Coloca el teléfono en el lavabo y va hacia el inodoro. En el último momento, cambia de idea y se sienta. Menos mal que lo hizo; el chorro no es precisamente lineal, como siempre sucede después de haber tenido sexo.

Mientras está sentado en el frío baño de Kristoffer, mirando la vieja bañera, recuerda el extraño sueño que tuvo. La sensación de vibración en su corazón regresa, más fuerte esta vez.

«Las pastillas ya no estaban. Papá estaba equivocado».

¿Qué significa eso? ¿Acaso significaba algo? A pesar de su propia incredulidad en el sueño, Aksel está casi seguro de que sí. Y también sabe que no es algo bueno. Tiene que ver con la

oscuridad. Puede sentirlo. Sea lo que sea que su subconsciente intenta remover, en forma de su hermano muerto, es algo que prefiere permanecer oculto.

«Probablemente seguiré teniendo estos sueños inquietantes si no lo averiguo...»

Así que Aksel respira hondo, cierra los ojos y, en lugar de quebrarse la cabeza, se centra en la sensación en su pecho. Al captar toda su atención, esta crece de inmediato, como una hoguera que recibe una buena dosis de gasolina. Aksel contiene el aliento mientras su pecho se contrae.

Algo del pasado despierta en él.

Él mismo, con solo cinco años, espiando en la habitación de sus padres.

Mamá está en la cama, y papá está inclinado sobre ella, con las palmas en su pecho, apretando hacia abajo. Su voz no se parece a nada que Aksel haya escuchado antes. Tensa. Asustada.

—Vamos, Karina… Vamos… No me hagas esto…

Un niño empieza a llorar en la habitación de al lado. Eso hace que papá gire la cabeza y vea a Aksel de pie allí.

—¡Tu hermano está llorando! —grita—. ¡Ve a consolarlo, maldita sea!

Aksel corre hacia la habitación de Jakob. Su hermanito está de pie en la cuna. Tan pronto como Jakob lo ve, deja de llorar. En su lugar, le sonríe y balbucea una serie de intento de palabras. Aksel recoge el dinosaurio de juguete que se había caído al suelo. Se lo da a Jakob, y su hermano empieza a abrazarlo.

—Acuéstate, Jakob —susurra Aksel—. Duerme.

Luego vuelve al dormitorio.

Papá ya no está sentado sobre Mamá. En cambio, está sentado junto a ella, con la cabeza entre las manos, mirando al suelo.

—¿Papá…? —dice Aksel con cautela—. ¿Por qué no se despierta mamá?

Papá lo mira. Sus ojos están rojos. Sin decir una palabra, se inclina, coge la botella y la lanza por el suelo. La botella aterriza frente a Aksel, gira un par de veces y luego queda quieta. Está vacía.

—Porque jugaste con su medicina —dice Papá. Aksel esperaba que sonara enfadado, pero su voz es extrañamente inexpresiva—. No volverá a despertarse.

Aksel niega con la cabeza.

—No, yo… Yo no jugué con la medicina de Mamá.

—Te dije que las pastillas eran peligrosas. Te dije que nunca las tocaras. Me voy de la casa por diez malditos minutos y lo arruinas todo.

—Pero, Papá…

—Vete a tu cuarto, Aksel.

—Pero la medicina de Mamá…

—He dicho que te vayas a tu cuarto. Ahora.

Aksel se da la vuelta y corre, pasando por delante de la habitación de Jakob, desde donde puede oír el ronquido del bebé. Salta a su propia cama, se mete bajo la manta y empieza a sollozar. Llora durante muchísimo tiempo. Siente que lo hace toda la noche. Pero en algún momento debe haberse quedado dormido. Porque cuando despierta, está completamente oscuro afuera y recuerda lo que sucedió anoche. Una horrible sensación se instala en su pecho, se entierra en su corazón, y no lo entiende, y no puede soportarlo, así que vuelve a acostarse. Trata con todas sus fuerzas de olvidarlo. Y lo consigue. Todo excepto esa horrible sensación. Esa se queda con él durante años. Vive en su corazón, justo debajo de la superficie. De vez en cuando, saca su cabeza fea e intenta salir. Pero entonces Aksel hace algo imprudente para cubrirla de nuevo. Se va de fiesta. O hace salto base. O, más mayor, se va a desenterrar un cadáver. Cualquier cosa lo suficientemente emocionante como para ignorar el dolor.

Ahora, años después, sentado en el frío inodoro, Aksel finalmente permite que ese dolor resurja, y se siente tan horrible como entonces. Siente que lo va a romper en mil pedazos. Se echa a llorar, cubriéndose la boca para ahogar el sonido. Pero no puede contenerlo. Una sola frase, la horrible e insoportable verdad que su papá le dijo esa noche, sigue repitiéndose una y otra vez.

«Yo la maté. Yo la maté. Yo maté a Mamá».

Justo cuando Aksel está seguro de que perderá la cabeza, la intensidad de la sensación de repente disminuye. Solo un poco, pero lo suficiente como para dejar entrar algo más. Otra idea que había enterrado junto al dolor, justo fuera del alcance de su mente consciente.

No, no lo hice. Las pastillas ya no estaban.

La versión de Aksel de cinco años había estado solo durante media hora con su hermano bebé y su madre, que estaba profundamente deprimida. Estaba jugando en su habitación cuando escuchó a Jakob llorar. Normalmente, mamá iba a consolarlo, al menos los días en que podía levantarse de la cama. Pero Jakob seguía llorando, así que Aksel fue allí y le dio el chupete. Luego fue a ver cómo estaba mamá. Estaba dormida. En su mano estaba el frasco. Estaba vacío, totalmente vacío, el contenido recorría ya su cuerpo, matándola, pero Aksel no sabía eso, solo sabía que mamá no debía tomar la medicina sola. Papá escondía cuidadosamente el frasco en algún lugar de la cocina y le administraba una pastilla todas las noches con un vaso de agua.

Aksel fue a la cocina y vio todos los cajones y los armarios abiertos. Fue entonces cuando la puerta principal se cerró de golpe y papá entró en la cocina. Sus ojos fueron de Aksel a los armarios abiertos y de nuevo a él. Sus ojos hablaron antes que él, y susurró:

—¿Qué has hecho?

Luego corrió al dormitorio.

Pero ya era demasiado tarde.

Aksel estira la mano y toma su teléfono. Sin esperar encontrar cobertura, se da cuenta de que tiene tres barras. Señal máxima. Eso nunca había pasado ahí arriba. Es casi como si lo hubiera decidido el destino.

Hace la llamada.

7

—¿Axe?

—Hola, papá. ¿Es mal momento?

Papá gruñe.

—Bueno, es la puta madrugada, así que sí, diría que sí…

—Lo siento. Solo quería saber cómo estabas. ¿Dónde estás?

—Sigo atrapado. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Bien. Eso es bueno.

Su padre no pregunta por Jakob. Así que lo sabe. Le llamaron.

—Siento mucho lo de Jakob —dice Aksel, respirando hondo.

Su padre no dice nada.

—Quiero que sepas que yo… yo estuve allí.

—¿Estuviste allí?

—Sí.

—Me dijeron que se cayó.

—No. Saltó.

Hay una breve pausa.

—¿Estaba infectado?

—No.

—Entonces, ¿por qué saltó?

—Porque, eh… creo que se sentía culpable. ¿Te contaron que trajo al infectado al pueblo?

Papá no responde a la pregunta.

—¿No pudiste detenerlo?

—Lo intenté —dice Aksel—. Pero fue su decisión.

Papá se burla.

—¿Su decisión? ¿Así es como lo justificas?

Aksel cierra los ojos. Estaba preparado para esto. Pero aun así le duele.

—Fue decisión de Jakob, igual que lo fue la de mamá.

—Oh, no empieces con eso…

—Papá, las pastillas ya no estaban —al repetir las palabras de su sueño, su voz casi vacila. Respira por la nariz para calmarse—. Mamá encontró el frasco ella sola. No fui yo. Ella lo buscó en cuanto te fuiste de la casa.

—Bah, eso es mentira —gruñe su padre—. Estaba demasiado débil para levantarse de la cama.

—Sí, lo estaba. Pero supongo que encontró la fuerza de alguna manera. Así de desesperada estaba por morir.

Es la verdad, y aunque lo dice con mucha calma, Aksel sabe de inmediato que su padre lo toma como una acusación.

—Vete al infierno, pedazo de mierda. ¿Me estás diciendo que era tan horrible vivir conmigo?

—No, no estoy diciendo eso.

—¡Su depresión no tenía nada que ver con nuestro matrimonio! ¡El médico dijo que era un desequilibrio químico en su cerebro!

—Seguro que lo era.

—Entonces, ¿por qué me echas la culpa de su muerte?

—No culpo a nadie. Solo te estoy diciendo lo que pasó. ¿Cómo podría haber abierto los armarios altos, de todas maneras? Tenía cinco años, por el amor de Dios.

—Ya eras un gran escalador en ese entonces —replica rápidamente papá—. Como un maldito mono. No podía evitar que te subieras a la mesa ni aunque te atara.

—Me lo tomaré como un cumplido —sonríe Aksel.

—¿Todo esto te parece una broma? ¿Que tu pobre y enferma madre haya muerto, es solo una gran broma para ti? ¿Es para eso que me llamas? ¿Para burlarte de mí?

—No, te llamé para decirte que lo siento.

Esto hace que su padre haga una pausa.

—¿Lo sientes por qué? Sé que nunca aceptaste tu responsabilidad.

—No, pero sé que tú sí. Ahora me doy cuenta de que te has estado torturando todos estos años. Actúas como si me estuvieras torturando a mí, pero eso es solo para que duela un poco menos, ¿no es así? En realidad, es a ti mismo a quien estás crucificando.

Literalmente puede oír cómo la respiración de su padre se detiene en su garganta.

—Tú… hijo de puta… ¿así que estás diciendo que es culpa mía, eh?

—No, no estás escuchando, papá. Estoy diciendo que no es culpa de nadie. Y deberías empezar a creer eso también. Perdónate a ti mismo.

Su padre emite un sonido que Aksel no ha oído desde aquella terrible noche. Es en parte dolor, en parte sorpresa. Suelta un bufido para intentar contenerlo, pero es inconfundible. Llora intensamente durante cinco segundos, Aksel lo nota incluso cuando se aparta el teléfono de la cara, y luego, de repente, dice, con una voz mucho menos tensa:

—Mira, no sé en qué religión te has metido desde la última vez que hablamos, pero di lo que tengas que decirte a ti mismo. Que te vaya bien si te funciona. Pero yo sé la verdad, ¿vale? Sé que no hay forma de perdonar lo que le pasó a tu madre. O a Jakob. Alguien tiene que asumir la culpa. Es así de simple.

—Bueno, si es así como lo ves —suspira Aksel—. Entonces es tu elección, papá. No puedo detenerte. Y puedes culparme a mí también, si eso lo hace más fácil. Pero yo ya no lo haré.

Su padre no responde a esto, lo cual, Aksel sabe, es lo más cerca que estará de aceptar la verdad.

—Así que lo siento por la camioneta —dice, cambiando de tema—. Jakob la destrozó. No creo que vuelva a funcionar.

—No, ya me lo dijeron —gruñe papá. Parece que está secándose las mejillas—. Maldito idiota. Siempre fue un mal conductor. Le di un coche de control remoto una vez, y la primera vez que lo usó, lo estrelló justo debajo de las ruedas de un autobús. ¿Te acuerdas?

Aksel no puede evitar reírse.

—Sí, lo recuerdo. Estuvo llorando durante días.

—Nunca debí dejarle conducir esa camioneta —murmura papá.

Aksel considera brevemente decirle a papá que habló con Jakob en el sueño, pero decide que sería muy estúpido. En lugar de eso, dice:

—Escucha, papá, tengo que irme. Pero me alegro de que hayamos hablado. Tal vez, si algún día todo esto se calma, deberíamos vernos para tomar una cerveza.

Hay otra pausa. Esta vez más larga.

Luego, con cierto titubeo, su padre dice:

—Sí. No sería una mala idea, supongo.

—Entonces está hecho. Te llamaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Y luego, como si de repente le hubiera venido una inspiración, dice dos palabras que Aksel nunca antes había oído de él.

—Cuídate, hijo.

—Tú también, papá.

8

De pie junto a la puerta, no está segura de qué hacer.

Por un lado, al escuchar a Aksel sollozar en silencio ahí dentro, instintivamente quiere ir a consolarlo.

Por otro, claramente acaba de escuchar una conversación muy privada, y tal vez él sienta que está invadiendo su intimidad.

Podría simplemente volver a la cama, pero, pensándolo bien, realmente necesita ir al baño. Así que decide dar unos golpecitos suaves a la puerta.

Aksel deja de llorar de inmediato.

—¿Axe? —pregunta en voz baja—. ¿Estás bien?

—Oh, hostias —murmura él. Belinda oye un trozo de papel higiénico siendo arrancado. Unos segundos después, la puerta se abre.

Aunque ha intentado de manera desordenada limpiarse las lágrimas, es obvio que ha estado llorando.

—Lo siento —murmura, evitando su mirada—. No sabía que estabas esperando. Es todo tuyo.

Está a punto de pasar junto a ella, pero Belinda lo toma del codo.

—Oye, ¿estás bien?

Él la mira y se encoge de hombros.

—No es nada, de verdad. Solo… llamé a mi padre.

—Sí, lo oí.

Su expresión se convierte en una mezcla de leve temor.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

—Lo siento, no pretendía escuchar.

Él suspira.

—Está bien. No es como si fuera un secreto ni nada. Es solo que… tenemos una relación complicada, mi padre y yo.

Belinda asiente.

—Me lo imaginaba.

Él gruñe y se pasa una mano por el pelo.

—Apuesto a que ahora te arrepientes de acostarte conmigo, ¿eh?

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué me arrepentiría de eso?

—Quiero decir, solo soy un tipo con problemas con su padre. Es un poco patético.

Ella lo mira y se da cuenta de lo vulnerable que está en ese momento.

—Sinceramente, Axe —dice con suavidad—. Desde que te conocí, has sido todo menos patético. Has sido inteligente, valiente y servicial. Y la forma en que manejaste esa conversación con tu padre hace un momento… ha sido lo más maduro que te he oído decir.

Él estudia su rostro, obviamente intentando averiguar si es sincera.

—¿De verdad?

—Ajá. No creo en absoluto que seas patético. De hecho… —Ella lo atrae más cerca—. Ahora te encuentro aún más atractivo.

Sus cejas casi llegan a la línea de su cabello. Luego, una sonrisa se extiende por su boca. Mira su teléfono.

—Bueno, solo son las cinco. Todavía tenemos tiempo para una ronda más antes de que los demás se despierten.

Ella lo empuja suavemente de nuevo al baño, cerrando la puerta tras ellos.

—Y, ¿sabes? —continúa él, rodeando su cintura con los brazos—. Tengo muchas más traumas de la infancia, ya que te gustan esas cosas.

—¿De verdad? —pregunta ella, mirándolo de cerca—. ¿Como qué?

Él piensa por un segundo.

—Una vez encontré un vibrador en el cajón de ropa interior de mi madre, y pensé que era un masajeador, así que le ofrecí una sesión a mi hermano. Mamá entró y nos encontró. Cogió el vibrador sin decir una palabra y nunca lo mencionó de nuevo. No fue hasta años después que me di cuenta de lo que era.

—Madre mía —se ríe Belinda—. Lo siento, pero eso es simplemente gracioso.

—¡No para mí! Estaba totalmente traumatizado. Hasta el día de hoy, cada vez que mi teléfono vibra, yo… —Finge como si el lado derecho de su cara se contrajera en una serie de tics.

Belinda reprime una sonrisa.

—Pensándolo bien, hay una cosa en la que necesitamos trabajar.

—¿Ah, sí? ¿Qué es?

Ella se pone de puntillas para alcanzar su boca. Justo antes de besarlo, susurra:

—Tu sentido del humor.

9

—¿Estáis seguros de que no deberíamos simplemente volar esa maldita tumba? —sugiere Aksel —. Uno de esos tanques de propano en el sótano será más que suficiente, estoy seguro.

Todos están reunidos en la sala de estar. Son las dos de la tarde. El cielo está gris, una luz solar débil se filtra a través de una capa de nubes. En ese momento, no hay zombis junto a las ventanas, lo cual a Ella le parece un cambio agradable.

—No funcionará —dice Kristoffer inmediatamente—. Y aunque lo hiciera, ¿de qué serviría sellar la tumba?

Aksel se encoge de hombros.

—Evitaría que esa cosa volviera a salir y causara más estragos.

—Sí, pero la infección —interviene Belinda. Está sentada en el reposabrazos justo al lado de Aksel—. O maldición, o como sea que lo estemos llamando… Ese es el verdadero problema, ¿no?

—Lo es —dice Kristoffer—. Y atrapar al draug en la tumba no cambiará nada.

—Vale, entonces hagamos volar al draug —continúa Aksel—. O lo sacamos de su escondite y lo llenamos de balas.

—Solo puede ser ma…

—Lo sé, lo sé —dice Aksel—. Se supone que debe ser decapitado y quemado y todo eso, pero ¿alguien ha intentado simplemente dispararle a esa maldita cosa? Estoy seguro de que si hubieran tenido explosivos y pistolas en la época medieval, eso habría sido lo primero que harían. Y lo de cortarle la cabeza y quemar el cuerpo, quiero decir, podemos hacer eso una vez que esté muerto, ¿verdad? Asegurarnos de que no resucite ni nada por el estilo.

Los demás se miran con incertidumbre.

Guardian levanta la cabeza. Está debajo de la mesa, aunque casi no cabe allí, pero parece haberla elegido como su santuario.

Aksel se inclina hacia adelante.

—Mira, tiene un cuerpo físico, ¿no? El libro lo decía. Si puede ser asesinado con una espada, estoy seguro de que también puede ser asesinado con balas. Al menos lo frenará un poco. Tal vez eso sea suficiente para que Ella intervenga y termine el trabajo. —Mira hacia ella—. Por cierto, ¿la has afilado?

Ella está sentada con las piernas cruzadas en el sofá, la hoz está colocada cuidadosamente en la mesa de café frente a ella. La hoja brilla mucho más que antes. Kristoffer la encontró en el cobertizo del jardín. Su abuela solía cortar malas hierbas con ella.

—Sí —dice Ella—, de hecho, he pasado toda la mañana limándola con la piedra de afilar. No he parado hasta que la hoja ha estado lo suficientemente afilada como para cortar los pequeños vellos de mi brazo. Creo que servirá.

Su madre carraspea.

—Estoy de acuerdo con Aksel en cuanto a que al menos deberíamos ir con ella.

—Ya hemos hablado de esto, mamá —dice Ella con calma—. No es una buena idea. Que estés allí podría alterarlo.

—Podríamos mantenernos a distancia —dice Kristoffer—. Más atrás y fuera de su vista, mientras tú te acercas a la tumba. Si algo sale mal, estaremos allí para ayudarte.

Aksel suelta una risita.

—Ella se enfrentará a un monstruo sobrenatural armada solo con una vieja hoz oxidada. ¿Qué podría salir mal?

—No solo con una hoz —lo corrige Kristoffer, y mira hacia Ella—. Tiene algo mucho más valioso. Su herencia.

Ella ignora la mirada ardiente de su madre. Luego mira a su padre.

—Si alguien va a venir conmigo, creo que deberías ser tú.

Folmer no la mira, pero está claro por su expresión que sabe que ella se dirige a él.

—Olvídalo —se burla Aksel—. A menos que lo atemos y lo arrastremos, no vendrá.

—Axe, por favor —dice Ella.

—Es irónico, de verdad —continúa Aksel, levantando los brazos—. Aquí hay una habitación llena de gente dispuesta a ayudar. Rosa incluso quiere venir. ¡Y ese maldito tipo, un hombre hecho y derecho, un guardia de prisión entrenado, que además tiene inmunidad y todo, es demasiado cobarde para…!

—¡Axe! —le corta Ella—. Cállate.

Le lanza una mirada lo suficientemente dura como para hacerlo callar. Él y Folmer se miran con odio.

—Llámame cobarde todo lo que quieras —dice Folmer, aparentemente hablando para todos—. Estoy haciendo lo sensato. Ir allí es claramente un suicidio, no importa quién seas.

—Pero tampoco podemos quedarnos aquí sin hacer nada —argumenta Ella.

—¿Por qué no? —pregunta Folmer—. Estamos sobreviviendo. Estamos esperando a que todo esto pase. Los infectados se pudrirán en algún momento, y estaremos bie…

—Seremos los únicos que queden —lo interrumpe la madre de Ella, mirándolo como si estuviera loco—. ¿Qué tipo de futuro sería ese? ¿De verdad quieres que nuestros nietos vivan en un mundo lleno de muerte?

—Podría ser un nuevo comienzo —murmura Folmer—. No es como si la sociedad hubiera ido muy bien hasta ahora.

—Al menos es mejor que luchar por sobrevivir —replica Anne—. Defendiéndonos de los depredadores. Buscando comida. Sin medicinas, sin electricidad.

—Y ni siquiera sabemos con certeza si se pudren o no —interviene Kristoffer—. Tal vez la maldición los mantiene sin descomponerse.

—Vale, mirad —dice Aksel—. Tenemos que hacer algo. Eso está claro. Y tiene sentido que Ella vaya allí. La única pregunta que nos queda por resolver es, ¿quién va con ella?

Hay un silencio absoluto de repente. Todos se miran entre sí.

Para sorpresa de Ella, Rosa toma la palabra.

—Creo que Ella debería decidir —dice la chica, con su expresión neutral de siempre—. Es ella la que está arriesgando su vida.

—Eso tiene mucho sentido —dice Aksel—. Estoy de acuerdo con Rosa. ¿Alguien se opone?

Los demás niegan con la cabeza, excepto Folmer. Él gruñe.

—Ya sabemos a quién va a elegir.

—No estoy obligando a nadie a ir en contra de su voluntad —dice Ella con calma—. Eso no estaría bien. Pero te lo pido… por favor, ¿vendrás conmigo?

Folmer la mira y está a punto de decir algo, cuando se da cuenta de que Ella no le está mirando a él.

Su madre también está mirando a Folmer, así que le toma un momento darse cuenta de que Ella se lo está pidiendo a ella.

—¿Qué? ¿A mí? Por supuesto, cariño. Pero pensaba que habías dicho…

Ella sacude la cabeza.

—Sé que no eres inmune. Sé que lo que he heredado lo tengo de… de Folmer. Pero tengo algo de ti también, y eso es igual de importante.

Su madre sonríe.

—Gracias, Ella.

—¿Alguien más? —pregunta Aksel.

Esta vez, Ella sí mira a Folmer.

—Te lo pido a ti también. ¿Vendrías conmigo?

Folmer respira con fuerza por la nariz. Para sorpresa de Ella, parece que realmente lo está considerando. Se pasa una mano por la cara, como si se estuviera quitando un sudor invisible. Cuando finalmente habla, suena más sereno de lo que Ella le ha oído jamás. Es como si hubiera reunido todo el valor que pueda tener.

—Vale, escucha. Soy buen conductor. Si vamos allí, al menos deberíamos tener un plan de escape. Esperaré junto al coche, con el motor en marcha. —Echa un vistazo a Ella esperando una respuesta.

A Ella solo le toma un breve momento darse cuenta de que de alguna manera solo le está ofreciendo hacer las paces, y que es todo lo que va a conseguir de él, así que no va a regatear.

—Gracias —dice—. Eso sería de ayuda.

Aksel suspira, luego dice casi exactamente lo que Ella acaba de pensar:

—Supongo que es todo lo que se puede pedir. Llevaré a Guardian enseguida y despejaremos el camino de cualquier obstáculo. —Mira a Anne, a Folmer y luego a Ella—. ¿Listos para un viaje en familia?

10

El ambiente en el coche se vuelve más pesado a medida que se acercan a las afueras de Bodum y a la casa donde todo comenzó.

—¿Es aquí, verdad? —pregunta Folmer, reduciendo la velocidad.

Anne mira hacia afuera para ver la última casa a la izquierda. Probablemente estuvo bien cuidada antes de que las personas que vivían allí perecieran. La naturaleza ya ha comenzado a apoderarse del lugar. Las malas hierbas crecen entre las grietas de las baldosas del camino de entrada, las ventanas están sucias y las hojas se acumulan en las canaletas. Sobre una piedra cubierta de musgo, puede distinguir el número 11.

—Lo es —dice Ella, sin mirar en absoluto la piedra; sus ojos están fijos en la casa. O más bien, parece a Anne que su hija está mirando a través del edificio—. Puedo sentirlo —susurra.

Folmer detiene el coche, y tanto él como Anne miran a Ella por un momento. Ella lleva puesta la chaqueta que le dio Kristoffer, la que pertenecía a su abuela. Está gastada, pero es muy cálida. También lleva guantes, y en su mano derecha sostiene la hoz, con la hoja afilada descansando en su regazo.

«Esto es una locura», piensa Anne, sintiendo el miedo apretar su corazón. «No puedo dejar que salga ahí fuera».

Mientras mira a Ella, su hija parece mucho más joven de lo que realmente es. Es como si Anne viera a la niña que dio a luz y crio. Un torrente de recuerdos intenta invadir su mente, pero ella los rechaza. Si se deja llevar por la nostalgia ahora, no habrá forma de que pueda seguir adelante con esto. Porque por mucho que le desagrade, también sabe que esta es la decisión de Ella. Que ya no es una niña. Aunque su certificado de nacimiento diga lo contrario, Anne sabe que estos últimos días han hecho que Ella envejezca mucho. Le contó a Anne la mayor parte de lo que ha

pasado, pero incluso antes de que lo hiciera, Anne podía notar en sus ojos y en su voz que algo había cambiado.

«Ahora es tan fuerte como yo. Incluso más, apuesto. No hay forma de convencerla para que no lo haga, así que mejor la ayudo».

—Bueno —dice Folmer, aclarándose la garganta. Las mira a través del espejo retrovisor—. Vosotras… ¿vais a ir o qué?

—Sí —responde Anne, mirando a Ella—. Cuando estemos listas.

—No creo que vaya a estar más lista que ahora —dice Ella, aun mirando la casa mientras se desabrocha el cinturón de seguridad.

Anne se quita rápidamente su cinturón también y abre la puerta.

—¿Esperarás aquí? —le pregunta a Folmer.

—Sí. Solo daré la vuelta al coche, y dejaré la puerta abierta para que podáis entrar rápidamente si es necesario.

—Bien.

Anne sale al pavimento. El aire parece aún más frío de lo habitual en esta tarde helada. Sin embargo, el cielo está despejado y pintado de un azul perfecto que parece alcanzar el espacio exterior. No hay nubes a la vista, ni pájaros ni nada visible en el lienzo del cielo.

«Un hermoso día para morir», piensa Anne. Automáticamente escanea la carretera y los jardines cercanos en busca de personas muertas. No ve a nadie; tal vez Ella realmente los mató a todos.

Ella rodea el coche, sosteniendo la hoz a su lado. Sus ojos siguen fijos en la casa. Para Anne, parece una atleta a punto de salir al campo a competir; completamente concentrada.

—¿No crees que tal vez deberías esconder eso? —sugiere Anne mientras Folmer gira el coche.

—¿Esto? —dice Ella, levantando la hoz—. Lo sabrá.

No dice más sobre el asunto, y Anne no pregunta.

—Entonces, ¿no te importa si mantengo la pistola lista?

—No, está bien. Mientras te mantengas atrás. Trata de no… parecer una amenaza.

—Entendido —murmura Anne. No puede evitar sentirse extremadamente extraña al recibir órdenes de su hija, como si Ella fuera su superior. Oye la voz de Bo en su memoria. “Agáchate, Nilsen. Espera. No hagas nada estúpido.” Esas fueron las últimas órdenes oficiales que recibió Anne. No las obedeció. No pudo. Tuvo que correr el riesgo. Y ahora está a punto de correr un riesgo aún mayor. Para empeorar las cosas, no es su propia vida la que está en juego.

Folmer aparca el coche justo al lado de ellas, ahora apuntando en la otra dirección. Levanta la mano en un rápido gesto afirmativo, como diciendo: “Estoy listo. Proceded a vuestro ritmo.”

Anne lo maldice internamente por enésima vez. Si hubiera sabido quién era él como persona, nunca habría aceptado su esperma. Pero, por otro lado, si no lo hubiera hecho, entonces Ella no sería quien es. Y el mundo podría no haber tenido una oportunidad.

—Vamos, mamá —dice Ella, caminando por el camino hacia la puerta principal.

Anne la sigue. Ella no abre la puerta, sino que camina junto a la pared. Anne echa un vistazo por la ventana al pasar, sin ver a nadie en la casa.

Ella se detiene en la esquina, mira hacia el jardín trasero, luego retira la cabeza como si hubiera visto algo horrible. Respira rápido.

—Está ahí. Sabe que vengo.

Anne carga su pistola, manteniéndola apuntada hacia el suelo.

—Última oportunidad, cariño. ¿Estás absolutamente segura de esto?

Ella mira algo enfrente, luego se concentra en el rostro de Anne.

—Estoy segura, mamá. No hay otra manera. Quédate aquí, ¿vale? Solo dispara si te lo pido. Eso es muy importante.

Anne asiente. Luego, de forma espontánea, abraza a su hija con fuerza con un solo brazo. Ella la aprieta de vuelta.

—Te quiero, Ella. Y estoy muy orgullosa de ti.

—Yo también te quiero, mamá.

La voz de Ella vacila un poco, y tal vez por eso rompe el abrazo. Sin mirar a Anne, da la vuelta a la esquina.

—Por favor, ten cuidado —susurra Anne tras ella mientras Ella camina hacia el jardín.

Esas son las últimas palabras.

11

Al entrar en el pueblo, Kjell se da cuenta de inmediato de que es como un pueblo fantasma.

No se ve a nadie, ni vivos ni muertos. Pequeñas señales revelan que prácticamente todos se fueron en cuanto supieron lo que estaba ocurriendo. O tal vez se quedaron y murieron. Hay una maleta tirada al borde de la carretera. Un coche vacío con la puerta delantera abierta. Un cubo de basura volcado. Un gato callejero observándolo desde el techo de una cochera.

Ve cuatro o cinco cadáveres por ahí. Esperaba muchos más. Después de todo, Bodum tenía, ¿qué?, un par de cientos de ciudadanos. Ciento cincuenta al menos. La mayoría de ellos viejos, frágiles, lentos. Deberían estar esparcidos por todas partes. La carretera que zigzaguea a través del pueblo también está sorprendentemente transitable. Como si alguien la hubiera despejado.

Parece que algunos supervivientes se quedaron, piensa Kjell, bajando la música. Mantuvieron el lugar relativamente ordenado.

Llega a una intersección y se detiene justo en el centro. Claramente es el centro del pueblo. Mirando en todas direcciones, no ve nada notable. Un cartel de calle torcido y cubierto de algas le indica que ya está en Gamlagata. Así que sigue conduciendo. Verificando los números, se dirige hacia una ligera curva en la carretera. No puede ver el final del pueblo, pero sabe que está cerca. Algo lo hace detener la camioneta justo antes de la curva. Es una especie de intuición. Apaga el motor, baja la ventana y escucha.

No está seguro de lo que esperaba oír, pero el sonido de un motor al ralentí no lo sorprende.

Alguien más está aquí también. Interesante.

Probablemente sea el tipo gay. Le dijo a Kjell que vivía en Bodum, así que probablemente regresó a casa después de que Kjell los atacara en la cueva y matara a Ragnar.

Kjell toma su pistola y cierra la puerta en silencio detrás de él. Asegurándose de que nadie lo esté observando, Kjell se cuela en el jardín más cercano. Corriendo detrás del seto, avanza tres

casas más hasta que puede darse cuenta de que el coche está justo afuera, con el motor en marcha junto al bordillo.

Kjell mira hacia la casa. Se parece a todas las demás, envejecida y desgastada, claramente el hogar de unos viejos. Junto al camino de entrada hay una roca, y Kjell apenas distingue el número 11 en ella.

«Lo sabía. Alguien más está detrás del tesoro».

Kjell separa con cuidado las ramas del seto para echar un vistazo al coche. Es un monovolumen. En el espejo lateral distingue al tipo tras el volante. Kjell lo conoce, al menos lo ha visto antes. Trabajaron juntos en el centro de seguridad. Era uno de los guardias que trajeron para conducir los autobuses llenos de personas infectadas.

«Otro desertor. Bien por él».

A juzgar por la forma en que el tipo lanza miradas nerviosas a su alrededor, está claro que está en tensión y que está esperando a alguien. Kjell se da cuenta de que la puerta del pasajero está abierta. Mira hacia abajo y ve una pequeña piedra en el suelo. La recoge y la lanza por encima del seto. Aterriza en el capó del coche y hace que el tipo se sobresalte. Mira por el parabrisas, tratando de averiguar qué causó el ruido, lo suficiente como para que Kjell pueda deslizarse por el seto, llegar a la puerta del conductor y apuntarle con la pistola en la cabeza.

Cuando ve a Kjell, vuelve a sobresaltarse. Sus manos van al volante, luego a la pistola que dejó estúpidamente en el salpicadero. Finalmente, se da cuenta de la pistola de Kjell y se queda congelado en su lugar. Kjell se lleva un dedo a los labios. Sin apartar la pistola, abre con cuidado la puerta.

—Habla bajo. Como alces la voz por encima de un susurro, aprieto el gatillo. ¿Entendido?

El tipo traga y asiente.

—¿Eres el conductor de la fuga?

Otro rígido asentimiento.

Kjell señala la casa.

—Vinisteis por la cueva que hay en el jardín trasero, ¿correcto?

El guardia duda brevemente, luego asiente.

—¿Cuántos hay allí?

—Dos —dice.

—¿Soldados?

—No. Una policía, y… su hija.

Kjell frunce el ceño.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, es verdad.

—Vaya. Buen trabajo dejando que las mujeres hagan el trabajo sucio. Bueno, me temo que tu descanso ha terminado, amigo. Baja del coche.

—Pero…

—No hay peros. Haz lo que te digo.

—Pero no puedo…

Kjell le golpea en la cara. Lleva guantes de cuero y usa la izquierda, así que el golpe no es tan fuerte ni tan limpio como le hubiera gustado, pero toma al hombre completamente por sorpresa, y emite un extraño sonido antes de llevarse la mano al costado de la cara.

—Vamos —dice Kjell, retrocediendo—. No más peros, ¿vale?

12

Mientras cruza el césped, apenas puede sentir sus piernas. Son como espaguetis pasados de cocción, lo que la hace tambalearse con cada paso. Su mente está gritando, enumerando todo tipo de razones por las que esto es una locura.

Ella no escucha. Y fuerza a sus piernas a seguir caminando.

Se detiene a mitad de camino entre la casa y el agujero en la colina. La entrada es completamente negra, tanto que ni siquiera la luz del día parece poder penetrarla. Está contrastada por las malas hierbas de un verde claro que crecen en el montículo, lo que la hace parecer aún más fuera de lugar. Casi como una ruptura de la realidad. Como un portal a otra dimensión.

La tarde está absolutamente en silencio. Más silenciosa de lo que Ella jamás pensó posible. No hay pájaros cantando, no se oyen hojas crujir, ni siquiera hay una brisa que agite el aire. Literalmente puede oír su propio corazón latiendo en sus oídos.

Tampoco hay sonidos que provengan del pasaje hacia la tumba.

Pero hay algo más que emana de lo profundo. Algo mucho más palpable que las ondas sonoras.

Ella lo ha notado desde el momento en que llegaron a Bodum. Una leve sensación de inquietud. Como cuando sientes que alguien te observa desde atrás. Pero ahora, al estar justo frente a la entrada de la tumba, se convierte en una sensación física. Un pulso que late contra su chaqueta y su rostro, haciendo que sus mejillas y frente ardan a pesar del frío.

Mirando hacia la oscuridad, aunque no puede verlo, Ella sabe sin ninguna duda que el draug la está mirando.

—Sé que puedes oírme —dice, probando discretamente el agarre en la hoz. Quiere asegurarse de que su mano y sus dedos todavía le obedecen—. Y sé que sabes quién soy.

Las palabras parecen caer en vano antes de llegar al agujero. Como si el aire se hubiera convertido en un vacío que absorbe los sonidos y los aplasta hasta convertirlos en nada.

Pero el draugr la oye. Probablemente Ella ni siquiera necesitaba decirlo en voz alta; tiene la sensación de que la criatura podría ser capaz de oír sus pensamientos.

No responde. Y no se muestra. Simplemente espera.

—He venido para… para hacerte parar —continúa. Señala al mundo en general con la mano que no sostiene la hoz—. Para que retires la maldición que has puesto sobre nosotros. Quiero que pongas fin a esto. Creo que tienes el poder para hacerlo, y sé que debes obedecerme por mi herencia.

El draugr ha permanecido completamente en silencio hasta ahora. Pero en la última palabra, finalmente emite un sonido. No son palabras, sino un gruñido bajo y ominoso. Casi como la primera señal de un terremoto, o un volcán despertando.

Ella siente que el suelo comienza a temblar bajo sus pies, y da un paso atrás de manera instintiva, luego se arrepiente.

«No puedo mostrarle que tengo miedo».

Se obliga a dar un paso adelante de nuevo, y levanta la hoz, apuntando al agujero.

—Me obedecerás o… o yo… —El resto de la frase se ahoga en un ruido, que se vuelve tan fuerte que en realidad es más como un rugido. Al mismo tiempo, algo llama su atención desde arriba, y ella mira hacia el cielo. Lo que ve remueve sus entrañas.

Oye la voz de Kristoffer en su mente: «… el draug puede controlar el clima, manipular los elementos, y hacer que el día se convierta en noche…»

El cielo azul perfecto sobre su cabeza está siendo tragado rápidamente por nubes grises y pesadas. Pero no ocurre de la manera habitual, donde el viento de una cierta dirección hace que la capa de nubes se desplace gradualmente y cubra el cielo. En su lugar, las nubes se cierran desde todos los lados, formando un círculo cada vez más pequeño de azul en el centro. Se parece casi a un huracán, excepto que Ella no siente ni la más mínima brisa.

Cuando vuelve a mirar hacia el agujero puede ver que algo se mueve ahí dentro, en la oscuridad. Algo está de pie justo en la entrada, y está a punto de salir por completo cuando…

—¡Hey Jude!

13

Anne está mirando fijamente el agujero en la colina, mirando a Ella, mirando al cielo. Puede sentir cómo el aire se tensa, se carga de electricidad, y sabe que algo terrible está a punto de suceder. Apretando su pistola, se prepara para saltar, ignorando lo que Ella le dijo.

Pero entonces, justo cuando da el primer paso, desde el otro lado de la casa, completamente inesperado, una voz masculina:

—Hey Jude

Anne se sobresalta y se da la vuelta instintivamente.

No es un hombre el que sale al césped, sino dos. Uno de ellos es Folmer. El otro es un soldado, y camina justo detrás de Folmer. A juzgar por cómo Folmer tiene los brazos levantados, y el gran moretón rojo en lo alto de su pómulo, Anne deduce de inmediato que el soldado tiene una pistola apuntada a su espalda.

—Don´t be afraid —continúa el soldado en un tono jovial, dirigiéndose a Ella—. You were made to go out and get her.

Por un momento, Anne se confunde con lo que está diciendo, hasta que se da cuenta de que está citando una canción de los Beatles.

—¡Atrás! —grita Ella, mirando de un lado a otro entre los hombres que se acercan y el agujero en la colina—. ¡No es seguro!

—Será seguro una vez que sueltes esa lima de uñas gigante que tienes ahí —le dice el soldado —. Y si tu mamá pudiera ser tan amable de… ¡oh, ahí estás! ¡Hola, Snut! —El soldado sonríe al ver a Anne y da un paso más hacia el lado, usando a Folmer como escudo—. Por favor, baja esa pistola para que no tenga que disparar a nadie.

Anne aprieta los dientes con fuerza. Su mente está luchando por entender la situación. Todo ha cambiado en un abrir y cerrar de ojos, y no hay una buena forma de resolverla.

—Por favor —dice Folmer, con una voz débil. Suena como si estuviera a punto de llorar—. Por favor, Anne… no está bromeando.

—¡Mamá, retrocede! —grita Ella. Ya no sostiene la hoz.

—No, mamá, no vayas a ningún lado —replica el soldado—. Quédate justo donde pueda verte y pon la pistola en el suelo.

—No lo entiendes —continúa Ella, señalando hacia la colina—. ¡Está viniendo! El draugr, está a punto de... —Ella se interrumpe al mirar hacia el agujero. Luego, en voz baja, Anne la oye susurrar—. Se ha ido.

Tiene razón. Anne nota que el ruido sordo ha disminuido casi por completo. También puede sentir cómo la tensión abandona el aire. Al mirar hacia arriba, ve que la capa de nubes se está dispersando. Todavía puede distinguir la formación en forma de huracán, pero como ya no hay nada que obligue a las nubes a moverse, simplemente se alejan a un ritmo natural, dejando que el cielo azul vuelva a verse, iluminando la tarde.

Entonces, al volver a mirar al soldado, de repente lo comprende.

—Sé quién eres —se oye decir—. Sé que eres un psicópata, y no se puede confiar en ti.

—Vamos, vamos —dice el soldado con arrogancia—. Los halagos no te sacarán de esta.

—No me importa el tipo que tienes como rehén. Te dispararé, aunque corra el riesgo de herirlo a él también.

Anne solo puede ver la mitad del rostro del soldado, pero es suficiente para decirle que está sonriendo.

—Me gusta tu actitud, Snut. Pero apuesto a que no sientes lo mismo por tu hija. —El soldado muestra su pistola por un momento, apuntando a Ella, antes de volver a esconderla detrás de Folmer.

—Si piensas siquiera en hacerle daño, te despedazaré —dice Anne, con la mandíbula temblando, haciendo que las palabras salgan a borbotones. Considera seriamente abrir fuego. Vaciar su pistola directamente sobre el soldado. Definitivamente matará a Folmer, pero hay una buena posibilidad de que también acabe con el soldado antes de que él pueda disparar de vuelta. Pero lo que la detiene es el pensamiento de Ella. El soldado podría fácilmente dispararle al menos dos veces antes de caer.

—Mamá —dice Ella, su voz tensa, sus ojos suplicantes—. Haz lo que te dice. Todo estará bien.

Pero Anne no cree que vaya a estar bien. Tiene una muy mala sensación sobre el soldado. De alguna manera, es peor que el monstruo en la colina.

—Bien, mirad, entiendo que todos estamos un poco tensos aquí —dice el soldado, mirando de Anne a Ella. Anne nota que sonríe mientras habla. Su sonrisa le da escalofríos—. Y hay muchas cosas en juego, muchas cosas de las que preocuparse, muchos posibles resultados. Así que déjame simplificar las cosas. Haced lo que digo, u os mato a todos. Última oportunidad. ¿Qué os parece mi oferta?

—No sé lo que quieres —oye Anne decirse a sí misma, sin bajar la pistola—. Pero no vamos a…

El soldado mueve la mano hacia arriba. Anne ve la pistola justo por encima del hombro de Folmer, y está a punto de disparar la suya, cuando algo muy fuerte la golpea en la clavícula, justo debajo de la garganta. Se siente como si le hubieran lanzado un ladrillo desde una catapulta, y es lo suficientemente fuerte como para hacerla tambalear hacia atrás. Baja la mirada, esperando ver su pecho destrozado, al menos así lo siente. En su lugar, ve una pequeña perforación en su chaqueta, a medio centímetro de la cremallera.

Eso parece un agujero de bala, piensa Anne, confundida. «¿Cómo ha pasado eso?»

Luego aparece otro agujero justo al lado del primero, y luego todo se vuelve negro por unos segundos, y cuando su visión regresa, está mirando el cielo casi azul.

«Creo que me ha disparado».

Anne gira la cabeza, esperando ver a Ella. Y lo hace. Su hija está viniendo hacia ella, con los ojos enormes y llenos de sorpresa. Cae de rodillas justo a su vera, y dice algo. Al menos parece que sus labios se están moviendo. Anne intenta sonreírle. Intenta asegurarle que todo estará bien.

Luego Ella se desvanece, y Anne siente cómo se abre un lugar profundo y cálido justo debajo de ella.

«Te quiero, Ella», piensa Anne, mientras ese abismo la succiona suavemente. «Más que a nada en este mundo».

14

—Vamos, levántate —gruñe Kjell, tirando del cuello de la chaqueta del tipo—. ¿Qué estás haciendo? ¿Echando un truño? Ponte de pie, hombre.

En el momento en que Kjell disparó el arma, el guardia se agachó y se cubrió los oídos. La pistola se disparó justo al lado de su cabeza, así que Kjell duda que el tipo vuelva a escuchar bien de ese lado, pero eso no significa que pueda comportarse como un cobarde.

—¡Levántate de una puta vez! —Kjell tira lo suficientemente fuerte como para finalmente poner al tipo de pie.

Mira a la chica. Ha dejado caer la hoz y ha corrido hacia su madre. La policía ya está muerta, claramente. Sin embargo, la chica la sacude, le toca la cara, le habla.

—No sirve de nada —le grita Kjell—. ¡Oye, chica! ¡Se ha ido!

La chica no reacciona. Solo sigue intentando despertar a su madre muerta.

—¿Cómo se llama? —pregunta Kjell, asegurándose de hablarle en el oído bueno del guardia.

—Eh, Ella —dice él, con voz de alguien medio dormido.

—¡Oye, Ella! —grita Kjell.

La chica finalmente reacciona. Al girar la cabeza, lo mira con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, pero se ha ido.

La expresión de Ella cambia. Pasa de la conmoción a la comprensión, luego al dolor, y finalmente a algo mucho más oscuro. Al fin, habla. Es un susurro, y Kjell no puede entenderlo. No suena como un cumplido.

—Está bien que me odies —le dice con falsa empatía—. Mucha gente lo hace. Puedo vivir con ello. Bueno, Folmer, tú eres el siguiente. ¿Vas a hacer lo que te pido?

El tipo ya está temblando por completo. Ahora empieza a moverse de un lado a otro.

—No… no sé qué…

—Es fácil. Solo entras en esa cueva ahí y me traes algo brillante. Cuanto más grande, mejor. Si ves algo…

—¡No puedo! —grita Folmer, girando la cabeza para intentar mirar a Kjell—. ¡Hay un monstruo ahí dentro! ¡Me matará!

Kjell gruñe.

—¿Qué eres, un niño de cinco años? Tranquilízate.

—¡Es verdad! ¡Es lo que comenzó todo esto! ¡Se llama draug!

Kjell estaba a punto de decirle al tipo que se moviera o le metería una bala en la cabeza, cuando, al oír esa última palabra, algo parece suceder. Es como si una ráfaga de viento helado azotara el jardín. Excepto que parece venir del agujero en la colina.

Folmer obviamente lo siente también, porque se pone tenso. Ella deja de llorar. Mira del agujero hacia ellos.

—No digas su nombre —les dice con una voz carente de emoción.

Kjell estalla en carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿También crees en fantasmas? ¿Estáis todos locos? No hay nada ahí dentro, excepto lo que necesito: una o dos piezas de joyería cara. —Pero incluso mientras habla, Kjell no puede evitar echar un vistazo a la abertura de la cueva. Lo que leyó en el cuaderno de notas de repente parece mucho más plausible de lo que le gustaría admitir.

«Deja de ser un cobarde. No eres mejor que estos idiotas».

—Así que —continúa Kjell, empujando a Folmer hacia adelante y agarrando su pistola con ambas manos—. O entras a buscarme lo que hay ahí, o te disparo. ¿Qué prefieres?

Folmer, todavía con las manos en alto, se da la vuelta para mirar a Kjell. Y para disgusto de Kjell, empieza a llorar.

—Por favor… por favor, no me hagas hacerlo…

—Madre mía —murmura Kjell.

Se da cuenta de que Folmer no va a entrar ahí. Está demasiado asustado. Justo cuando está a punto de dispararle, Ella se pone de pie. Se limpia los ojos con las mangas y luego mira a Kjell.

—Lo haré yo —dice con tono uniforme.

Kjell levanta una ceja, sin bajar la pistola.

—¿De verdad?

—Conseguiré lo que quieres. Solo no le dispares.

Kjell gruñe.

—¿Por qué? ¿Qué te importa él?

—Es mi padre —dice Ella.

Kjell no esperaba realmente una respuesta, y mucho menos esa.

—No, me estás tomando el pelo. ¿Este pedazo de mierda? —Mira a Folmer de arriba abajo y nota que el tipo literalmente se ha meado encima—. Bueno, felicidades por haber salido a tu madre. Claramente, ella era mucho más hombre que este cobarde.

—No menciones a mi madre —dice la chica, con la voz más baja y los ojos volviéndose oscuros.

Kjell se ríe.

—¡Sí, esa es la mirada! Así es exactamente como me miró a mí. Te lo digo, si las miradas mataran, tendrías un arma letal. —Toma una profunda respiración—. Muy bien. Ve a buscarme algo valioso. Esperaremos aquí.

La chica asiente una vez, luego empieza a cruzar el césped. Se detiene a la mitad, pero no porque tenga miedo. Simplemente se detiene para mirar algo. Kjell sigue su mirada y ve una urraca sentada en un manzano sin hojas. No tiene ni idea de cuánto tiempo ha estado allí el pájaro, ni por qué no se asustó con el disparo. No se mueve ni emite ningún sonido. Simplemente los observa en silencio.

—Bien, no es momento para observar pájaros —dice Kjell, volviendo a mirar a Ella—. Tienes que…

Deja de hablar al ver a la chica desaparecer en la oscuridad de la cueva.

15

Tan pronto como entra en la cueva, todo se vuelve completamente negro.

Es, sin duda, la oscuridad más densa que Ella ha experimentado jamás. Levanta la mano y coloca la palma a un centímetro de su cara. Moviéndola de un lado a otro, puede sentirla, pero no puede verla.

Se da la vuelta para mirar hacia el césped. Es como mirar a través de una puerta entre mundos. El límite entre la luz y la oscuridad es demasiado marcado. Afuera, el sol vuelve a brillar ahora que las nubes se han ido. Pero ni el rayo de luz más pálido penetra en la cueva.

Ella ve al soldado de pie allí, todavía escondido detrás de Folmer. Su padre ha dejado de llorar. Sus ojos van de un lado a otro entre la cueva y el lugar donde yace la madre de Ella. Ella se siente agradecida de no poder verla desde aquí. El soldado mira fijamente la cueva por encima del hombro de Folmer, pero Ella sabe que ya no puede verla.

«Podría quedarme aquí cinco minutos y luego salir y decir que no encontré nada.»

Pero sabe que eso no funcionará. Quizás una persona normal lo aceptaría. No Kjell, sin embargo. Él no es normal. Ni siquiera es una persona.

«Le disparó a mamá». Ella contiene el aliento y lucha contra nuevas lágrimas mientras la realidad la invade de nuevo. «La mató. Está muerta».

Parece irreal. Como si no pudiera ser verdad. A pesar de toda la muerte que Ella ha experimentado… y causado en los últimos días, la idea de que su madre se haya ido para siempre es demasiado para ser procesado. Tal vez con el tiempo, pero por ahora, Ella simplemente no puede comprenderlo.

«Será mejor que me mueva. Si no encuentro algo que pueda llevarse, probablemente me disparará a mí y a Folmer también».

Ella se da la vuelta de nuevo para enfrentarse a la oscuridad. Saca la pequeña linterna que Kristoffer le dio, medio esperando que no funcione. Si esto fuera una película de terror, habría parpadeado una o dos veces, luego se habría apagado. Ella la habría golpeado, maldecido y luego se le habría caído al suelo.

Pero, para su inmenso alivio, la linterna se enciende.

El haz de luz parece tener dificultades para cortar la oscuridad. Pero proporciona la luz suficiente para que Ella distinga un túnel que desciende en un ligero ángulo. También puede ver runas grabadas en las paredes a su alrededor. Y, al mirar hacia abajo, ve huellas gigantes. Parecen humanas. Al menos hasta cierto punto. Pero son demasiado grandes y extrañamente torcidas, como si los pies que las dejaron estuvieran deformados. Además, delante de cada uno de los dedos hay triángulos de lo que solo pueden ser garras afiladas.

Ella mira hacia el túnel. Continúa hasta donde alcanza la luz. Intenta concentrarse en sentir al draugr.

Lo siente. Pero está lejos. Claramente, se retiró profundamente en la tierra cuando apareció Kjell. No porque le tuviera miedo, obviamente. Pero debe haber temido algo, porque definitivamente estaba a punto de salir de la cueva y despedazarla; de eso está completamente segura.

Entonces, ¿qué lo asustó? ¿Qué lo hizo retroceder?

Ella no lo sabe. Y en este momento, no puede preocuparse por averiguarlo. Tiene otra tarea entre manos.

Buscando cuidadosamente en las paredes, el suelo y el techo, comienza a caminar más adentro de la tumba.

16

—¿Puedes sentarte, hombre? Me estás poniendo nervioso.

La voz de Aksel hace que Kristoffer se detenga en seco. Apenas era consciente de que estaba paseando de un lado a otro. Mira hacia la sala de estar y ve a Aksel sentado junto a Rosa en el sofá. Están jugando a las cartas. Belinda está en el sillón, cubierta con una manta. Tiene los ojos cerrados, descansa con las piernas dobladas bajo ella. Su brazo cuelga sobre el borde, y su mano descansa sobre la cabeza de Guardian. El perro mira a Kristoffer como si dijera: "Sí, estoy de acuerdo. Siéntate, ¿quieres?"

—Lo siento —murmura Kristoffer, mirando por la ventana—. Solo tengo un mal presentimiento sobre esto. Todavía creo que debería haber ido con ella.

—Mira, están sus dos padres allí —dice Aksel, poniendo una carta sobre la mesa—. Y ambos están armados. Estoy seguro de que podrán salir de ahí disparando si algo sale mal.

—Lo sé, pero… tal vez hay algo importante que olvidé decirle. Sobre el draugr, ya sabes.

—¿Kris? —Belinda tiene los ojos abiertos ahora—. Ella no es tu responsabilidad. Esta fue su decisión.

Kristoffer siente el calor subiendo a su rostro, y vuelve a mirar por la ventana, murmurando:

—Supongo que tienes razón.

Aun así, eso no significa que se perdonará si Ella muere.

—¡Eh, Rummy! —exclama Rosa.

—No, has puesto un trébol —dice Aksel.

—Oh, maldita sea. —Vuelve a tomar la carta—. Es difícil ver aquí. ¿Podemos encender las luces?

—Claro —dice Kristoffer, y mientras se dirige al interruptor, se da cuenta de que Rosa tiene razón; realmente está oscuro. Enciende la lámpara de araña sobre la mesa de café, la que tanto le

gustaba a su abuela, y que se esmeraba en limpiar todos los sábados cuando era el día de limpieza. Kristoffer ha intentado mantenerla limpia desde su muerte, pero obviamente ha sido negligente este último mes, y ya son visibles finos hilos de telarañas entre los adornos de la lámpara.

Mientras vuelve a la ventana, se da cuenta de por qué está tan oscuro: una densa capa de nubes ha bloqueado el cielo azul. Ha sucedido con una velocidad increíble.

Kristoffer se inclina hacia el cristal y mira hacia arriba.

—Oh —suspira—. Tenéis que ver esto...

Aksel, Rosa y Belinda se unen a él junto a la ventana y miran hacia arriba.

—Mierda —dice Aksel—. Eso no es normal, ¿verdad?

—No —dice Belinda, colocando las manos sobre los hombros de Rosa—. Eso ni siquiera es natural.

—Es el draugr —murmura Kristoffer, hablando para sí mismo. Mira en dirección a la casa de Helda y Halgrim, aunque no puede ver a través de los jardines que separan su propiedad de la suya—. Se están enfrentando a él.

Aksel parece a punto de decir algo, cuando se escucha un disparo. Está lejos, pero definitivamente dentro del pueblo.

Todos se miran con los ojos muy abiertos.

—Ese fue uno de los nuestros —dice Aksel—. ¿Verdad?

—Definitivamente fue una pistola —dice Kristoffer—. Un rifle no haría tanto ruido. Y no creo que nadie tuviera una pistola por aquí, así que sí, diría que es una apuesta bastante segura que fue Anne o Folmer quienes dispararon.

—Dispararon al draugr —susurra Belinda. Kristoffer no puede decir si es una pregunta o una afirmación.

Mira de nuevo al cielo. Las nubes se están dispersando de repente. Ocurre a un ritmo mucho más natural, pero definitivamente están desapareciendo de nuevo.

Rosa también lo nota.

—¿Podría haber terminado? —pregunta, mirando de Kristoffer a su madre—. ¿Creéis que lo mataron?

Kristoffer mira a Aksel. Aksel parece esperanzado mientras se encoge de hombros.

—Creo que es posible.

—Iré a comprobarlo —dice Kristoffer, dirigiéndose hacia el rifle que está en la mesa del comedor. Lo tomó de la casa del viejo Sigmund, su vecino de al lado. Kristoffer se sintió mal por

irrumpir, pero estaba claro que Sigmund ya no necesitaría el arma; la última vez que la usó fue contra sí mismo, pintando el techo de su cocina con el contenido de su cráneo.

Kristoffer se encargó de limpiar el rifle, y lo probó en el jardín trasero. Funciona bien.

Antes de salir de la sala de estar, mira a los demás.

—Vosotros os quedáis aquí, ¿verdad?

—Nos quedamos —dice Aksel—. Y ten cuidado.

Kristoffer asiente. Luego sale de la casa.

17

Kjell ha sacado una silla de la terraza al césped y está sentado.

Folmer sigue de pie frente a él, con las manos levantadas. Delante de ellos yace el cuerpo de la policía. Folmer sigue mirando de reojo hacia ella.

—Lo siento por ella —dice Kjell—. Debería haberme escuchado.

Folmer lo mira, pero no dice nada.

—No es que fuerais muy cercanos, ¿verdad?

Folmer solo niega con la cabeza.

—¿Divorciados?

—Nunca estuvimos juntos.

—Ya veo. ¿Una aventura de una noche?

Folmer no responde.

Kjell suspira, mira su reloj. Han pasado cinco minutos desde que la chica entró en la cueva. Kjell no tiene idea de lo profunda que es, pero está bastante seguro de que no hay otras salidas. Aun así, si la chica no vuelve en otros cinco minutos, enviará a Folmer a buscarla.

—Mira, tenemos un poco de tiempo que matar —dice Kjell, soplando aire en su mano para mantenerla caliente—. Así que bien podríamos charlar un rato. Eras guardia, ¿verdad?

—Lo era —responde Folmer con desgana.

—¿En la prisión abandonada?

—Sí.

—¿Y decidiste dejarlo?

—No exactamente. El autobús en el que iba, se estrelló. Nadie vino a ayudar. Estuve atrapado todo un día. Casi me congelo hasta morir.

—¿De verdad? Nadie se toma en serio el “no dejar a nadie atrás”, ¿eh? —Kjell chasquea la lengua—. Siempre supe que esto pasaría. No lo de los muertos comiéndose a la gente, pero sí alguna clase de catástrofe que revelaría quién es la gente realmente. Perros asustados, eso es todo. Cuando las cosas se ponen mal, todos se cuidan a sí mismos y a nadie más.

Folmer no responde.

—¿Qué, no estás de acuerdo? Lo siento, pero ciertamente no me pareces el tipo de héroe sacrificado. Más bien del tipo que se mea encima. Sin ofender.

—Que te jodan —murmura Folmer.

Kjell se ríe a carcajadas. Se convierte en un ataque de tos.

—Joder, creo que estoy pillando un resfriado. ¿Por qué no pudo pasar todo este lío en verano, eh? —Mira la hora—. Dos minutos más. Todavía no hay señales de la chica—. Pero sabes, hay otros tipos de personas también —continúa Kjell—. Tu hija, por ejemplo. Parece que está hecha de una pasta muy distinta a la tuya, ¿sabes?

Folmer frunce el ceño, pero no dice nada.

—No quiero ofenderte. De hecho, creo que eres el inteligente. El valor, el altruismo, la empatía. Esas son solo lastres de hormigón en tus pies, que te arrastran hacia abajo. Yo preferiría siempre un cobarde antes que un héroe.

De repente, Folmer lo mira directamente.

—¿Y tú qué eres?

—¿Yo? —Kjell sonríe—. Oh, hermano, estoy en mi propia categoría. Soy la excepción que confirma la regla.

Folmer gruñe.

—¿No me crees? Dime, ¿qué caracteriza a un cobarde? Alguien que no está dispuesto a ayudar a los demás. Ese soy yo. ¿Y qué caracteriza a un héroe? Alguien que no tiene miedo de morir. Ese también soy yo. Supongo que podrías decir que tengo lo mejor de ambos mundos.

Folmer solo niega con la cabeza.

Kjell mira su reloj.

—Bien, se acabó el tiempo. Ella no va a volver. Eso significa que te toca a ti, amigo.

—¿Qué? —exclama Folmer—. No, espera…

—Lo siento, pero realmente necesito esas cosas brillantes que hay ahí. Y dado que tu hija o se perdió o quedó enterrada ahí abajo, eres mi última esperanza.

—¡No voy a entrar ahí! ¡De ninguna manera!

Kjell suspira mientras se pone de pie.

—Pensé que ya habíamos pasado esto. O entras en esa cueva o yo...

Se escucha un movimiento que proviene del agujero.

Kjell gira la cabeza para ver a la chica salir de nuevo. Parece alguien que ha estado bajo tierra durante una semana. Su ropa está sucia, parece más pálida que antes, y entrecierra los ojos por la luz del día. Pero bajo su brazo hay un trozo de metal cubierto de barro.

—He encontrado algo —dice, mirando a Kjell sin ninguna expresión particular en el rostro—. Es todo lo que pude encontrar. —Sin esperar más instrucciones, lanza el objeto hacia él.

Lo atrapa torpemente con su mano libre. Es mucho más pesado de lo que pensaba. Agachándose, lo frota contra la hierba, quitando la mayor parte del barro. El objeto es un cáliz. Parece algo de la era vikinga. A juzgar por el peso, es casi seguro que es de oro. Aunque no sea puro, aún debería valer mucho. Definitivamente lo suficiente para comprarle un billete a Rusia.

Kjell le sonríe a la chica.

—Buen trabajo. Esto es perfecto.

Ella no responde. Solo va hacia su madre, se arrodilla, entierra la cara en la chaqueta y comienza a llorar.

—Bueno —le dice Kjell a Folmer—. Supongo que esto es un adiós. Quédate aquí y cuenta hasta quinientos antes de irte. Si te veo en la calle demasiado pronto, disparo. Así que cuenta despacio.

Folmer asiente una vez, finalmente bajando las manos mientras Kjell se aleja. Echando una última mirada a la chica, Kjell se da la vuelta y camina hacia el frente de la casa.

18

Corriendo por la calle, Kristoffer mantiene el rifle apretado contra su pecho mientras revisa continuamente ambos lados.

Está bastante seguro de que ya han despejado Bodum de zombis, pero eso no significa que algunos rezagados no hayan llegado al pueblo desde otro lugar. No ve a nadie, ni vivo ni muerto, y en cinco minutos llega al número 11.

El monovolumen está aparcado junto al bordillo, el motor sigue en marcha y la puerta del pasajero está abierta. No hay nadie al volante.

Justo cuando Kristoffer está a punto de acercarse, un hombre sale del camino de entrada. Al reconocerlo, por un momento cree que es Folmer. Pero luego ve quién es realmente, y se le corta la respiración.

Cuando Kjell sale a la calle, mira a los lados, casi de manera casual, como si realmente no esperara que hubiera alguien cerca.

Ve a Kristoffer justo cuando este levanta el rifle.

—¡Alto! ¡Quédate donde estás!

Kjell se detiene. Pero no parece particularmente asustado. Ni siquiera se molesta en girarse para enfrentarse a Kristoffer. En su lugar, se queda de lado hacia él. En su mano, la que es visible para Kristoffer, sostiene lo que parece ser un cáliz. Está cubierto de tierra, por lo que es difícil distinguirlo. Kjell se asegura de mantener la otra mano oculta.

—Heey —dice con su habitual tono de falsa alegría—. El chico gay. ¿Kris, verdad? No esperaba volver a verte.

—Cállate —dice Kristoffer, haciendo lo posible por evitar que el rifle tiemble. Lo está sosteniendo bien; ha ido de caza algunas veces, y sabe bien cómo disparar un rifle. Aun así, no es un tirador experto, y hay unos doce metros entre él y Kjell. Si Kjell decide correr, probablemente

fallará. Pero necesita actuar como si fuera un tirador mucho mejor de lo que realmente es, o Kjell no tendrá razones para temerle—. Dime qué haces aquí.

—Entonces, ¿qué? —pregunta Kjell, ladeando la cabeza—. ¿Quieres que me calle o que responda a tu pregunta?

—Deja de dar por culo —gruñe Kristoffer—. Sabes a lo que me refiero.

Kjell se encoge de hombros y luego levanta el cáliz.

—Vine a buscar esto. Como ya lo tengo, me voy. Así que realmente no hay razón para que me apuntes con ese rifle. A menos que sigas enfadado conmigo por matar a tu novio gordo. ¿O estás buscando vengar a Ragnar?

—Me importa una mierda Ragnar —dice Kristoffer—. ¿Quién disparó un arma hace un momento?

Echa un vistazo rápido a la casa, esperando ver a Anne, Folmer o Ella aparecer por ese lado, pero no ve a nadie. Sin embargo, capta un sonido. Parece que alguien está sollozando.

—Oh, Kris —dice Kjell con condescendencia—. Nunca hagas eso. No apartes la vista de alguien a quien mantienes bajo la mira. ¿De acuerdo? ¿Me prometes eso? Podría haberte disparado como tres veces ahora mismo.

Como para demostrar que tiene razón, Kjell se da la vuelta para mostrar la pistola. No la levanta ni nada. No lo necesita. Kristoffer está bastante seguro de que Kjell podría disparar desde la cadera y aun así tendría más posibilidades de acertar que si él dispara el rifle. Kjell probablemente también lo sabe.

—Baja… baja esa pistola —dice Kristoffer, con la voz quebrada.

—No —responde Kjell sencillamente—. No voy a hacer eso, Kris. Te diré lo que voy a hacer. Voy a alejarme. Tengo mi camioneta aparcada justo a la vuelta de la esquina. Me subiré a ella, conduciré y no volveremos a vernos. Así es como terminará nuestra pequeña amistad. A menos, por supuesto, que decidas hacer algo estúpido. En ese caso, te dispararé en algún lugar que no te mate de inmediato, pero que te deje agonizando durante unas horas. Es tu elección, amigo mío. —Sonríe y luego levanta el cáliz—. ¡Salud! —Entonces simplemente da la espalda a Kris y pasa junto al monovolumen, silbando una melodía casual.

Por un breve segundo, Kristoffer considera disparar. Probablemente podría acertar. Pero si falla, o si no lo mata al instante, está totalmente seguro de que Kjell cumplirá su promesa de matarlo a él a cambio.

No tiene sentido, decide Kristoffer, bajando el rifle. Probablemente dijo la verdad cuando afirmó que se marchará para siempre.

Kristoffer oye otro sollozo desde detrás de la casa, y corre hacia el camino de entrada.

19

Kjell está de excelente humor cuando regresa a la camioneta.

No solo consiguió exactamente lo que vino a buscar, sino que fue mucho más fácil de lo que temía.

Envuelve el cáliz en una camisa que encontró en la parte trasera de la camioneta y lo coloca cuidadosamente en el asiento del pasajero. Luego enciende el motor y se pone en marcha, echando una última mirada al espejo retrovisor. El chico gay ha desaparecido de su vista.

Al buscar en la mochila, la encuentra vacía, y la tira detrás del asiento con un gruñido.

—Maldita sea. Pensé que me quedaba algo de comida.

Realmente quería ir directamente a Elverum, pero va a necesitar algo de comer. Además, no es que tenga prisa; son cinco horas de viaje como máximo, así que puede permitirse tranquilamente un almuerzo. Incluso una siesta. Lo cual, siendo honesto, es justo lo que necesita.

La pregunta es, ¿lo hace aquí en Bodum o busca algún lugar a lo largo del camino? Las probabilidades de encontrar una casa adecuada en las montañas, abandonada, con comida almacenada y que pueda asegurarse correctamente probablemente no sean muy altas. Por otro lado, aquí en este maldito pueblo hay muchas de esas.

Así que Kjell elige un bungalow prometedor justo en las afueras del pueblo. Tiene un pequeño patio abierto, y se detiene en la grava. Guarda el cáliz en su bolsillo interior, toma su pistola y revisa los alrededores. Tanto el jardín delantero como el trasero están despejados. Las únicas señales de lucha son un arbusto pisoteado y algunas huellas en un parterre de flores.

Echa un vistazo por todas las ventanas que no están cubiertas por cortinas. No puede ver a nadie, ni vivo ni muerto. Así que, finalmente, intenta entrar por la puerta principal. Está cerrada con llave. La casa está ligeramente elevada sobre el suelo, y también hay una puerta al sótano. Esa también está cerrada, pero es mucho más antigua y fácil de romper. Kjell la patea y entra en

un cuarto de lavado húmedo que huele a jabón. La ropa todavía está colgada en un tendedero. Con la pistola en mano, se asegura de que no haya nadie allí. Ve un cuenco en el suelo con el nombre PLYSSER. Podría ser para un gato o un perro. Pero, al parecer, el dueño de la casa fue lo suficientemente consciente como para llevarse a su mascota cuando se fue, porque mientras Kjell recorre meticulosamente los dos pisos de la casa, no encuentra ni humanos ni animales.

Encuentra un televisor encendido en el dormitorio, y por un momento espera ver a alguien en la cama, mirándolo. Pero no hay nadie. Deben haber olvidado apagarlo. Kjell vuelve a la puerta del sótano y la asegura firmemente desde el interior utilizando un taladro eléctrico y un puñado de tornillos de una caja de herramientas. Asegura la puerta principal de la misma manera, asegurándose de que nadie entre sin una palanca y mucho ruido.

Luego, regresando a la sala de estar, cierra todas las cortinas, enciende un fuego en la chimenea y va a revisar la cocina. No es exactamente un festín lo que encuentra, el dueño claramente se llevó toda la comida que pudo cargar, pero hay suficiente para llenarse el estómago por una noche. Alcaparras, mayonesa, tres plátanos pasados, media botella de aceite de oliva, una bolsa de semillas de calabaza, pretzels y algunas otras cosas. Kjell no es quisquilloso para comer, así que lleva todo a la sala de estar y se sienta en el sillón reclinable frente al fuego crepitante.

Quienquiera que viviera aquí, hizo lo más sensato y se largó de aquí. Probablemente es una mujer, a juzgar por lo ordenado que está todo, y el bordado a medio hacer sobre la mesa junto al sillón.

Incluso si se hubiera atrincherado aquí y sobrevivido a la primera ola de infección, ¿cómo diablos hubiera sobrevivido a largo plazo? Las tiendas más cercanas estaban a kilómetros de distancia, y cultivar cosas en el jardín solo es posible en verano. De hecho, incluso vivir aquí antes de la infección debió de ser un fastidio.

Hay un libro en el revistero sobre la Primera Guerra Mundial, y Kjell hojea las páginas mientras come, leyendo sobre el gas cloro, el pie de trinchera y otras cosas divertidas con las que tuvieron que lidiar los pobres soldados.

Kjell se levanta y va a beber agua en el fregadero. Luego recuerda el cáliz y decide limpiarlo un poco. Lo enjuaga cuidadosamente bajo el grifo, quitando los terrones de barro con un paño, hasta que el metal dorado brilla. Lo lleva de vuelta al fuego, lo voltea, admirándolo a la luz de las llamas. Le parece impresionante que la gente de hace dos mil años fuera capaz de crear algo así.

Envuelve de nuevo el cáliz, lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta, luego la enrolla y la usa como almohada mientras reclina el sillón y sube los pies. Posteriormente toma su pistola y la coloca sobre su pecho. Está acostumbrado a dormir en lugares menos que ideales, con la ropa

puesta y el arma lista. Duerme muy ligero, y la casa está muy tranquila, excepto por el suave crepitar del fuego, así que se despertará de inmediato si alguien intenta entrar para sorprenderlo.

Kjell cierra los ojos, suspira profundamente y se queda dormido con una sonrisa en el rostro.

20

—Entonces… ¿ahora qué?

Ella levanta la mirada al escuchar la voz de Aksel. Le sorprende verlos a todos sentados alrededor de la mesa del comedor. Realmente no recuerda cómo llegó allí, ni quién le puso un plato lleno de comida delante. Parece que no ha comido nada de ello. Huele bien, pero no tiene apetito. Tampoco parece que los demás tengan. Excepto Guardian, que está debajo de la mesa, devorando su comida con ruidosos sorbos.

Dos de las sillas están vacías. La que Folmer solía ocupar. Y la de su madre. Ella siente que su corazón comienza a doler de nuevo. Había logrado desconectarse momentáneamente y no pensar en nada. Ahora, el dolor vuelve como una ola.

Nadie dice nada. Todos miran de Aksel a Ella, como si esperaran que ella diera una respuesta.

Belinda mira a Aksel y luego dice suavemente:

—Tal vez no sea el momento, Axe.

—No, lo sé —dice Aksel, moviéndose en la silla—. No quiero ser insensible, es solo que… aún tenemos que lidiar con el draugr.

Ella apenas está escuchando. Sabe que Aksel tiene razón, por supuesto. Su trabajo no ha terminado. El destino del mundo todavía descansa sobre sus hombros. Pero no puede concentrar sus pensamientos.

Kristoffer deja el cuchillo y el tenedor.

—Creo que hoy aprendimos algo muy valioso. No estoy seguro de lo que significa, pero definitivamente es algo nuevo. —Hace una pausa breve, como si lo estuviera pensando. Luego levanta un pulgar—. Primero, Ella puede entrar en la cueva sin que el draugr la dañe. Incluso pudo sacar una pieza del tesoro.

—Sí, eso solo puede ser una buena noticia, ¿no? —interviene Aksel.

—Yo diría que sí —coincide Kristoffer—. Al menos, confirma nuestra teoría de que Ella posee algún tipo de protección inherente contra el draugr. Estoy dispuesto a apostar todo lo que tengo a que nadie más habría salido con vida. —Levanta otro dedo—. En segundo lugar, algo pareció hacer que el draugr cambiara de opinión. Según lo que nos contaste, Ella… —Hace una pausa para mirarla—. Y por lo que vimos suceder en el cielo —continúa—, claramente se estaba preparando para atacar, cuando de repente se retiró.

—¿Algo lo asustó? —sugiere Rosa—. ¿Quizás vio la hoz y se asustó?

—Esa también es mi suposición —coincide Aksel—. ¿Qué otra cosa le daría miedo? Ella dijo que sabía que venía, y ciertamente no estaba asustado al principio. Eso debe significar…

—No fue la hoz —dice Ella. Está mirando la mesa sin verla realmente. En su lugar, ve la película de los eventos en su memoria—. La dejé caer cuando llegó el soldado.

—Bueno, tal vez solo estaba intentando… —duda Aksel—. Intentando hacer que corrieras. Cuando vio que no funcionaba, se retiró.

—No —dice Ella—. Kris tiene razón. Algo cambió. Las probabilidades se volvieron a nuestro favor, y el draugr lo supo.

Hay un momento de silencio alrededor de la mesa.

Belinda es quien hace la pregunta.

—¿Qué crees que fue, Ella?

Ella no la oye. Está repasando los eventos en su mente, una y otra vez. Siente una mano en su brazo y mira a Kristoffer. Sus ojos son grandes y llenos de preocupación.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —murmura—. Estoy tratando de recordar. Pasaron tantas cosas a la vez. Llegó el soldado. Folmer también. Dejé caer la hoz. Él disparó a mi madre. —Su garganta se cierra, y traga para intentar abrirla de nuevo—. Y luego, de repente, las nubes se estaban despejando otra vez. No presté atención al momento exacto en que ocurrió, por… todo lo que sucedió.

—Está bien —dice Aksel, tocándose la sien—. Tengo una teoría. Asumiendo que tanto Ella como Folmer tienen esta… protección genética… Anne no la tenía. Así que, cuando murió, solo quedaban personas protegidas alrededor.

—Te olvidas de Kjell —dice Belinda de inmediato.

—Sí, pero ¿no estaba él mucho más lejos? —pregunta Aksel, mirando a Ella.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—Más o menos a la misma distancia que mi madre.

—Maldición —murmura Aksel—. Tampoco pudo ser eso.

—Y no creemos que fuera el disparo, ¿verdad? —pregunta Rosa.

Todos miran a la chica.

—Quiero decir, fue bastante fuerte —continúa Rosa—. Tal vez asustó al draugr.

—En realidad, no es una mala suposición —dice Aksel.

—No creo que el draugr tenga miedo de las pistolas o los ruidos fuertes —dice Kristoffer—. ¿Os recuerdo al policía que me encontró en la despensa? Su pistola fue disparada más de una vez dentro de la casa. Cuando salí, podía sentir claramente que acechaba en el agujero. Al contrario, creo que se siente atraído por cualquier tipo de disturbios.

De nuevo hay un momento de silencio.

—¿Alguna otra teoría? —pregunta Aksel.

Nadie responde.

Ella se levanta de su silla.

—Necesito acostarme. Creo que voy a dormir.

—¿Necesitas algo? —pregunta Kris, levantándose también.

—No, estoy bien —le dice, forzando una sonrisa—. Solo estoy muy cansada. Nos vemos mañana.

Todos asienten y murmuran algo mientras Ella sale de la sala de estar.

Va a la habitación que solía compartir con su madre y se desploma en la cama. Justo antes de quedarse dormida, abre los ojos y ve el reloj de su madre en el mostrador. Ella se lo quitó de la muñeca antes de enterrarla en el jardín de Kristoffer.

—Lo siento, mamá —susurra Ella—. Nunca debí pedirte que vinieras conmigo.

Llora hasta quedarse dormida.

21

Un sonido repentino lo despierta.

Kjell agarra la pistola, la apunta hacia la puerta del pasillo y parpadea rápidamente.

La puerta sigue cerrada. La sala de estar está vacía. Está mucho más oscuro que cuando se durmió, lo que significa que han pasado al menos un par de horas.

Forzando a su mente y sus sentidos a despertarse por completo, escucha atentamente.

¿Lo soñé?

No. Está bastante seguro de que realmente hubo un sonido. Fue un golpe, bastante fuerte, pero no lo suficiente como para ser un disparo. Más bien como si hubiera explotado un globo.

Kjell se pone de pie, se desliza hasta la ventana más cercana y echa un vistazo. El jardín trasero está oscuro y vacío.

Fija su mirada en el fuego. Está casi reducido a brasas. ¿Podría haber sido la madera que provocó el sonido? Le parece que vino de una cierta distancia. Como si lo que causó el ruido no estuviera dentro de la casa.

Va al pasillo y escucha junto a la puerta principal. Nada.

Luego se inclina de lado para mirar por la ventana.

El patio está vacío salvo por la camioneta. Las farolas están encendidas, proyectando un resplandor amarillento sobre la carretera. Kjell no ve a nadie allí fuera. La casa más cercana al otro lado de la calle está justo fuera de su vista, pero está bastante seguro de que no hay luces en las ventanas.

Podría haber sido el chico gay disparándole a una persona infectada. O tal vez algún otro superviviente solitario todavía acurrucado en una casa en algún lugar.

Decide conformarse con una de esas explicaciones. Su instinto aún le dice que no fue un disparo lo que escuchó, pero no tiene otra conjetura razonable sobre lo que podría haber

producido ese sonido.

«No importa. Son las dos y media. Debería ponerme en marcha».

Ahora que está completamente despierto, se siente descansado y alerta. La siesta había sido muy necesaria. No tendrá problemas para conducir hasta Elverum ahora.

Kjell va a la cocina, llena su botella de agua, se pone la chaqueta, comprobando que el cáliz aún esté allí. Lo está. Luego va al baño, orina y sale por la ventana. No quiere molestarse en ir por la puerta principal y causar demasiado ruido. Mejor irse en silencio.

Se desliza por la grava, mirando en todas direcciones. La noche está inquietantemente silenciosa y fría como siempre. Sus fosas nasales expulsan bocanadas de humo blanco con cada respiración. Automáticamente revisa a través de la ventana de la puerta de la camioneta para asegurarse de que no haya nadie escondido dentro, esperando sorprenderlo. La cabina está vacía. Echa un último vistazo alrededor, y luego agarra la manija.

Es entonces cuando finalmente se da cuenta de que algo anda mal. La puerta parece estar más baja de lo habitual. Retrocediendo, se da cuenta de que el vehículo está inclinado hacia un lado.

¿Qué demonios…?

Sus ojos caen sobre la llanta delantera. Está reventada.

Así que eso fue lo que causó el ruido...

Kjell se da la vuelta de inmediato, moviendo la pistola en todas direcciones. También revisa debajo de la camioneta, e incluso encima de ella.

No hay nadie alrededor. Realmente está solo en el patio.

Su primer pensamiento es que el chico gay hizo esto como venganza. Al volver a la llanta pinchada, ve un gran corte en la goma. Definitivamente no se reventó por sí sola. Alguien hundió algo afilado en ella.

«Pequeño bastardo. Debería ir a buscarte y cortarte el pene».

Pero, honestamente, Kjell no considera que valga la pena. Podría haberse ido del pueblo después de hacer eso. Tal vez se estaba yendo, con la chica y Folmer, y simplemente se encontraron con la camioneta de Kjell en su camino y decidieron hacerle la vida un poco más difícil.

Por suerte, es solo un pequeño contratiempo. La camioneta tiene una rueda de repuesto y las herramientas para cambiarla.

Se dirige a la parte trasera, y se detiene al ver la rueda de repuesto. También está pinchada. En ella está clavada la herramienta que el atacante usó para cortar la goma.

Es un cuchillo.

Pero no cualquier cuchillo.

Kjell lo saca lentamente, mirándolo.

Es inconfundible. Es el cuchillo de Lukas.

—Voy a por ti.

Kjell suelta el aire que le queda en los pulmones.

—Oh, viejo guerrero...

De repente, siente que lo están observando desde atrás, se da la vuelta de nuevo, listo para disparar.

Sigue estando solo. No se escucha ni un sonido en la noche tranquila. Da un paso hacia la carretera y mira las casas cercanas. Todas oscuras.

La mente de Kjell trabaja rápido. ¿Podría haber sido el chico gay? ¿Se llevó el cuchillo de la cueva en lugar de Ragnar? No es probable. Y aunque lo hubiera hecho, ¿realmente lo dejaría aquí para que Kjell lo encontrara, sabiendo perfectamente que lo reconocería?

No, eso era demasiado dramático para un tipo joven y flacucho. De hecho, era más que eso. Era una señal. Una invitación.

«Te escucho. Te cortaste la maldita pierna, y sobreviviste. Ahora estás aquí en algún lugar del pueblo. Y quieres que te encuentre».

—Bueno —susurra Kjell, guardando el cuchillo en su bolsillo—. Desafío aceptado.

22

Uno de los pedos de Garfield la despierta. Al menos eso es lo que supone.

Pero cuando Rosa abre los ojos en la oscuridad, recuerda que Garfield está en Trondheim, probablemente durmiendo plácidamente en algún garaje, y que ella misma está en Bodum, un pequeño pueblo muy al norte.

¿Qué es ese olor?

Aspira el aire e intenta identificarlo, pero ha disminuido un poco. Tal vez su madre se tiró un pedo mientras dormía. O Aksel. Aún no sabe cómo huelen los pedos de Aksel.

Se queda ahí tumbada en el colchón durante unos minutos, escuchando el suave ronquido de su madre, esperando ver si se vuelve a dormir. Pero eso no ocurre. Es como si su cuerpo decidiera que ya ha dormido lo suficiente por ahora. En lugar de eso, siente que tiene que ir al baño.

Al incorporarse, puede distinguir a su madre en la cama. Está tumbada con un brazo sobre el pecho de Aksel, respirando en el costado de su cuello. Aksel también está durmiendo, con la cabeza echada hacia atrás y la boca ligeramente abierta.

A Rosa le agrada que su madre y Aksel estén saliendo, si es que se puede llamar así. No es como si fueran a ir juntos a restaurantes o al cine ni nada por el estilo. Ahora que todo ha cambiado, Rosa piensa que lo mejor a lo que pueden aspirar dos personas que se enamoran es a que ninguno de ellos sea devorado vivo por los zombis. Lo cual, pensándolo bien, no es un mal criterio de éxito. De hecho, eleva un poco el listón.

Recuerda demasiado bien cómo su madre solía sabotear sus relaciones por alguna tontería. Porque no le contestaban lo suficientemente rápido los mensajes. Porque dejaban la toalla en el suelo después de la ducha. Porque mencionaban el nombre de su exnovia. Incluso hubo un chico con el que rompió porque la engañó en un sueño. Rosa recuerda cómo discutía con él por teléfono, diciendo algo como que ya no podía confiar en él.

Fue entonces cuando Rosa se dio cuenta de que su madre probablemente tenía problemas de confianza. Que quizás no escogía a los mejores chicos, pero tampoco siempre era culpa de ellos cuando la relación terminaba.

Linus fue un buen chico. Probablemente el mejor de ellos.

Hasta Aksel, claro. A Rosa le gusta. Mucho. Es valiente, considerado y divertido. Definitivamente puede entender qué ve su madre en él. Si Rosa tuviera diez años más, tal vez estaría interesada en Aksel. Pero no se siente atraída por él de esa manera; lo ve más como a un hermano mayor. Un gran amigo.

Ahora que está más despierta, Rosa realmente necesita ir al baño. Se levanta y se desliza hacia la puerta. Justo cuando sus dedos encuentran la llave, duda. El olor ha vuelto. Realmente, la palabra "hedor" es más adecuada. No es solo un pedo. Es rancio. Como algo podrido.

Inclinándose hacia la puerta, Rosa olisquea el ambiente un par de veces, y casi empieza a toser. Se tapa la nariz con la mano, apretando las fosas nasales.

¿Qué es eso? ¿Ha entrado un zombi en la casa?

Lo duda. Para empezar, si un zombi estuviera justo afuera de la puerta, estaría arañándola, intentando entrar, y Rosa no escucha nada en el pasillo. Además, el hedor es peor que el de los muertos. Más antiguo. Más descompuesto. Y está mezclado con algo húmedo, terroso, mohoso. Como uno esperaría que oliera un cadáver después de haber estado enterrado durante décadas.

Rosa saca cuidadosamente la llave, luego se agacha y mira por el ojo de la cerradura. Aún con la nariz tapada, casi puede saborear el hedor ahora. No ve nada en el oscuro pasillo, excepto la cómoda y el espejo en la pared. Pero aparte de eso...

El corazón de Rosa casi se detiene cuando algo se mueve en el espejo. La cosa, lo que sea que sea, había estado a la vista todo el tiempo. Como si estuviera esperando, escuchando. Se mezcla con las sombras, y solo cuando comienza a caminar es que Rosa lo ve.

Es solo un breve vistazo. Luego desaparece de su vista, avanzando por el pasillo. A pesar de su tamaño, parece andar con ligereza, porque Rosa apenas oye sus pasos.

Rosa se da la vuelta, camina hacia la cama con las piernas rígidas, agarra el brazo de Aksel y lo pellizca con fuerza.

—¡Ay! —gruñe él, levantando la cabeza para mirarla—. ¿Rosa? ¿Qué diablos…?

—Está aquí —susurra ella, sin pestañear—. Está en casa…

23

Está atrapada en el tiempo. Atrapada en ese horrible momento.

Esta vez, sabe lo que va a suceder. Pero no puede hacer nada para evitarlo.

El césped parece mucho más grande. Como un campo de fútbol. Su madre está muy lejos. El soldado, el psicópata, por otro lado, está demasiado cerca. Le sonríe. Esa horrible mueca que pretende imitar cómo se ven las personas cuando están felices, pero en realidad solo lo hace parecer aún más muerto por dentro.

—Por favor, no dispares —le suplica Ella, sabiendo que no causará ningún efecto.

El soldado no responde, y tampoco responde a su súplica. Apunta el arma hacia su madre y dispara una serie de balas.

Curiosamente, Ella no solo ve cada una salir del arma, sino que también puede seguirlas con la mirada mientras vuelan por el aire, dirigiéndose hacia su madre, y se da cuenta de que todo se está desarrollando en cámara lenta.

Mira a su madre, que aún está en peligro, pero ahora le está sonriendo, y su sonrisa es cálida, genuina, llena de amor. Le está diciendo que todo estará bien, aunque Ella sabe que no será así.

—¡Apártate, mamá!

Su madre parpadea, pero no se mueve.

Ella empieza a correr. Quiere llegar a su madre antes que las balas, pero sus piernas no cooperan. Mira hacia abajo y se ve suspendida a unos ocho centímetros sobre el césped.

—¡Vamos! —grita a sus pies—. ¡Vuelve al suelo!

Agita los brazos, estira las piernas, pero no sirve de nada. Está atrapada por hilos invisibles y no puede ir a ninguna parte. Solo puede quedarse colgada ahí y ver cómo las balas mortales se acercan a su madre, quien sigue sonriéndole tranquilizadoramente.

—Por favor, mamá —susurra—. Ayúdame. Estoy perdida.

—No —responde su madre con calma—. No lo estás.

—Pero no sé qué hacer.

—Sabes todo lo que necesitas saber, Ella. Sabes la verdad. Y sabes lo que dicen de la verdad, ¿cierto?

Ella sacude la cabeza.

—No, no lo sé.

Su madre cierra los ojos y su sonrisa se ensancha aún más. Luego, justo antes de que las balas la alcancen, dice:

—Te hará libre.

—¡No, mamá! ¡Por favor! ¡Apártate! ¡Te lo suplico!

Pero su madre no se mueve. Las balas se incrustan en su pecho, su garganta y su abdomen. El impacto no la lanza hacia atrás como sucedió en la realidad. Es más bien como si las balas atravesaran su cuerpo, y simplemente se vaporizara, desapareciendo en el aire justo frente a los ojos de Ella.

Ella grita y llora al ver a su madre disiparse. Mira alrededor del jardín buscando a alguien, a cualquiera, que la ayude. Pero no hay nadie allí. Ni Aksel, ni Kris, ni su padre. Ni siquiera el soldado. Ella está completamente sola, y de repente, la oscuridad ha descendido, y es medianoche, las estrellas están brillando, y en el aire helado, capta un horrible olor. Es como carne podrida mezclada con tierra mohosa, y se gira hacia la colina.

Una figura enorme sale deslizándose de la entrada, y Ella siente cada paso como un pequeño terremoto, aunque todavía está suspendida en el aire. El hedor se vuelve más pesado y casi le provoca arcadas. El draugr está mayormente oculto en la oscuridad, pero puede distinguir su gran silueta, y sus ojos negros y brillantes la están mirando fijamente. Se acerca hasta que está solo a unos pocos metros de distancia. Se cierne sobre ella, bloqueando la luz de las estrellas, y puede escuchar cómo respira en largas y estertóreas exhalaciones.

—¿Qué quieres? —dice Ella—. Dímelo. ¿Qué quieres?

El draugr parpadea, resopla y luego se da la vuelta y vuelve a su cueva.

—¡Dímelo! —grita Ella tras él—. ¡Dime qué hacer! ¡Dime qué quieres! ¡Dime...!

Se sienta en la cama cuando el sueño se corta abruptamente por el sonido de la puerta al cerrarse.

Ella parpadea, jadea y mira a su alrededor.

—Dime qué hacer —susurra, jadeando, sin estar segura de a quién le está hablando o qué significa siquiera la pregunta. Todo está dando vueltas. Su mente busca algo a lo que aferrarse,

tratando de determinar qué es real y qué no lo es. Durante unos extraños segundos, sueño y realidad se mezclan en una incierta combinación, y mira el lugar donde el draugr estaba de pie, esperando verlo aún allí.

Pero se ha ido. Está sola en el dormitorio. La luz de las estrellas entra a través de las cortinas delgadas, y no hay ninguna figura enorme frente a ella. La puerta está cerrada, y la casa está en silencio.

Aunque no completamente en silencio. Afuera, un pájaro está graznando. Suena agitado. Como si alguien lo hubiera molestado. Ella aparta el edredón y se pone de pie. Con las piernas aún entumecidas y temblorosas, camina hacia la ventana y aparta las cortinas. La luna ilumina el jardín de Kristoffer. En un árbol sin hojas, hay una urraca. Está graznando repetidamente, y parece estar siguiendo algo con la mirada que está justo fuera del campo de visión de Ella. Se inclina un poco más para intentar ver algo.

Ella deja escapar un grito ahogado al ver una enorme figura oscura justo antes de que atraviese el seto y desaparezca de su vista.

¿De verdad estaba aquí? No. Eso no era real. Aún estoy soñando.

Ella da un paso atrás, y su pie cae en algo frío y blando.

Mira hacia abajo y ve grumos de barro esparcidos por todo el suelo.

—Oh, Dios mío —susurra, parpadeando rápidamente, como si quisiera que la visión del barro desapareciera. No lo hace. Y ya no siente que esté soñando.

Se escuchan pasos corriendo hacia la puerta, que se abre de golpe.

Aksel irrumpe en la habitación. Está sosteniendo el palo de golf y se dirige hacia la cama, pero se detiene en seco al verla junto a la ventana.

—¡Gracias a Dios! Pensé que te había matado...

—¿De verdad estaba... estaba aquí? —oye Ella decirse a sí misma—. Creí que estaba soñando.

—No estabas soñando —dice Aksel con seriedad—. Estaba aquí, eso es seguro. Reventó la puerta trasera como si estuviera hecha de maldito cartón. Dejó barro por todo el pasillo.

—Hostias —murmura Ella.

—¿Te hizo daño? ¿Te hizo algo?

—No. Solo... me miró, supongo.

—¿Pero por qué vino? ¿Qué quería?

—No... No lo sé... —Las palabras se desvanecen cuando una idea se le ocurre—. Creo que lo sé. —Mira a Aksel—. Creo que vino por el cáliz. Creo que pensó que aún lo tenía.

Aksel niega con la cabeza. Está sin aliento por la emoción.

—Vale, mira, no importa. Lo que importa es que ¡esta es nuestra oportunidad!

Ella frunce el ceño.

—¿Cómo?

Él gesticula con energía hacia la ventana.

—Está ahí fuera. Ha salido de su cueva. ¡Podemos matarlo!

24

Mientras se desliza entre los jardines, pasando un seto tras otro, revisando cada casa a su paso, Kjell se siente cada vez más emocionado. Con cada una que descarta, está un paso más cerca de encontrar la de Ragnar.

No está seguro de qué es lo que está buscando exactamente, pero sabe que lo sabrá cuando lo vea.

Y lo ve.

De repente, se encuentra en un jardín que no parece realmente un jardín, sino más bien como un arsenal. Tiene un gallinero, un molino de viento, un gran cobertizo de ladrillos con una puerta fortificada. A lo lejos observa filas ordenadas de hortalizas de invierno, tres invernaderos listos para la primavera, un vehículo todoterreno cubierto con una lona y una trampilla en el suelo, probablemente conducente a un búnker seguro o a un almacén de alimentos a largo plazo.

Te encontré, piensa Kjell, moviéndose detrás del cobertizo. Escucha, pero no oye nada. Duda que Ragnar esté allí. Incluso si lo estuviera, Kjell no puede derribar la puerta sin perder el elemento sorpresa. En lugar de eso, va hacia la trampilla. Está asegurada con un candado pesado. A menos que Ragnar haya hecho que alguien cerrara la trampilla tras él, tampoco está allí.

Los instintos de Kjell le dicen que Ragnar está dentro de la casa. Al tener solo una pierna, obviamente está bastante limitado en cuanto a dónde puede ir. También debe estar muy débil y con mucho dolor. Así que saltar por el jardín probablemente no es en lo que esté gastando su energía.

Aun así, logró ir diez casas más abajo, pinchar dos neumáticos y probablemente regresar aquí. Así que está claro que Ragnar no está tan incapacitado como lo estaría cualquier persona normal solo unos días después de haberse amputado media pierna.

—Eres un viejo cabrón muy duro —susurra Kjell para sí mismo—. Pero ya lo sabía.

Por supuesto, Kjell debería haber disparado a Ragnar cuando tuvo la oportunidad. Fue un movimiento estúpido dejarlo morir por la infección. Pero, sinceramente, ni siquiera consideró que Ragnar pudiera salir de allí con vida. Subestimó al viejo guerrero. No va a volver a cometer ese error. Por eso, antes de empezar a buscar a Ragnar, fue a la camioneta, se puso el chaleco antibalas, metió un cuchillo de combate en su bota, otro en su manga, una pequeña pistola en la parte posterior de su cuello y varios otros artilugios ocultos. Incluso si Ragnar logra sorprenderlo, Kjell tiene bastantes probabilidades de, al menos, llevarse al viejo consigo.

Kjell se mueve junto al seto hacia la casa y revisa primero el costado y la parte frontal. Las ventanas están bloqueadas, y la puerta principal está cerrada. Kjell no necesita comprobarlo para saberlo. Hay un cartel de latón que dice: "R. Johansen". Y justo al lado, un papel pegado a la puerta con dos palabras escritas a mano.

«ESTÁ ABIERTA»

Kjell entrecierra los ojos y, de forma instintiva, mira hacia arriba. Bajo el alero hay una cámara apuntando directamente hacia él.

Kjell sonríe.

Luego gira el pomo, empuja la puerta y se aparta de inmediato.

La puerta se abre y, al no encontrar resistencia, golpea contra la pared.

Kjell espera varios segundos antes de asomarse.

El vestíbulo de entrada está vacío. La puerta que da a la siguiente habitación está cerrada. Puede sentir el calor que se escapa.

«Ya sabe que estoy aquí. Probablemente me está observando en este momento. Debe estar bajo tierra o en una habitación segura en algún lugar».

—¿Esto también capta el sonido? —pregunta Kjell, dirigiéndose a la cámara—. Si no, entonces lee mis labios, viejo guerrero. ¿Ves esto? —Kjell levanta la granada. Tira del anillo y mantiene la palanca firmemente en su lugar—. Voy a entrar ahora. Y traigo esto, así que, por favor, sin sorpresas, o acabaremos ambos tostados. Solo quiero hablar, ¿vale?

Es una mentira obvia. Pero la amenaza es real. Al menos en cierto grado. El artefacto está diseñado para parecer una granada de piña auténtica, del tipo utilizado por el ejército noruego, pero en realidad, es solo una granada aturdidora. Cuando Kjell suelte el percutor, no explotará, pero emitirá un fuerte estallido acompañado de un destello cegador.

Sosteniendo la granada frente a él, da un paso adentro.

El vestíbulo de entrada es más bien un cuarto de servicio. Parece como cualquier otro. Suelo de baldosas. Botas de montaña, de lluvia e incluso zapatillas de deporte alineadas ordenadamente

bajo una variedad de chaquetas diferentes. Hay una repisa con un fregadero y una lavadora debajo, un espejo en la pared y un armario. Este último es lo suficientemente alto como para esconder a un hombre adulto. Es un lugar demasiado obvio para esconderse, pero Kjell no se arriesga. Podría parecer un armario, pero podría ser una puerta secreta. No le sorprendería que el viejo guerrero hubiera concebido tal ingenio.

Así que va y lo abre con cuidado. Solo es un armario, lleno de artículos de limpieza.

Kjell lo cierra de nuevo, luego mira a la repisa. Junto a la lavadora hay una cortina. Kjell la corre, viendo solo una pequeña rejilla en el suelo junto con algunas tuberías del fregadero y una trampa para ratones. Una repentina idea hace que Kjell abra la lavadora. Eso también podría ser una puerta oculta, aunque menos probable. Es solo una lavadora.

Kjell se endereza de nuevo. Nota la cámara en la esquina y levanta la granada.

—Recuerda, viejo guerrero. Sin disparos sorpresa, o salimos volando. Voy a entrar en la siguiente habitación ahora.

—No hace falta.

Kjell ya se dirigía a la puerta cuando la voz de Ragnar llega desde atrás. Kjell se gira bruscamente y apunta en un movimiento fluido. Apunta el arma hacia la puerta principal, luego al armario, luego al mostrador, sin ver a Ragnar en ningún sitio. Finalmente, se da cuenta del lugar en la pared donde estaba el espejo. Sigue ahí, pero ahora está abierto, revelando una puerta lo suficientemente ancha como para que alguien pueda pasar por ella.

Ragnar está asomado, sujetando la puerta con una mano y con un arma en la otra. Parece estar sentado. Está más pálido y delgado de lo que Kjell recuerda, o tal vez sea por la oscuridad que lo rodea. Sus ojos grises, sin embargo, siguen muy vivos.

—A la tercera va la vencida —dice Ragnar—. Deberías haber revisado el espejo.

Kjell no baja el arma.

—Bueno —dice, esbozando una amplia sonrisa—. Parece que al final tendremos ese duelo, ¿eh?

—Eso parece. No podía creer mi suerte cuando vi tu camioneta.

Kjell asiente hacia la pared que rodea a Ragnar.

—Vaya habitación tienes ahí. Esa pared parece bastante gruesa.

—Veinticinco centímetros de hormigón. Tu pequeño juguetito no servirá de nada.

—A menos que lo lance ahí contigo antes de que puedas cerrar la puerta.

—¿Con la mano izquierda? Eso sería todo un logro.

—Soy muy buen lanzador.

—O muy buen mentiroso.

Kjell no puede evitarlo. Se ríe a carcajadas y baja el arma.

—Maldita sea, Ragnar… Realmente me caes bien. Sinceramente, me alegra verte vivo.

—No lo dudo.

—Tú y yo podríamos haber conquistado el mundo juntos. Lo digo en serio. ¿Recuerdas que te dije que me habría gustado llevarte conmigo? Esa oferta sigue en pie. Incluso ahora, sigues siendo más duro que la mayoría de los idiotas ahí fuera con dos piernas. Si lo dejamos aquí, estaría encantado de llevarte conmigo a Rusia.

—No voy a ir a ninguna parte.

—¿Seguro? ¿De verdad quieres quedarte en este lugar maldito? ¿Congelarte en invierno, y aburrirte hasta la muerte en verano?

—Tengo todo lo que necesito.

—¿Pero por cuánto tiempo? Obvio, puedes cultivar comida en tu pequeño jardín ahí fuera. Pero ¿Y las balas? ¿La medicina? ¿El combustible? ¿Qué harás cuando se te acabe?

—Me las arreglaré. Gracias por preocuparte, Kjell.

—Espera. Escúchame. Luego, si no estás convencido, puedes dispararme. ¿Te parece justo?

Ragnar ajusta el agarre en su arma y parpadea con un ojo. A Kjell le parece que está sudando y temblando un poco.

«Está sufriendo. Está exhausto. Sus reflejos no son buenos. Puedo salir de esta con vida».

—Mira, voy a dejar esto —dice Kjell, extendiendo el arma sin el dedo en el gatillo. Da dos pasos hacia el mostrador y la deja suavemente. Luego se aleja—. Y voy a sacar algo de mi bolsillo interior. No es un arma. Te doy mi palabra.

—Tu palabra no vale nada para mí —gruñe Ragnar.

—Entonces dispárame —dice Kjell con brusquedad. Lentamente baja la cremallera de la chaqueta. Metiendo la mano dentro, saca el cáliz.

Los ojos de Ragnar siguen la mano de Kjell en todo momento. Se abren un poco más al ver el cáliz.

—¿Qué es eso?

—Oro puro. Vale un cuarto de millón de coronas noruegas, según las tasas actuales. Pero con la sociedad yéndose al garete, creo que los precios se han disparado. Creo que esta pequeña cosa puede comprarnos prácticamente lo que queramos. Y sé dónde hay más.

Ragnar parece ligeramente interesado. Tiembla aún más ahora. El sudor le corre por las mejillas como lágrimas. Claramente, le cuesta un esfuerzo sostener tanto la trampilla como el

arma.

—Piénsalo —continúa Kjell, sonriendo casualmente mientras habla. Pero por dentro, está tenso y listo. Ragnar está perdiendo el enfoque. En cualquier segundo, Kjell soltará la granada. La sorpresa de que explote debería darle el tiempo suficiente para cruzar la habitación y arrebatarle el arma a Ragnar—. En el mundo que estamos a punto de enfrentar, el dinero no valdrá nada. El oro, por otro lado, nunca pasará de moda.

Ragnar vuelve a parpadear y se sopla el sudor de la frente. Luego sacude la cabeza.

—Me dijiste que era un buen orador. ¿Recuerdas eso? Bueno, ahora eres tú quien está hablando. Y todo lo que oigo es basura. Así que puedes llevarte tu maldito oro y llevarlo contigo al infierno. Porque allí es donde vas...

Ragnar se estremece, evidentemente sintiendo una punzada de dolor. Kjell sabe que ha llegado el momento. Ragnar va a dispararle. Probablemente ya se ha dado cuenta del chaleco, así que apuntará a la cabeza. Kjell se prepara, actuando lo más relajado posible, aunque su pulso se está disparando.

—Pero —continúa Ragnar, visiblemente luchando por mantener el arma en alto—. Te ofreceré la misma cortesía que me ofreciste. ¿Tienes unas últimas palabras?

Kjell se encoge de hombros, guarda el cáliz de nuevo en su bolsillo y, mientras lo hace, suelta el percutor y comienza a contar internamente. Normalmente, las granadas aturdidoras militares explotan después de uno o dos segundos. Esta tiene un retardo más largo: exactamente cinco segundos. Ragnar no se da cuenta de que Kjell ha soltado el percutor.

Uno...

—No tengo unas últimas palabras —sonríe Kjell—. Gracias por preguntar, de todos modos.

Dos...

—Muy bien. Entonces, adiós.

Ragnar cierra un ojo y apunta a la cara de Kjell.

Tres... Mierda, lo solté demasiado tarde...

Entonces, la atención de Ragnar se ve atrapada por algo más. Mira de reojo algo que Kjell no puede ver. A juzgar por un tenue resplandor grisáceo que ilumina su rostro, Kjell supone que es un monitor. Los ojos de Ragnar se agrandan, y su frente se arruga.

—¿Qué demonios...?

Kjell suelta la granada justo en el cinco. Apenas llega a rebotar en el suelo. Kjell cierra los ojos mientras se lanza hacia adelante. El sonido de la granada anula su audición, pero sus párpados lo protegen de la mayor parte del destello, y se agacha mientras Ragnar lanza un rugido y comienza

a disparar. Kjell siente las balas pasar justo por encima de su cabeza. Entonces, se levanta y agarra la muñeca de Ragnar.

25

Aksel corre por el sótano y encuentra la bolsa y el depósito donde los dejó.

Gracias a Dios que ya tenía esto preparado...

Agarra el depósito y desenrosca la tapa con las manos temblorosas. La bolsa ya está abierta. Es una de esas bolsas de nailon con un cordón en la abertura que se puede apretar. Casi como una de esas que se usan para los sacos de dormir. Excepto que esta es más grande, y no es un saco de dormir lo que Aksel ha metido dentro, aunque podría parecerlo si alguien la agarrara. Pero solo son mantas viejas y periódicos. En el centro hay algo más pesado y mortal.

Aksel inclina el tanque y vierte la gasolina directamente en la bolsa. La tela y los periódicos la absorben de inmediato. Cuando todo el galón se ha vaciado, Aksel deja caer el tanque, tira del cordón y hace un nudo rápido. Luego se echa la bolsa al hombro. Huele a gasolina, y ahora es aún más pesada, pero parece que la bolsa es impermeable, porque no se filtra ni una gota de combustible.

Corre hacia la puerta y sube las escaleras en tres largas zancadas. Casi choca con Ella. Ella está de pie, vistiendo solo la chaqueta y las botas, con el cabello aún desordenado de haber dormido y los ojos grandes y solemnes.

—¿Estás segura de esto, Axe?

—Tan seguro como que me llamo Aksel. Vamos, tenemos que darnos prisa.

—Es solo que... no estoy convencida de que sea la forma correcta.

Aksel ya está dirigiéndose a la calle. Se gira para mirarla.

—Yo tampoco. Pero no tengo una idea mejor. ¿Tú sí?

—No —admite Ella, mordiéndose el labio—. Pero...

—Ya intentaste enfrentarte a él, y solo huyó. Bueno, no va a huir de esto. —Aksel palmea la bolsa sobre su hombro.

—Solo pienso que lo verá venir.

—Puede ser —concede Aksel, inquieto—. Mira, sé que es un plan improvisado, pero hay una posibilidad de que funcione. Voy a ir allí, contigo o sin ti. Sin presión. Has pasado por mucho. Pero eres la única que puede distraerlo el tiempo suficiente sin correr el riesgo de que te mate.

Ella parece considerarlo. Aksel siente deseos de dar media vuelta y salir corriendo. Es plenamente consciente de que están perdiendo segundos valiosos mientras siguen parados ahí. Ya le había explicado su plan a Ella antes, aunque notó que apenas prestaba atención y no era precisamente fanática de lo que él le había propuesto, así que le molesta tener que repasar todo de nuevo.

—Solo son diez segundos —le dice—. Solo mantenlo alejado el tiempo suficiente para que encienda la cerilla. Entonces podrás...

—No tengo miedo, Axe —dice Ella, con los ojos de repente más vivos—. Solo pienso que esto podría empeorar las cosas.

—¡O podrían mejorar! ¡Podría volarle la maldita cabeza a esa cosa y romper la maldición! —Se obliga a dejar de gritar—. Tenemos que intentar algo, Ella. Me estoy volviendo loco sin hacer nada mientras el mundo se derrumba. —Se lame los labios—. Si me equivoco, viviré con las consecuencias. Porque al menos sé que lo intenté.

Ella sigue luciendo indecisa. Aksel está a punto de decirle que se va, cuando la voz de Kristoffer llega desde la casa:

—Voy contigo, Ella.

Ambos giran la cabeza para ver al tipo delgado, ya vestido, sosteniendo el arma de Anne.

Se acerca y le entrega a Ella un par de guantes, una bufanda y un gorro.

—Ponte esto. Ya estás temblando.

Ella toma la ropa con una sonrisa agradecida y se la pone.

—Genial —dice Aksel—. Vamos, oh, mierda. Casi se me olvida.

Mete la mano en su bolsillo y saca los mecheros.

—Aquí. Uno para cada uno. Por si me mata primero.

Kris y Ella cogen un mechero.

—Ahora, pongámonos en marcha —dice Aksel, ajustándose la bolsa. Está empezando a pesar.

Un ladrido se escucha desde la casa. Aksel se vuelve para ver a Guardian junto a la puerta abierta. Belinda lo sostiene por el collar, impidiendo que corra hacia ellos. Junto a ella, en los escalones, está Rosa, su rostro es pálido en la oscuridad.

—¿De verdad vais a ir? —pregunta Belinda.

—Sí —responde Aksel—. Tú quédate aquí. El perro también. Os mantendrá a salvo si... mientras no estamos. —Quería haber dicho, “si no volvemos”, pero logró cambiarlo en el último segundo.

Sabe que Belinda le ha leído la mente. Su expresión es grave y ansiosa mientras mira de Aksel a Ella y luego a Kristoffer, para finalmente volver a Aksel.

—Tened cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo tendremos —promete Kristoffer—. Si pasa algo, correremos.

Belinda asiente, sin apartar la mirada de Aksel.

—Te quiero —dice.

Lo dice tan suavemente que las palabras casi no llegan a él. Cuando se da cuenta de lo que dijo, duda.

—Yo... yo también te quiero. Y a ti, Rosa. Cuidaos, ¿vale?

Su garganta se cierra, y tiene la clara sensación de que todos se están despidiendo, de que esta es una misión suicida y que ninguno de ellos regresará con vida.

26

El dolor lo está matando. Está sudando a mares. Está bastante seguro de que una o dos de las puntadas se han soltado, porque puede oler su propia sangre. Siente que va a desmayarse. El esfuerzo es demasiado, y necesita terminar con esto cuanto antes.

Está a punto de acabar con la conversación volándole la cabeza a Kjell, cuando el monitor en la pared se enciende. Solo lo hace cuando detecta un movimiento. Es bastante sensible y puede reaccionar ante un gato callejero o un pájaro que pase volando.

Pero Ragnar se da cuenta de inmediato de que no es una falsa alarma. Una figura, esa es la única palabra que su mente puede procesar, se acerca por el camino, dirigiéndose hacia la puerta principal aún abierta. No es un hombre, aunque vagamente se parece a uno. Pero, para empezar, es demasiado grande. Y la forma en que se mueve... es como si deslizara sobre el suelo, con cada paso de sus piernas anormalmente largas cubriendo casi metro y medio.

—¿Qué demonios...? —murmura Ragnar.

Entonces, de repente, su visión y audición se ven borradas de un golpe. Lo primero que piensa Ragnar es que Kjell le ha disparado. Nunca debió haber desviado la mirada, ni siquiera por un segundo.

Pero luego se da cuenta de que aún puede sentir el dolor en su pierna.

Ha sido una granada cegadora. Maldito traidor.

Comienza a disparar en la dirección donde Kjell estaba hace solo un momento. Aún no puede ver nada, y su audición no es más que un zumbido, por lo que no tiene ni idea de si ha acertado a Kjell o no.

Evidentemente no, porque alguien le agarra la muñeca y la fuerza a girar. Intenta retirar su brazo, intenta cerrar la trampilla, pero está demasiado débil, y Kjell es demasiado rápido. Le arrebata el arma y vuelve a abrir la trampilla.

Ragnar parpadea e intenta desesperadamente ver. Sus ojos le duelen, y aún no puede distinguir mucho más que un negativo en blanco y negro de su entorno. Es suficiente para ver a Kjell justo frente a la abertura, con una sonrisa. La propia arma de Ragnar está apuntando directamente a su cara.

«Viejo imbécil. Engañarme dos veces...».

Kjell dice algo. A Ragnar le parece que está varios metros bajo el agua. Vuelve a parpadear, forzando a sus ojos a enfocar. Claramente, Ragnar no debería poder ver todavía, pero el hecho de que estuviera mirando hacia otro lado cuando la granada estalló probablemente le haya salvado algo de visión. Es por eso por lo que puede ver la figura que atraviesa la puerta justo detrás de Kjell.

—Detrás de ti —dice Ragnar. No está seguro de si las palabras salen o no de su garganta. Tampoco le importa. En ese momento, no le importa Kjell ni el arma. Solo puede mirar a la criatura que se acerca, que se cierne sobre Kjell.

Un hedor nauseabundo llega a la nariz de Ragnar, y probablemente sea eso lo que también alerta a Kjell de la presencia del intruso. O quizás siente el impacto de los pasos de la criatura, Ragnar puede sentirlos, incluso dentro de la sala segura y a través de la silla de ruedas.

Finalmente, Kjell se da la vuelta. Deja escapar lo que suena como un grito, y luego comienza a disparar.

El lavadero ha estado misericordiosamente oscuro hasta que el arma se dispara. Con cada destello, Ragnar vislumbra el espantoso rostro, si es que se puede llamar así. La mayoría de la piel, la carne y los tendones han desaparecido. Se han podrido, dejando solo manchas oscuras mezcladas con terrones de barro y gusanos. Los globos oculares, asombrosamente, siguen ahí, aunque más bien parecen agujeros negros.

La criatura no se ve afectada por las balas que la atraviesan, de hecho, apenas parece molestarse por ellas. Simplemente se acerca y extiende una mano. Kjell intenta escapar. Ragnar se sorprende de que el soldado sea capaz de reaccionar. Sin embargo, no hay adónde correr, y la criatura lo agarra por la parte superior del brazo. Kjell grita de nuevo y, dejando caer el arma vacía, saca un cuchillo de algún lugar y comienza a apuñalar el brazo de la criatura.

Una vez más, la criatura no se inmuta. Desgarra la chaqueta de Kjell y, con sorprendente cuidado, saca el cáliz. Lo levanta hacia su rostro, lo mira fijamente, y Ragnar puede jurar que vio a la criatura sonreír.

Luego vuelve su atención a Kjell, quien sigue intentando liberarse, acuchillando a su oponente. La criatura emite lo que suena como un gruñido de desaprobación. El ruido es tan profundo que

Ragnar lo siente más que escucharlo.

Entonces levanta a Kjell del suelo como si fuera un muñeco, se inclina hacia adelante, abre la boca y le arranca el brazo de un mordisco. Kjell grita cuando su miembro cae al suelo, con su mano agarrando el cuchillo. La criatura, con ambas manos ocupadas, procede a matar a Kjell solo usando su boca. Le muerde el hombro, el torso, las costillas, el cuello. Ragnar agradece no poder escuchar la carne desgarrándose o los huesos rompiéndose. Sin embargo, sí puede escuchar los gritos de Kjell. El sonido se va haciendo cada vez más bajo a medida que Kjell es literalmente hecho pedazos. Finalmente, queda reducido a un saco desgarrado de carne colgando de su único brazo restante, mientras la sangre brota y se acumula en el suelo.

La criatura lo suelta y, de manera inquietantemente humana, se limpia la boca con el dorso de la mano. Vuelve a levantar el cáliz, como si quisiera asegurarse de que está intacto. Luego mira directamente a Ragnar.

Ragnar debería cerrar la puerta. Debería huir al búnker. Debería hacer cualquier cosa, excepto quedarse ahí sentado mirando a la criatura. Pero no puede.

La criatura emite un resoplido húmedo, como si dijera, “No te molestes. No he venido por ti”.

Luego da media vuelta y, con tres largos pasos, sale de la casa.

27

Marit se incorpora de un tirón, con un grito atascado en la garganta. No está en su cama, lo cual la confunde aún más. En lugar de eso, se encuentra en el asiento trasero de un coche en movimiento. La música suena, está oscuro afuera, y parece que están en el campo.

—¿Otra pesadilla? —La voz de Ulrik Bakstrup, mejor conocido como Baxter, el perdedor más grande de la escuela, llega desde el asiento del conductor. Su rostro regordete y amigable se refleja en el espejo retrovisor.

—Sí —gruñe Marit, frotándose un ojo—. Soñé otra vez con mis padres.

—Lo siento mucho por lo que les pasó —dice Baxter—. Cuando todo esto termine, deberías considerar terapia.

Marit suelta una risa seca.

—Claro, como si esto fuera a acabar pronto. —Se arrastra hacia el asiento del copiloto y se deja caer con un suspiro.

—Por supuesto que va a acabar —insiste Baxter—. Mi padre está en la guardia nacional. Dijo que ya están viendo avances en Oslo. Calcula que en unas pocas semanas tendrán una vacuna.

Marit lo mira de reojo.

«Tu padre es tan corto de luces como tú. Honestamente, ¿cómo pudo sobrevivir él y no mi padre?», piensa para sus adentros.

Obviamente no lo dice en voz alta. No quiere insultar a Baxter. Por más que lo deteste, es lo único que le queda. Literalmente, era el último nombre en su agenda de contactos. De hecho, solo mantenía su número porque era mayor de edad y podía comprarle alcohol.

—¿Podemos escuchar otra cosa? —pregunta, girando la perilla de la radio—. Esta música horrible me está poniendo de los nervios...

—Es el único canal que no está hablando de la pandemia —le advierte Baxter.

Marit ya ha cambiado de emisora, y, tal como Baxter había dicho, una mujer está hablando en un tono justo por debajo del pánico sobre cómo Rusia, China y Pakistán acaban de firmar un tratado de emergencia, comprometiéndose a defender sus fronteras contra la infección con todos los recursos a su disposición.

—¿Está... está hablando de armas nucleares? —murmura Marit.

Baxter asiente, con una expresión de ojos muy abiertos.

—Por eso no quería escuchar nada. Solo hablan de las cosas malas que pueden pasar.

Marit cambia de emisora varias veces más.

—... el número de infectados en Noruega ahora se estima en más de tres millones de personas, con los países vecinos de Suecia, Finlandia y Dinamarca con casi los mismos índices. Se espera que el total de infectados en Europa supere los quince millones antes de mañana, y los informes oficiales indican...

—... con el presidente estadounidense listo para hacer un anuncio en breve, los demás líderes de la OTAN contienen la respiración. Lo que decida hacer los Estados Unidos podría determinar el destino de Europa, y Miko, eres nuestro experto en política estadounidense, y no crees que haya motivos para ser optimistas. ¿Podrías explicar a nuestros oyentes por qué...

—... el debate continúa sobre si las personas infectadas siguen técnicamente vivas. La representante de la Clínica Mayo declaró hoy que sus últimas pruebas revelaron algunos... cita 'hallazgos imposibles'... y argumentó que el tratamiento médico podría no ser el adecuado...

—Madre mía —suspira Marit, apagando la radio.

—Lo sé —dice Baxter, asintiendo enfáticamente, lo que hace que su papada tiemble—. Por eso ya no quería seguir escuchando la radio.

—Estoy muriéndome de hambre —dice Marit—. ¿Dónde estamos?

—Acabamos de pasar Lilyhammer.

—¿Queda algo de comer? —Aunque ya sabe la respuesta.

Baxter niega solemnemente con la cabeza.

—Me detuve en una gasolinera mientras dormías. Dijeron que ya no aceptaban tarjetas de crédito, así que no pude comprar más gasolina. También quería comprar algunos aperitivos, pero no les quedaba nada. Solo pasta de dientes y líquido limpiaparabrisas.

—¿Pero la cabaña de tu padre tiene comida, no?

Baxter se encoge de hombros.

—Bueno, sobre eso... Mi hermano me mandó un mensaje hace una hora. Dijo que había pasado por la cabaña hoy y... bueno, se llevó todo.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso?

—Tiene hijos. Tenía que hacerlo.

—¿Y qué pasa con nosotros entonces?

—No lo sé, yo... Supongo que tendremos que... No lo sé, Marit.

—Joder —gruñe Marit—. Esto es perfecto. Dijiste que la cabaña era segura y que había comida para semanas.

—Lo sé, lo siento.

—No podemos vivir de la nieve, Baxter. ¿Qué vamos a hacer?

Baxter suelta una mano del volante para pasársela por el pelo grasiento. No dice nada.

—Bueno, ¿podemos ir a donde está tu hermano? —sugiere Marit.

—Se fueron a Islandia. Conocía a un tipo que ha estado llevando gente en barco desde que empezó todo esto.

—Bien, pues iremos a Islandia también. ¿Es seguro?

—No lo sé, pero... salieron de Bergen... eso está, como, a nueve horas de aquí. Y ni siquiera sé si el hombre estará dispuesto a llevarnos.

Marit gime y echa la cabeza hacia atrás.

—Debería haberme quedado con Ella —murmura.

—¿Qué has dicho?

Marit no responde. Saca su teléfono para llamar a Ella. Sabe que su prima probablemente está enfadada con ella por haber dejado a Hagos en la estacada, pero probablemente puede convencerla de que la ayude. Marit es buena haciéndose la víctima, y eso la ha llevado lejos.

Pensando en lo que va a decir exactamente, ve el diminuto punto azul junto al nombre de Ella, lo que indica que su teléfono está lo suficientemente cerca como para transferir datos. Las chicas usaron esa función la primera noche que Ella pasó en su casa para intercambiar fotos y canciones. Desde que Marit dejó Mo, el punto había estado en rojo, porque estaban demasiado lejos. Pero ahora...

Marit toca el nombre de Ella y abre la aplicación de intercambio de archivos. Dice que Ella ya no está en línea, pero la última vez que lo estuvo fue hace menos de veinticuatro horas, en un lugar a las afueras de Lilyhammer.

—Escucha —dice Marit—. Mi prima está muy cerca. A unos dieciséis kilómetros o algo así. Quiero ir allí. Quiero que me dejes.

Baxter la mira sorprendido.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Ella es una superviviente... —A diferencia de ti, añade Marit internamente—. Ella sabrá qué hacer. Estoy segura de que ha encontrado un lugar seguro y que tiene comida.

—Bueno, eso suena genial —dice Baxter—. ¿Puedo ir?

Marit duda.

—Claro —responde, sin mirarlo—. Quiero decir, será decisión de Ella, por supuesto, pero estoy segura de que no le importará.

La verdad es que ni siquiera está segura de que su prima la perdone y deje que se quede. Si no, entonces al menos aún tiene a Baxter, por inútil que sea. Si Ella acepta a Marit, siempre puede decirle que Baxter no sirve para nada y que deberían deshacerse de él.

Baxter sonríe.

—Vale. Dime a dónde ir.

Marit lee la dirección que su teléfono ha registrado de donde está Ella, y Baxter la introduce en su GPS. Luego da la vuelta al coche y se dirige de nuevo hacia Lilyhammer.

28

El momento en que pisan la propiedad de Helda y Halgrim, Kris puede notar que el draug no está allí.

Es como si el aire fuera más suave de alguna manera. La noche se siente más amigable. Como si todo en el jardín hubiera exhalado un suspiro de alivio al ver cómo el antiguo mal se había marchado.

Kristoffer sabe que es un respiro breve. Sabe que tienen un plazo ajustado. Que el draug regresará en cuanto recupere el cáliz.

No está seguro de por qué el draug esperó tanto para salir de su escondite y recuperar los objetos robados. Pero parece que ocurrió exactamente como en el diario de Halgrim: cuando el broche fue retirado de la tumba en algún momento durante el día, el draug no apareció hasta la noche. Tal vez prefería moverse fuera de la tumba cuando estaba oscuro.

Sea como sea, Kristoffer está casi seguro de que Kjell ya se ha ido. Si aún planeaba ir a Rusia, incluso podría estar en un avión. Cómo el draug llegaría hasta él y le quitaría el cáliz, Kristoffer no lo sabe. Pero sabe que no se detendrá hasta conseguir lo que busca. Está obligado por su antiguo deber, el cual claramente sigue cumpliendo. Si tuviera que hacerlo, probablemente utilizaría sus poderes sobrenaturales, lo que significaba que la distancia no era necesariamente un problema, y que podría ser cuestión de minutos antes de que regresara a la tumba.

—Bien, vosotros quedaos aquí —instruye Aksel, señalando un punto en el césped—. Yo plantaré la bomba, y vosotros vigiláis. En cuanto lo veáis o lo escuchéis, dad la señal para que pueda detonarla.

Kristoffer asiente, y Aksel corre hacia la tumba. Ella le aprieta la mano un poco más fuerte, y Kristoffer la mira de reojo. Espera encontrarse con su mirada, pero Ella está mirando la hierba.

—Estaba aquí —susurra ella—. Ella estaba justo aquí cuando él le disparó.

—Lo siento —le dice Kristoffer por enésima vez—. Debería haber ido contigo. Si hubiera llegado antes, tal vez...

—No podrías haber hecho nada para cambiarlo —dice Ella con firmeza—. Él te habría disparado también.

—Probablemente tengas razón —murmura Kristoffer—. Aun así, desearía que hubiéramos hecho algo diferente...

—Tengo la misma sensación —dice Ella, mirando hacia Aksel.

Kristoffer sigue su mirada y ve a Aksel sobre la tumba. Ha dejado la mochila en el suelo y está cavando con entusiasmo en la tierra blanda con las manos.

—No crees que esto funcione —dice Kristoffer. No es una pregunta, y Ella no responde—. Ojalá tuviéramos un manual de instrucciones.

—Yo también —dice ella en voz baja—. Y ojalá mis padres estuvieran aquí. —Lo mira a los ojos—. Tal vez eso fue lo que pasó, ¿sabes? Tal vez Aksel tenía razón. Dos personas protegidas, quizá eso es demasiado para el draug.

Kristoffer considera esto—. Tal vez —dice—. Pero no lo creo.

Ella lo mira, con leve sorpresa en los ojos.

—No creo que lo necesites, Ella —dice Kristoffer, encogiéndose de hombros—. No creo que lo hayas necesitado nunca. Tampoco me necesitas a mí. Ni a tu madre, que en paz descanse. Eres mucho más valiente que todos nosotros. Y ya tienes lo necesario. —Sonríe, aunque tiene las mejillas congeladas—. Si no lo tuvieras, no habrías llegado tan lejos.

Ella lo mira durante un largo tiempo. Luego se inclina hacia él, y Kristoffer cree que está a punto de susurrar algo que no quiere que Aksel oiga, por lo que inclina la cabeza para que ella se acerque a su oído. En cambio, Ella le da un beso en la boca. Es sorprendentemente cálido y húmedo a pesar del clima gélido.

—Oh —dice tontamente, echándose hacia atrás para mirarla—. Yo, ehm... bueno. Vale.

Ella sonríe.

—Gracias.

—No, gracias a ti.

—No, quiero decir... gracias por creer en mí.

—Ah. Sí. Absolutamente.

Sigue un momento de incómodo silencio. Kristoffer se olvida por completo del peligro inminente y del destino del mundo.

Entonces, Aksel rompe el silencio:

—¡Eh, tortolitos! Si habéis terminado de besaros, estoy listo cuando vosotros lo estéis.

Kristoffer mira y ve a Aksel saludándoles desde lo alto de la tumba. La mochila ha desaparecido. Delante de él, justo sobre la abertura, hay un gran montón de tierra. Evidentemente, Aksel enterró la mochila, y parece que dejó una esquina sobresaliendo.

—Os avisaremos —escucha Kristoffer decirse a sí mismo.

Aksel asiente, luego se agacha y desaparece de su vista.

Kristoffer y Ella se quedan allí de pie lo que parece ser varios minutos, tomados de la mano, esperando, congelados. En su mano libre, Kristoffer sostiene la pistola que perteneció a la madre de Ella. Revisó el cargador diez veces antes de salir, asegurándose de que estuviera lleno. No cree que la pistola vaya a ser decisiva, pero se siente un poco mejor sosteniéndola. Al menos podría usarla para retrasar al draug el tiempo suficiente para que Ella pueda escapar.

Hace todo lo posible por mantener sus sentidos alerta. Escucha los sonidos de la noche. Sus ojos continúan escaneando el jardín. El draug podría, en teoría, regresar desde cualquier dirección.

De repente, se escucha una serie de disparos. Al menos diez. Están bastante lejos.

—Mierda —dice Aksel, asomándose desde su escondite—. ¿Ha sido Belinda?

—No —responde Kristoffer—. Estoy casi seguro de que vino de otra dirección.

Eso le da solo un pequeño alivio. Es bueno que probablemente no haya sido Belinda quien disparó el arma, pero alguien más en el pueblo lo hizo, y eso no puede ser una buena noticia.

No tiene mucho tiempo para pensar en ello, porque siente cómo Ella aprieta su mano con más fuerza.

—Está viniendo —le susurra.

Kristoffer mira alrededor del jardín, no ve nada, luego mira a Ella, que está mirando hacia la esquina de la casa. Kristoffer no puede ver ni oír nada.

—¿Estás segura? —pregunta.

Ella asiente una vez, sin apartar los ojos del lugar donde está mirando.

—¡Axe! —grita Kristoffer—. Prepárate. Ya viene.

—Entendido —responde Aksel—. No vuelvas a dirigirte a mí de ahora en adelante.

No hará falta, piensa Kristoffer. Lo sabrá en cuanto ponga un pie en el jardín.

Y luego, de repente, él también puede sentirlo. Es sutil, pero la sensación se vuelve más fuerte. Es exactamente lo mismo que sintió cuando vio el agujero en la colina por primera vez.

Ella está murmurando algo entre dientes. Suena casi como una oración.

—No nos hará daño —la tranquiliza Kristoffer—. Si pudiera hacerte daño, lo habría hecho la primera vez.

—Casi lo hizo —dice Ella con gravedad.

Kristoffer solo asiente. Aprieta el arma con más fuerza. Sus dedos están congelados, pero está casi seguro de que puede apretar el gatillo. La sensación del draug se hace más intensa. Está presionando contra su pecho, haciéndole difícil respirar.

Ella respira agitadamente, y dos segundos después, el draug aparece por la esquina de la casa.

Es la primera vez que Kristoffer lo ve, y aunque está envuelto en sombras, puede distinguir lo enorme que es. La parte superior de su cabeza alcanza el canalón de lluvia, y sus brazos son demasiado largos. En una de sus manos con dedos largos hay algo dorado, probablemente el cáliz. El draug se detiene brevemente para mirarlos. Gira la cabeza, su rostro, afortunadamente, está oculto, pero Kristoffer está casi seguro de que mira hacia la tumba, y luego vuelve a mirarlos.

La señal, le urge un pensamiento desde muy lejos. Durante un horrible segundo, Kristoffer no puede recordarla. Luego, la palabra le llega, y dice:

—Fuego.

Aclarándose la garganta, lo intenta de nuevo:

—¡Fuego!

Se escucha el sonido de una cerilla encendida.

El draug emite un sonido profundo y retumbante. No es exactamente un ruido amenazante. Suena más ligero. Casi divertido. Como si la criatura dijera: «¿De verdad? ¿Creéis que un poco de fuego me detendrá?».

Comienza a caminar torpemente hacia la tumba. Al hacerlo, sale de la sombra de la casa, y cuando Kristoffer obtiene una visión más clara de él, su garganta se cierra por completo, y se alegra de haber dado ya la señal a Aksel, porque ahora es demasiado tarde; no puede pronunciar ni una palabra.

Ella, claramente no tan sorprendida por la apariencia del draug como él, de repente da un paso al frente y suelta la mano de Kristoffer.

—¡No, espera, Ella!

Ella se detiene a unos pasos de distancia, se agacha y recoge algo brillante. Cuando se levanta, está sosteniendo la hoz. Debió de haber estado allí en la hierba todo el tiempo sin que ninguno de ellos lo notara.

El draug la nota de inmediato. Se detiene en seco y se vuelve hacia Ella. Emite otro sonido profundo, y esta vez, es claramente amenazante. Inconfundiblemente.

Ella levanta la hoz.

—¡Retrocede, o te mataré!

Su voz vacila un poco, pero solo un poco. Suena decidida. Suena preparada.

—¡No, Ella! —grita Aksel desde más atrás en el jardín; Kristoffer puede notar que ya no está en la colina—. ¡Por el amor de Dios, ya encendí la bomba! ¿Qué estás haciendo?

Kristoffer ve el fuego por el rabillo del ojo. Está ardiendo en lo alto de la tumba como una antorcha.

El draug no parece preocuparse por Aksel ni por el fuego. La advertencia de Ella estaba claramente destinada a asustar al monstruo, pero tiene el efecto completamente opuesto. Mientras lo mira desde el otro lado del césped, Kristoffer puede ver cómo literalmente crece en tamaño. Inhala largas y ruidosas bocanadas de aire, y abre y cierra los dedos largos de la mano libre, como si estuviera ansioso por estrangular a Ella. Luego ruge lo suficientemente fuerte como para que Kristoffer sienta el sonido golpear su rostro, haciéndole jadear.

Ella tambalea un poco, pero recupera el equilibrio y le grita:

—¡No te tengo miedo! ¡Soy tu ama, y me obedecerás!

El draug hace caso omiso. En su lugar, se lanza hacia ella, acelerando el paso. Se parece a un toro enfurecido mientras corre hacia ella, cruzando el césped a una velocidad aterradora.

Entonces, en un destello, finalmente todo encaja para Kristoffer.

La pieza que faltaba.

—La hoz. Suelta la hoz, Ella. Suéltala. Ahora.

Lo dice casi en un susurro, pero aparentemente, Ella lo escucha, porque gira la cabeza brevemente, y Kristoffer puede ver que ella conecta las piezas tan rápido como él. En ese instante, Ella suelta la hoz. Simplemente deja ir el mango, y el arma cae sobre la hierba. Lo único que la separa del monstruo gigante, que está a punto de despedazarla, ahora ha desaparecido, y…

Para el asombro de Kristoffer, funciona.

El draug, como si hubiera chocado contra una valla invisible, se detiene tan abruptamente que sus enormes pies literalmente se hunden en el suelo congelado, arrancando la hierba.

Con menos de cinco metros entre ellos, se cierne sobre Ella como un oso pardo frente a una liebre, y casi puede alcanzarla con sus brazos anormalmente largos.

Sin embargo, no lo intenta. De hecho, retrocede un poco, como si de repente Ella hubiera pasado de ser una comida apetitosa a algo venenoso. Kristoffer puede distinguir los rasgos de su

rostro en descomposición. Las cuencas negras de los ojos se mueven de arriba abajo, examinando a Ella como un luchador evalúa a su oponente. Y claramente la encuentra mucho más amenazante ahora que la hoz ya no está en su mano.

El draug emite un gruñido, un bufido, y luego, de repente, se da la vuelta y corre. Kristoffer puede sentir cada paso en el suelo mientras la criatura se lanza hacia la tumba.

—¡No, espera! —grita Aksel—. ¡Detenlo! ¡Detenlo!

Pero no hay nada que ninguno de ellos pueda hacer, y el draug se desliza dentro de la abertura, a pesar de que es mucho más estrecha que su tamaño. A Kristoffer le parece como si una araña gigante se escapara por un desagüe.

—¡Mierda! —grita Aksel desde algún lugar.

Ella se gira hacia Kristoffer. Su expresión es extrañamente serena, y al principio él lo interpreta como sorpresa.

—Deberíamos regresar —dice—. La bomba está a punto de explotar.

Tiende una mano hacia Ella, pero no avanza hacia él. En su lugar, frunce el ceño, y Kristoffer se da cuenta de que lo que confundió con shock en realidad es resignación.

—Ahora sé cómo hacer esto.

Entonces, se da la vuelta y corre tras el draug.

—¡Nooo! —grita Kristoffer, dando un paso hacia adelante—. ¡No, Ella, no entres ahí! Está a punto de...

Pero Ella ya ha desaparecido, y dos segundos después, el fuego alcanza las bombonas de propano, y toda la colina explota.

29

—Joder... ¿qué he hecho? —Aksel mira la colina, que ahora es considerablemente más plana. Ya no se observa la abertura. Donde solía estar la entrada a la tumba, ahora solo parece haber dos toneladas de tierra negra.

—La atrapaste —dice Kristoffer con tono neutral.

Aksel se limpia algo que se le ha pegado en la frente. Aunque estaba al fondo del jardín, la tierra fue lanzada por todas partes, y Kristoffer está aún peor; la tiene en el pelo, en los oídos y por toda la ropa. Sin embargo, no parece importarle.

—Incluso si sobrevivió a la explosión, está muerta —continúa.

Aksel suelta un sonido parecido a una queja.

—¿Por qué diablos corrió tras él?

Kristoffer se vuelve hacia él, con los ojos encendidos de furia, y Aksel se encoge.

—¡Porque estaba intentando arreglar esto, en vez de simplemente volarlo todo en pedazos!

—Que te jodan —murmura Aksel, recuperando algo de compostura—. Vosotros seguisteis el plan.

—Solo porque no teníamos una mejor idea —gruñe Kristoffer. Mira de nuevo hacia la colina, y la rabia en sus ojos se transforma en lo que realmente siente: arrepentimiento y dolor—. Debería haberlo averiguado antes...

—¿Averiguado qué? —pregunta Aksel.

Kristoffer se sienta en el suelo y cruza las manos sobre las rodillas.

—Era la hoz —dice—. La única cosa que mataría al draug. Eso fue lo que lo enfureció. Mientras Ella la sostenía, no era más que una amenaza para él, y estaba permitido defenderse. Es parte de la maldición. Lo leí en el libro en alguna parte. Aparentemente, el derecho del draug a protegerse del daño anula el hecho de que debe obedecer a Ella. El momento en que soltó la hoz,

eso cambió. Ya no representaba una amenaza para él; volvió a ser su ama. El equilibrio de poder cambió, y por eso huyó. —Kristoffer entierra el rostro entre sus manos—. Siempre fue de Ella de quien tenía miedo. De nadie más.

—Joder —murmura Aksel, pasándose la mano por el cabello, encontrando también pedazos de tierra—. Entonces, si ella se hubiera enfrentado a él sin la hoz... ¿podría haberlo matado?

—No lo sé —murmura Kristoffer—. Pero definitivamente habría tenido muchas más posibilidades.

—Entonces... ¿eso es lo que está haciendo ahora? —pregunta Aksel con incredulidad—. ¿Enfrentarse a él sin el arma?

—Sí —responde Kristoffer—. Suponiendo que siga viva, eso es lo que está haciendo.

Aksel mira la colina colapsada.

—Dios mío. El valor de esa chica...

Se siente fatal por lo que hizo. Sigue intentando convencerse a sí mismo de que no lo sabía, y que tampoco lo sabían Kris ni Ella. Pero eso no cambia el hecho de que no solo la bomba casera nunca iba a matar al draug, sino que ahora Ella está atrapada bajo tierra. Incluso si sigue viva, incluso si encuentra al draug y lo mata, se asfixiará allí abajo en la oscuridad. Todo por culpa de Aksel.

—No podemos... no podemos simplemente dejarla ahí abajo —dice Aksel, recomponiéndose.

Kristoffer lo mira.

—¿Qué sugieres que hagamos? ¿Cavar para sacarla?

—¡Sí!

—Eso llevará días. No hay suficiente oxígeno ahí abajo para tanto tiempo.

—No, pero... tenemos que intentarlo. Voy a buscar una pala.

Aksel sale corriendo hacia la casa.

—Espera, Aksel.

Se detiene y mira atrás. Kristoffer se ha puesto de pie, y Aksel espera que le diga que cavar para sacar a Ella es inútil. Aksel no le importa; lo hará de todos modos, y está a punto de decírselo cuando Kristoffer señala y dice:

—Prueba en el cobertizo. Ahí es donde Halgrim guardaba sus herramientas. Tráeme una a mí también.

30

—¡Debe de estar justo ahí abajo! —Baxter señala a través del parabrisas.

Marit distingue una casa a la izquierda, a unos cincuenta metros por la carretera. O más bien, parece una mansión.

—¿Estás seguro? —murmura.

Baxter se encoge de hombros.

—Es la dirección que me diste.

Hasta donde sabe Marit, Ella no tiene amigos ni familiares ricos. Nunca ha oído que Ella o Anne tuvieran alguna conexión con Lilyhammer. Podría ser que Anne conociera a alguien por el trabajo que les permitió quedarse aquí. A juzgar por la cerca que ve mientras se acercan, no sería improbable que un policía viviera aquí.

Por supuesto que Ella encontraría un lugar así. Parece muy seguro. Probablemente tengan comida para meses ahí dentro.

—Entonces, ¿vas a llamarla? —pregunta Baxter, deteniendo el coche frente a la cerca.

Marit ya está sosteniendo su teléfono. Ha estado debatiendo si llamar a Ella o no durante todo el camino. Tiene miedo de que Ella le diga que se mantenga bien lejos si la llama y le dice que está cerca. Su instinto le dice que es mejor simplemente aparecer. Si puede hablar con Ella cara a cara, su prima puede enfadarse, pero le será mucho más difícil echarla.

—Ya lo intenté —miente Marit, mirando hacia la casa. Hay algunas luces encendidas, así que definitivamente alguien está en casa—. Solo salta el buzón de voz. Creo que su teléfono está apagado.

—Oh. Bueno, tal vez deberíamos... —Baxter se interrumpe al ver algo—. Oye, ¿ese es un hombre muerto?

Marit sigue la dirección de su dedo y ve una figura tirada en la grava dentro de la puerta. Hay otros dos más lejos, a un lado. A juzgar por la ropa rasgada, parecen zombis. Evidentemente, hubo una pelea en el patio, y no se molestaron en limpiarla. Tal vez incluso pudo ser...

Baxter empieza a hiperventilar.

—¡Oh, mierda!

Marit también los ve cuando se acercan a la puerta. Al menos una docena de zombis cruza la grava.

—Tenemos que irnos —dice Baxter, poniendo el coche en reversa.

—¡No, espera! No pueden alcanzarnos. Tranquilo, Baxter.

Él mira a Marit y luego al grupo de zombis. Han llegado a la puerta y, tal como dijo Marit, simplemente se chocan contra ella y pasan los brazos a través de los barrotes.

—Está cerrada, ¿ves?

—Pero... no lo entiendo. ¿Por qué dejarían pasar a un montón de infectados y luego volverían a cerrar la puerta?

—Obviamente, no los dejaron entrar —responde Marit con desprecio, sintiendo ganas de abofetear a Baxter.

—Oh. Ya lo entiendo. ¡Son las personas que vivían allí!

—No —dice Marit de nuevo. Al menos esta suposición no fue tan estúpida como la primera, pero aun así no es la correcta—. Míralos. Son todo tipo de personas. Hay una adolescente gótica. Hay un anciano. Y mira a esa de ahí, ¿no está embarazada? No hay manera de que tanta gente diferente viviera aquí. No es un maldito hostal, es una casa familiar. —Señala la placa de bronce montada en la pared junto a la puerta. Entrecierra los ojos para leer las letras en caligrafía—. Dice... "M. & U. Hashmi"... así que solo dos personas.

—¿No podrían haber dejado entrar a todas estas personas cuando aún estaban sanas? —sugiere Baxter, mirando los espejos. Parece incómodo estando tan cerca de los zombis, aunque haya una verja de hierro entre ellos.

—Los ricos no harían algo así —murmura Marit, mirando a lo largo del muro—. Y no pudieron haber escalado tampoco. No, creo que hay otra explicación.

—¿Cuál?

Ella asiente hacia la oscuridad.

—Apuesto a que si seguimos el muro, encontraremos un lugar por donde pasar.

Baxter niega con la cabeza.

—No voy a salir ahí, Marit. ¡Ni siquiera tenemos un arma!

Marit lo mira con asco.

—Eres demasiado lento de todos modos. Lo haré yo —Iba a hacerlo de todas formas, porque quiere ser ella quien hable con Ella, no el idiota de Baxter, a quien Ella nunca ha visto y no tiene razones para confiar en él. Además, será muy fácil dejar a Baxter afuera si Ella la deja entrar—. Tú te quedas aquí y asegúrate de que ellos también se queden. Si los ves alejarse de la puerta, sal del coche y acércate más a la verja. Eso es muy importante. Porque si se alejan de la puerta, vendrán por mí.

Baxter no parece nada cómodo con el plan.

—No me gusta ese plan, Marit. ¿Estás segura de que no deberíamos simplemente salir e intentar llamar a tu prima? Quiero decir, si está ahí...

—¡No hagas eso! —le grita Marit—. ¿De verdad crees que nos dejará entrar si nos quedamos aquí como un par de idiotas, gritando para que todo el vecindario nos oiga? Tenemos que ser inteligentes, Baxter. Sé que no es fácil para ti, pero intenta usar el cerebro por una vez —Le da un golpecito en la sien con un dedo, y él frunce el ceño.

—Vale. Supongo que tienes razón, Marit. Lo siento.

—Solo prepárate, ¿vale? —Marit se desabrocha el cinturón y se pone la chaqueta que Baxter le dio—. Voy a ir.

—Ten cuidado, Marit.

—Estaré bien, siempre y cuando te asegures de que se queden aquí —dice Marit, señalando a los zombis. Luego abre la puerta y sale del coche. Se aleja, haciendo un amplio círculo para no atraer a los zombis hacia ella. Pronto pierde de vista la puerta, así que no puede estar segura de si alguno la está siguiendo al otro lado del muro, pero no lo cree. Baxter sigue estando mucho más cerca.

Marit corre a lo largo del muro exterior, manteniendo todos los sentidos alerta. La propiedad es más grande de lo que pensaba. Cuando llega al lado este, inmediatamente ve el agujero en el muro. Está derrumbado, y al principio piensa que un coche o algo similar se estrelló contra él, pero luego ve el tocón de un árbol caído.

Se asoma al interior, asegurándose de que no haya zombis cerca. Desde aquí puede ver un poco del patio, pero no la puerta. Un leve coro de gemidos proviene del lado de la casa, así que sospecha que el grupo sigue junto a la entrada.

Marit entra al jardín y corre hacia el otro lado de la casa. Hay una gran terraza elevada y enormes ventanas. Marit sube a la terraza y se dirige a la puerta.

En la cocina hay un niño pequeño sentado. Está comiendo de un bol de cereales y viendo dibujos animados en un iPad. La leche le chorrea por la barbilla.

Marit toca el cristal, y el niño se sobresalta. La mira y Marit le sonríe lo mejor que puede.

—¡Hola! No estoy infectada. Solo estoy buscando a mi prima, Ella Nilsen. ¿Está aquí?

El niño claramente reconoce el nombre.

—Estaba —dice—, pero se fue con su mamá.

—Vaya, qué pena —Marit echa un vistazo alrededor—. ¿Cómo te llamas, amigo? Yo me llamo Marit.

—Soy Oliver.

—Mira, Oliver, tengo mucha hambre y estoy congelada. No tengo a dónde ir. Mi coche ya no tiene gasolina. ¿Podrías dejarme entrar un momento, por favor?

El niño mira hacia una puerta.

—¡Jaddah! ¡Jiddi!

—No, espera —dice Marit, volviendo a golpear el cristal—. No molestes a tus padres, Oliver. Solo, por favor... ¿podrías darme un vaso de agua? Eso es todo lo que necesito, y me iré de nuevo.

La verdadera razón por la que no quiere que el niño llame a sus abuelos es, por supuesto, que sabe que serán mucho más desconfiados con una desconocida que aparece en plena madrugada.

El niño la mira con el ceño fruncido.

—¿Estás segura? ¿No quieres entrar? Solo necesito preguntarle a mi abuelo...

—No, está bien. Ya me voy, solo... tengo mucha sed. Por favor.

El niño se baja de la silla y va hacia la encimera. Mueve uno de esos taburetes para niños y se sube para alcanzar el armario. Saca un vaso, luego baja de nuevo y empuja el taburete hacia el fregadero. Se sube otra vez y llena el vaso con agua.

Marit lo observa atentamente, asegurándose de mantener la sonrisa en su rostro, aunque su corazón late con fuerza y está helada. Sigue mirando a los lados, escuchando cualquier sonido. Aún está sola en la terraza.

Finalmente, el niño llega a la puerta de la terraza. Pero vacila.

—¿Estás segura de que no quieres entrar? Estoy seguro de que a mis abuelos no les importaría.

Marit sonríe.

—Eres muy amable, pero no quiero molestarlos. Solo necesito ese vaso de agua. Muchas gracias.

Extiende las manos, esperando que él abra la puerta. En el momento en que lo haga, se lanzará para entrar a la fuerza.

Pero el niño sigue dudando. Se inclina hacia adelante y mira a los lados.

—¿Hay infectados?

—No —sonríe Marit—. Solo yo.

—¿Y tú no estás infectada, verdad? —Le lanza una mirada inquisitiva.

—Por supuesto que no —responde Marit, sonriendo ampliamente—. Limpia como una patena. He sido muy cuidadosa. Por favor, Oliver. Tengo mucha sed.

Vuelve a extender las manos.

El niño pone la mano en el pomo, y Marit está a punto de lanzarse contra la puerta. Pero él retira la mano de nuevo y dice:

—Mejor te paso el vaso por la ventana.

—¿Por qué? —pregunta Marit, intentando mantener una voz amistosa—. La puerta es más fácil.

—Sí, pero... los infectados pueden ser muy rápidos. Creo que es más seguro así.

—Espera, no... —Pero el niño ya ha ido hacia la encimera de nuevo—. Vale —suspira Marit, moviéndose hacia la ventana.

El niño sube a la encimera, desatranca la ventana y la abre lo suficiente para alcanzar con el vaso.

Marit finge que va a tomarlo, pero en su lugar agarra la ventana y la abre por completo de un tirón. El niño sigue sosteniéndola, y es arrastrado hacia adelante con un grito, cayendo sobre la terraza.

—¡Mierda! —Marit maldice, dando un paso atrás. No quería que el niño se cayera, solo estaba muy ansiosa por abrir la ventana.

El niño gimotea y comienza a levantarse, cuando una voz dentro de la cocina grita algo en un idioma que Marit no entiende. Mira hacia dentro y ve a una mujer de mediana edad, de origen árabe, con una bata, en la puerta, mirándola con incredulidad. Marit rápidamente trepa por la ventana, se desliza por la encimera y salta al interior. La mujer está gritando y se acerca a la cocina, pero Marit es más rápida, y rodea la mesa. La mujer agarra un cuchillo de la encimera y lo apunta hacia Marit, con los ojos llenos de furia.

—¡Ve a por tu niño! —grita Marit, señalando hacia la ventana—. ¡Sigue afuera!

—¡Jaddah! ¡Ayúdame!

La mujer gira la cabeza rápidamente y ve a Oliver asomándose por la ventana. El niño es lo suficientemente alto como para que solo la parte superior de su cara sea visible, y está intentando entrar de nuevo.

—¡Oliver! —exclama la mujer, corriendo hacia la encimera. Suelta el cuchillo y extiende los brazos, pero no puede alcanzar a Oliver a menos que suba a la encimera. En lugar de eso, corre hacia la puerta de la terraza, la abre y sale corriendo.

Marit actúa por instinto: corre hacia la puerta de la terraza, la cierra de golpe, luego va a la ventana, se sube a la encimera y la cierra también de un golpe. Agarra el cuchillo.

La mujer golpea la puerta de la terraza, gritando que la abra. Marit salta de nuevo al suelo y retrocede. Mira a la mujer, que abraza al niño por los hombros. El niño está llorando, y la mujer sigue gritando y golpeando el cristal con su mano libre.

—Yo… yo lo siento —dice Marit, sacudiendo la cabeza. Se gira y choca de frente con un hombre. Parece que acaba de despertarse. Su cabello está desordenado, y solo lleva puesta una bata y pantuflas.

Abre la boca como si fuera a decir algo, pero solo sale un gruñido extraño. Marit da un paso atrás y levanta el cuchillo.

—No te acerques —le dice al hombre, pero se da cuenta con horror de que su mano está vacía. El cuchillo ha desaparecido.

El hombre mira hacia abajo, y Marit sigue su mirada. Justo debajo de su esternón está el cuchillo. Se ha hundido casi por completo.

—¡Jiddi! —grita el niño a través de la puerta de la terraza. La mujer también grita.

El hombre intenta dar un paso, pero no puede. En su lugar, colapsa con un suspiro.

—Oh, mierda —murmura Marit.

Se queda mirando al hombre muerto durante varios segundos. Entonces se da cuenta de que la mujer y el niño han dejado de gritar y golpear el cristal. Se da la vuelta y ve que ya no están. En lugar de eso, puede distinguir a un puñado de figuras tambaleantes cruzando el césped.

«La puerta principal».

Marit corre por la casa y llega al vestíbulo. La puerta principal ya está cerrada con llave. La mujer aparece unos segundos después, agarra el pomo y lo tira con fuerza.

—¡Por favor! —grita—. ¡Por favor, déjanos entrar!

—¡No puedo! —responde Marit, mirando por la ventana estrecha—. ¡Son demasiados! ¡Mira! ¡Detrás de ti!

La mujer se vuelve para ver a los zombis junto a la puerta. Aproximadamente la mitad de ellos todavía están allí. Baxter está al otro lado, haciendo saltos para mantenerlos entretenidos. Pero se están dando la vuelta uno por uno y dirigiéndose hacia la casa.

—¡Corred! —les insta Marit.

No es necesario. La mujer ya está tirando del niño por las escaleras. Corren hacia el jardín y desaparecen de su vista. Los zombis se giran y comienzan la persecución.

Junto a la puerta, Baxter emite un chillido y se lanza dentro del coche. Acelera y se aleja por la carretera justo cuando tres zombis aparecen de la nada más allá de la luz de la puerta.

Marit apoya la espalda contra la pared y se cubre la boca con la mano. De repente, todo está muy silencioso.

Vuelve a la cocina. El hombre sigue tirado allí. Un charco de sangre se ha formado a su alrededor. Le toma el pulso solo para asegurarse, pero no lo encuentra. Luego toma otro cuchillo. Mejor revisar la casa. Asegurarse de que no haya nadie más escondido aquí.

No hay nadie. Revisa todas las habitaciones.

Regresa a la cocina y abre una despensa alta de doble puerta. Está repleta de latas, frascos y paquetes de comida no perecedera. Abre la nevera. También está a rebosar. Toma lo primero que encuentra y comienza a devorarlo.

Mientras mastica, se da la vuelta y mira la cocina.

«Estoy a salvo», se da cuenta. Tengo toda una casa para mí. Y comida suficiente para mucho tiempo.

Marit comienza a reírse. El sonido es tan horrible que se obliga a detenerse.

31

Exactamente como la primera vez que entró en la tumba, se siente como si estuviera pisando otro reino. La única diferencia es que, esta vez, está preparada para ello. Y avanza mucho más rápido. No puede ver nada, pero sabe que la tumba continúa unos veinte metros más o menos en una pendiente constante hacia abajo, y que ni las paredes ni el techo se acercan más, así que puede mantener una buena velocidad. Lo cual probablemente le salva la vida.

No llega a escuchar realmente la explosión. Todo lo que siente es un empujón violento en la espalda, y luego sus pies se despegan del suelo. Es lanzada hacia adelante una distancia desconocida. Siente como si estuviera suspendida durante dos segundos completos antes de finalmente aterrizar en el suelo embarrado. Rodando varias veces, cubre su cabeza y se prepara para que la tierra caiga desde arriba y la cubra. Sus tímpanos se comprimen, pero logra distinguir un leve retumbo, y siente el suelo vibrar bajo ella.

Sin embargo, nada cae sobre ella. Está justo fuera de alcance.

Cuando el retumbar se disipa, Ella se sienta. Conteniendo la respiración, escucha. No hay nada más que un zumbido en su oído interno.

—¿Kris? —pregunta—. ¿Axe?

Su voz es absorbida por el barro que la rodea. Grita sus nombres un poco más fuerte, esperando obtener una respuesta. No llega ninguna.

La entrada está completamente sellada. No hay forma de que salga de nuevo.

La idea de que acaba de ser enterrada viva deja una sensación fría y pegajosa recorriendo su espalda.

No pienses en eso ahora. Céntrate en lo que has venido a hacer.

Ella se pone de pie. Al hacerlo, se da cuenta de que la caída que acaba de sufrir fue más dura de lo que pensó en un principio. Se golpeó la parte superior de la cabeza contra la pared, lo que le

ha dejado un dolor que baja por su cuello. Su codo también palpita, y ambas rodillas se llevaron un buen golpe. Da unos pasos de prueba y se da cuenta de que, aunque le duele, puede caminar. Así que lo hace.

A medida que se adentra más en la tumba, puede sentir que la lleva más hacia el subsuelo. El suelo se vuelve más blando y pegajoso, y de vez en cuando caen gotas de agua fría del techo. Deja que sus dedos rocen la pared del lado derecho, y más de una vez, siente runas grabadas en la tierra.

Tras un minuto más o menos, llega al lugar donde encontró el cáliz. Lo sabe antes de sentir un puñado de raíces colgando de la pared. Fue pura suerte que lo encontrara, su zapato golpeó algo duro, y al principio pensó que era una roca, pero cuando se agachó, pudo sentir que era de metal. Mientras sigue avanzando, pisa más joyas. Al menos, supone que es lo que son. No se detiene a investigar. No necesita nada, y no hay razón para enfurecer más al draug. De hecho, es mejor si está…

De repente una ráfaga de viento cálido la alcanza. Parece espantoso, y viene acompañado de un bajo rugido sordo. Es como si un dragón estuviera respirando sobre ella.

Ella duda.

—¿Estás aquí?

No recibe respuesta. Tampoco puede sentir la extraña respiración.

Puede sentir al draug. Pero no está muy cerca. Está bastante segura de que se ha retirado lo más atrás posible. Por mucho que se extienda la tumba, la tendrá que recorrer.

Realmente necesita algo de luz.

Entonces recuerda el mechero, y envía un cálido agradecimiento a Aksel. Lo saca y lo gira entre sus manos. Parece intacto. Intenta encenderlo. Una chispa aparece, lo suficientemente brillante como para lastimar sus ojos. Entrecierra los ojos y lo intenta de nuevo. Esta vez, aparece una pequeña pero constante llama. Mantiene presionado el botón del gas y mira a su alrededor. La llama parece estar luchando mucho por empujar la oscuridad hacia atrás, pero proporciona el resplandor justo para mostrarle las paredes y el techo.

El túnel no es tan estrecho como pensaba, y su claustrofobia disminuye un poco ahora que puede ver. Tal como sospechaba, las paredes están cubiertas de letras antiguas. Entre ellas, hay diferentes piezas de joyería, monedas, incluso figurillas que sobresalen del barro. Y mirando hacia abajo, ve aún más objetos de valor medio enterrados en el suelo.

Este lugar es una mina de oro. Valdría millones si alguien recogiera todo esto.

No es de extrañar que sus antepasados quisieran proteger el tesoro.

Mientras Ella continúa caminando, comienza a preguntarse quién exactamente está enterrado aquí. Debe ser alguien importante. Un hombre, obviamente. Un patriarca. Alguien rico. Venerado. Quizás incluso temido. ¿Pertenecía su antepasado lejano a la nobleza? ¿Un guerrero prominente? ¿Quizás un rey? Después de todos estos años, sus restos deben haberse desintegrado, así que cualquier pista que Ella pudiera haber encontrado hace tiempo que desapareció, y probablemente nunca sabrá la verdad sobre quién descansa aquí.

«No hay problema. No supondrá ninguna diferencia en lo que he venido a hacer».

Está muy agradecida de tener luz. Y de haberla recordado justo en el momento adecuado. Porque muy poco después, llega a un lugar donde el suelo de repente se hunde. No es que haya colapsado, más bien parece estar diseñado de esa manera. Se agacha e intenta arrojar algo de luz sobre la caída pronunciada. Apenas puede distinguir el suelo allá abajo.

Es aproximadamente un metro ochenta. Ella, muy a regañadientes, apaga el mechero, sopla sobre él para enfriarlo y lo guarda en su bolsillo. Luego desciende.

Inmediatamente, vuelve a encender el mechero. El techo es más bajo, tanto que la coronilla de su cabeza lo roza, pero las paredes están más separadas. Es casi como si el túnel se expandiera y se convirtiera en una gran sala. Ella decide seguir la pared de su derecha. Llega a una abertura que conduce a otra sala.

«Dios. Es como un laberinto».

Se detiene, cierra los ojos y escucha el silencio. Siente al draug. Está más cerca.

Pasa de largo la abertura y encuentra otro túnel que conduce hacia abajo.

«Es por aquí».

Se adentra más bajo tierra. Puede sentir cómo aumenta la presión. El sonido de sus pasos se vuelve aún más amortiguado. Puede escuchar su propio pulso. Entonces aparece otro sonido. Alguien llorando. Es un llanto profundo e intenso. El sonido resuena a su alrededor, luego se desvanece.

Ella frunce el ceño y se frota la base de la oreja.

«Eso no fue real», se dice a sí misma.

Sigue adelante. Empieza a sentirse extraña. Mareada. Distraída. Como cuando has estado soplando durante demasiado tiempo. Trata de pensar con claridad, pero es como si estuviera un poco borracha.

«Este lugar me está afectando. Necesito mantenerme alerta».

Pero eso se vuelve cada vez más difícil, y Ella siente que su mente vaga de un lado a otro. Se encuentra pensando en su madre, en sus amigos de la escuela, en cualquier cosa de su vida

cuando las cosas eran normales. Incluso recuerdos de la infancia temprana empiezan a pasar por su mente.

El túnel se estrecha, y de repente, ve una luz más adelante. Deteniéndose, Ella apaga el mechero. El resplandor está realmente allí. Suave, naranja y ligeramente parpadeante. Sigue adelante, y cuando el túnel gira un poco, se encuentra con una antorcha encendida montada en la pared.

Ella simplemente la observa. Con cuidado, extiende la mano e intenta cogerla. Espera que desaparezca como humo en cuanto sus dedos la toquen. Pero no lo hace. La antorcha es bastante real. Al menos, se lo parece. La saca del hueco y sigue adelante.

Otros sonidos flotan a su alrededor. Parece ser la voz de quien lloraba antes. Pero ahora está hablando. Ella no puede distinguir las palabras. La persona está mucho más cerca. Es un hombre. Su tono es muy sombrío, y obviamente sigue triste.

Ella ve una abertura en la pared. No es una puerta, no es lo suficientemente grande como para pasar. Más bien es como una ventana. Mira a través de ella y, para su asombro, ve otra sala iluminada por antorchas y un hombre de pie allí. Es muy corpulento y lleva una espesa barba roja. Lleva un abrigo de piel. Su cabeza está inclinada, y sus hombros suben y bajan mientras llora suavemente. Ella, muy consciente de que esto es algún tipo de visión y no la realidad, se acerca para ver por qué llora el hombre, y ve a varios hombres más. Todos parecen estar de luto. Están reunidos alrededor de una mesa baja. Sobre ella yace una persona vestida con una hermosa túnica, con su cabello rubio extendido en todas direcciones.

«Es una mujer», piensa Ella. «Mi antepasado era una mujer».

Ella recordó haber oído algo en la escuela sobre cómo los vikingos respetaban sorprendentemente a sus mujeres. Dejando de lado el hecho de que iban a violar mujeres extranjeras, a menudo veneraban a sus propias esposas, y las mujeres en general no necesariamente estaban oprimidas en las sociedades vikingas, como era casi siempre el caso en cualquier otro capítulo de la historia. Aun así, Ella no esperaba que una tumba tan grande y llena de riquezas perteneciera a una mujer.

El hombre de la barba roja toma una antorcha de la pared y enciende la pila de heno y ramas secas bajo la mesa. Prende fuego de inmediato y las llamas crecen rápidamente hasta alcanzar el cabello de la mujer. Mientras su cuerpo arde, los hombres comienzan a cantar en un idioma que Ella no reconoce. El olor a humo y piel quemada la alcanza, y retrocede tambaleándose lejos de la ventana.

«No es real. Solo era un recuerdo».

Sigue adelante. Sus piernas ahora se sienten completamente débiles. Como si no hubiera nada bajo su cintura excepto agua. Y cuando mira hacia abajo, descubre que de repente está vadeando agua fangosa. No sabe cómo sucedió sin que se diera cuenta, pero de repente el túnel está medio lleno de agua, y Ella tiene la sensación de que el tiempo ha pasado de alguna manera. Recuerda vagamente haber visto el agua, haber entrado con cuidado en ella, haber sentido cómo empapaba sus pantalones. Pero es como algo que sucedió hace mucho tiempo a otra persona.

Aún sostiene la antorcha, la mantiene en alto para no mojarla, y la luz se refleja en la superficie del agua, proyectando imágenes parpadeantes de personas que alguna vez estuvieron vivas. Sus rostros flotan bajo el agua, mirándola desde abajo.

«Fantasmas», piensa Ella. «No son reales».

Mira hacia adelante y ve que el techo del túnel desciende. O tal vez es el agua que está subiendo. De cualquier manera, pronto queda de puntillas, y posteriormente sus pies ya no tocan el suelo, así que comienza a nadar. Es difícil mientras sostiene la antorcha en alto. Más adelante hay un lugar donde el agua en realidad se encuentra con el techo.

«Tendré que bucear. Y tendré que rezar para poder salir al otro lado».

Toma un par de respiraciones profundas, sintiendo el miedo y el pánico recorrerla, y luego suelta la antorcha. Se hunde en el agua con un sonido sordo, y la oscuridad la envuelve. Aspira una última bocanada de aire, y luego sumerge la cabeza bajo el agua y comienza a bucear frenéticamente.

No puede ver nada, y parece que no avanza.

Pero puede sentir el agua. Puede percibir los espíritus de personas que se fueron hace mucho tiempo danzando a su alrededor. Sus voces, sus risas, sus sollozos, reverberan en su cráneo, y sigue nadando sin cesar, hasta que de repente, rompe la superficie y jadea buscando aire, llena sus pulmones, tose, escupe agua. Luego, cuando finalmente se convence de que no se ha ahogado, sigue nadando, buscando una orilla.

Después de unos minutos, sus pies encuentran tierra firme. Sigue caminando y siente el agua hundirse a su alrededor. Luego, de repente, sale, y se queda de pie sobre el barro, escuchando el agua gotear y escurriéndose su ropa.

«¡El mechero! Dios, por favor, que siga funcionando».

Lo saca de su bolsillo mojado, gira la piedra, y para su sorpresa, se enciende de inmediato.

Algo cambia cuando el resplandor le permite ver de nuevo. Mira hacia abajo y descubre que su ropa ya no está mojada, tampoco su cabello, que hace solo un segundo se pegaba a sus mejillas.

Mira hacia atrás y ve el agua. La superficie está perfectamente quieta, ni una arruga ni una ola.

«¿De verdad acabo de nadar? ¿O simplemente he estado aquí de pie?»

Mira hacia atrás, o hacia adelante, intentando determinar qué es el pasado y qué es el futuro. No puede. Cierra los ojos y busca al draug.

«Está cerca. Y está por este camino».

Se aleja del agua, siguiendo el túnel.

De repente, un grito escapa de la oscuridad. Es breve y lleno de dolor. Ella se detiene y ve otra ventana. Mira a través de ella, y ve al hombre de antes. Esta vez está solo. Está arrodillado frente a una pila de cenizas aún humeantes. Al principio, a Ella le parece que está rezando. Luego se inclina de lado, y Ella ve la espada que le atraviesa el abdomen. Ha penetrado por completo, la punta sobresale de su espalda. Un charco de sangre se forma a su alrededor, es aún más oscura que la tierra, y Ella lo escucha susurrar algo que suena como un verso, y no quiere ver más, así que sigue adelante apresuradamente.

—Ella, por favor. Necesitas detenerte. Regresa.

Ella mira de reojo y ve a su madre caminando a su lado. Su rostro está pálido bajo el resplandor del mechero, sus ojos grandes y asustados.

—Te matará si sigues adelante. Te lo suplico. Vuelve mientras puedas.

—Estás muerta —dice Ella con calma.

—Sí, pero eso no significa que no pueda darte un consejo.

—No eres mi madre. —Ella mira hacia adelante y acelera el paso.

—Eso no significa que no debas escucharme —insiste su madre. Su voz cambia—. Retrocede, Ella, o sufrirás una muerte horrible.

Cuando Ella vuelve a mirar de reojo, su madre se ha convertido en un cadáver putrefacto, sin ojos, con los dientes visibles a través de la boca abierta.

Ella respira rápido y sigue caminando.

—¡Escúchame! —exige el cadáver, su voz ahora completamente irreconocible, y agarra el brazo de Ella con fuerza.

—¡Suéltame! —grita Ella—. ¡Voy a hacer esto sin importar los trucos que intentes! —Intenta liberarse. El brazo del cadáver se rompe por el codo y queda pegado al brazo de Ella. Ella grita y golpea el brazo con la mano que sostiene el mechero. Finalmente se suelta, y echa a correr.

Corre durante lo que le parece ser casi una hora. Cuando finalmente disminuye la velocidad y mira hacia atrás, está sola en el túnel.

—Menos mal que no dejaste que esa cosa te asustara —dice la voz de su madre en su cabeza —. Sabes de verdad que no era yo, ¿no?

—¿Oh, ahora sí lo eres? —pregunta Ella en voz alta mientras sigue caminando—. No me engañas.

—Entiendo por qué te muestras escéptica, Ella. Debes serlo. Este lugar pone la realidad del revés. No puedes confiar en nada aquí abajo.

—Eso incluye la voz de mi madre muerta en mi cabeza, ¿verdad?

Su madre ríe. El sonido es tan genuino que Ella casi lo cree.

—Puedo entender por qué no confías en mí. Crees que esto es otro truco. Que es el draug tratando de hacer que vuelvas. Bueno, no te culpo. Pero, ¿y si te dijera que esto es real y que soy realmente tu madre?

—Entonces no te creería. Este lugar... es maligno. Lo está distorsionando todo.

—No todo. Es cierto que este lugar es mágico. Pero eso no significa que toda la magia sea negra.

—Puedes seguir hablando —dice Ella con frialdad—. No te estoy escuchando.

Tras una breve pausa, su madre dice, sin rastro de enfado en su voz:

—Entendido. No necesito convencerte de nada. No necesitas mi ayuda. Supongo que me iré.

Ella se detiene, dudando. Frunce el ceño y baja la mirada.

—Si realmente eres tú, mamá, entonces demuéstramelo.

—¿Demuéstratelo? ¿Cómo?

—Dime... dime las últimas palabras que me dijiste.

—Ah. Eso es fácil. Te dije que te amaba más que a nada en el mundo.

—No —dice Ella, con la voz quebrándose—. Incorrecto.

—Esas son las palabras que no salieron —dice su madre suavemente—. Pero estaban en mi corazón. Y creo que las sentiste.

Ella rompe a llorar.

—¿Por qué tuviste que morir, mamá?

—Creo que fue para que pudieras hacer esto, Ella. Creo que tenía que suceder.

—No. No tenía que suceder. Lo habría descubierto de todas formas.

—A veces, para ver la verdad, es necesario que todo lo demás desaparezca.

Ella solloza durante un rato, y su madre no dice nada más.

—Vi la verdad —dice finalmente Ella, secándose los ojos con la manga—. Entre todas las mentiras aquí abajo, vi algo en lo que creo.

—¿Qué fue eso?

—Que la persona enterrada aquí es una mujer. Por eso tenía que ser así, mamá. Papá no habría podido hacer esto, aunque hubiera querido.

Su madre no responde de inmediato.

—¿Mamá?

Algo hace que Ella se dé la vuelta.

Y ahí, justo al borde del alcance de la luz, está su madre. No un espectro fantasmal, sino una mujer sonriente y hermosa.

—¿Lo ves? Te liberó.

Ella asiente y aprieta los labios.

—Te quiero, mamá.

Su madre sonríe, y la sonrisa dura para siempre. Ella parpadea para despejarse las lágrimas de los ojos, y su madre ha desaparecido. Está de nuevo completamente sola en el túnel.

No.

No está sola.

Alguien más está cerca. Muy cerca.

Ella se da la vuelta y ve una curva pronunciada en el túnel. Camina hacia ella y asoma la cabeza. Y entonces lo siente. Al final. La última sala. La luz no puede penetrar la oscuridad en su interior, pero Ella puede sentir que este es el lugar. Puede sentir al draug justo delante de ella.

—Sé que estás aquí —dice Ella—. Voy a entrar.

Espera brevemente una respuesta. No llega ninguna. Entra en la sala. Y mientras lo hace, como por arte de magia, el resplandor del mechero crece más fuerte, lo suficiente como para iluminar toda la sala.

Y Ella ve las runas que cubren las paredes. Ve el círculo de joyas en el suelo. Está mayormente hundido en la tierra, al igual que los huesos en el centro. Los huesos de su antepasada.

Y también ve al draug. De pie frente al lugar de descanso de su ama, respira rápidamente, su coraza cruje mientras la caja torácica se expande y contrae. Gusanos caen de la carne podrida, y el barro mancha los mechones raídos de barba que aún se aferran a la mandíbula. Los ojos negros están fijos en Ella. Como un perro guardián que ve a un intruso y espera solo una excusa para lanzarse sobre él. Es tan grande que está encorvado, casi al punto de que su mano alcanza el suelo, lo que solo lo hace parecer aún más preparado para lanzarse hacia adelante.

Ella sabe que el draug puede despedazarla en cuestión de segundos. Y sabe que si comete un pequeño error, eso es exactamente lo que sucederá. Sorprendentemente, las palabras le vienen casi solas.

—No estoy aquí para luchar —dice, mirando el horrible rostro—. Sé lo que eres. Sé quién eras. Y sé lo que hiciste.

El draug deja de respirar. Su mirada se vuelve aún más intensa, perforándola.

—Sacrificaste tu propia vida para proteger a esta mujer por siempre. —Ella mira los huesos—. No fuiste maldito para hacer esto. Lo elegiste. Tal vez lo hiciste por sentido del deber, o porque te sentías obligado por la tradición... —Ella sacude lentamente la cabeza—. Pero creo que lo hiciste porque la amabas.

Al volver a mirar al draug, ve por primera vez un destello de algo bajo los terribles rasgos, algo escondido en los ojos muertos y negros. Algo casi humano.

—Soy su heredera —le dice Ella al draug—. Así que estás atado a mí de la misma forma que lo estás a ella.

El draug emite un resoplido, y de repente aparece la furia en su rostro. Da un paso adelante, y la cueva tiembla.

—Tendrás que obedecerme —continúa Ella, imperturbable. El draug abre la boca y le gruñe, haciendo que su cabello se eche hacia atrás. Sin embargo, no se tambalea. En cambio, alza la voz mientras sigue hablando—. Te daré una última orden, ¡y harás lo que te diga!

El draug emite un rugido ensordecedor, extendiendo ambas manos para agarrarla.

Un segundo antes de que lo pueda hacer, Ella grita:

—¡Te libero!

La enorme criatura que venía hacia ella se detiene en seco, la mira por un momento, luego un profundo suspiro recorre la sala, y el draug colapsa en el suelo. Mientras lo hace, se encoge hasta el tamaño de un humano normal y se convierte en un montón de huesos desmoronados.

Ella mira lo que queda de él. Luego mira los huesos de su antepasada.

—Descansad en paz —dice suavemente.

El mechero se apaga, y la luz desaparece. Ella intenta encenderlo de nuevo, pero parece que se ha quedado sin gas.

—Bueno —le dice a la oscuridad—. Tendré que usar otros sentidos.

Tanteando con las manos, Ella se da la vuelta y sale de la cueva.

32

La casa del árbol no es muy cálida. No está pensada para jugar en invierno. El abuelo la hizo construir para Oliver hace dos años. Ahora el abuelo está muerto. La prima de Ella lo mató.

Oliver tiembla y se acurruca un poco más cerca de la abuela. Ella lo aprieta con fuerza. Él puede notar que ella también está congelada. Su aliento es visible en la penumbra.

Se han envuelto en el mantel y están acurrucados en la esquina. Justo afuera, los zombis gimen y arañan la madera. La casa está elevada a un metro del suelo, y parece que no saben cómo subir los cuatro escalones que llevan a la puerta. Algunos de ellos se han arrastrado debajo de la casa y están arañando desde ahí.

Al principio, Oliver tenía miedo de que pudieran atravesar las paredes. Pero la casa del árbol está bien construida. El abuelo hizo un gran trabajo. Las tablas y los tablones están bien sujetos, y aunque hay grietas por varios sitios por las que los muertos vivientes pueden verlos, no pueden llegar a ellos.

Oliver no tiene ni idea de cuánto tiempo llevan allí. Siente como si llevaran toda la noche. Está muy somnoliento, pero solo ha podido dormir unos minutos antes de que el frío o los ruidos de los zombis lo despertaran de nuevo. Nota que el interior de la casa del árbol es cada vez más visible; la mesa, las dos sillas, el cofre lleno de juguetes de plástico. Unos rayos apagados de luz gris se filtran por las grietas.

—¿J-Jaddah? —pregunta—. ¿Es de día?

—Sí —le dice ella, castañeteando los dientes—. Pronto hará más calor.

Oliver sabe que solo lo dice para consolarlo. Claro, la temperatura subirá un poco cuando salga el sol, pero no hará calor.

—Me duelen las puntas de los dedos —murmura Oliver, chupándose el meñique para intentar calentarlo—. Mi nariz t-también.

—Lo sé, cariño. Podemos saltar un poco más, ¿qué te parece?

Oliver realmente no quiere volver a levantarse. Por un lado, está exhausto, y además el ejercicio le da hambre. Sabe que no los mantendrá calientes por más de cinco minutos, así que apenas parece valer la pena el esfuerzo.

—¿Estás segura de que no podemos volver a la c-casa, Jaddah?

La abuela lo aprieta.

—No lo creo, cariño. Aunque pudiéramos salir de aquí... —Señala hacia la puerta, donde los zombis siguen arañando—. La chica, no nos dejará entrar en la casa...

—Ojalá Jiddi estuviera aquí —dice Oliver, casi empezando a llorar. No puede creer que todos se hayan ido. Mamá, papá, su abuelo. Es demasiado para asimilarlo, y simplemente no piensa en ello. Solo lo pone triste.

—Oh, yo también, cariño —dice la abuela, sorbiendo.

—Si tan solo tuviéramos la l-llave —dice Oliver, mirándola—. ¿Estás segura de que no está en tus bolsillos, Jaddah?

—Lo he revisado diez veces, cariño —dice ella con pesar—. Mi llave está sobre la cómoda en el dormitorio. Igual que la del abuelo.

—¿No guardáis una llave de repuesto en algún lugar fuera?

—No. La única persona además de nosotros que tiene una llave es Ari, y él está... está... —La abuela se queda callada.

—Está en el jardín de atrás —dice Oliver, y su rostro se ilumina—. Ella dijo que lo dejó allí. ¿Crees que su llave sigue en su bolsillo?

—Puede que sí... pero...

—Tenemos que intentar conseguirla, Jaddah. No podemos quedarnos aquí.

Su abuela lo mira pensativamente. Sus ojos están rojos de tanto llorar, su ceño fruncido, y sus labios tiemblan por el frío.

—Tienes razón —dice—. Tenemos que hacer algo.

—Puedo intentar salir por la ventana —sugiere Oliver, señalando las contraventanas—. Si puedes atraerlos hasta la puerta, puedo hacerlo...

—No. Ni hablar. Yo seré quien salga corriendo.

—Pero...

—Así será, Oliver. Fin de la discusión.

Ella se levanta y cojea hasta el cofre. Al abrirlo, saca algunos de sus juguetes: una pala, un rastrillo y una pistola de agua. Se gira para mirar a Oliver.

—Este es el plan. Yo correré hacia la casa. En el momento en que salga, cierras y echas el pestillo en la puerta. Conseguiré la llave de Ari y entraré en la casa. Tan pronto como vuelva a ser seguro, vendré a buscarte.

—¿Qué harás con la chica? —pregunta Oliver.

—No te preocupes por eso —dice gravemente la abuela—. Quédate aquí hasta que vuelva. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Jaddah. Por favor, ten cuidado.

—Lo haré. Ven aquí.

Se abrazan con fuerza. Luego la abuela se suelta y va hacia la puerta.

Oliver puede notar que los zombis se vuelven más ansiosos. Se agrupan junto a la puerta. Hay al menos seis de ellos.

—Espera, Jaddah. Ven aquí primero. Tenemos que atraerlos a este lado de la casita. —Él la llama hacia la ventana, y ella vacilante se une a él.

Funciona; poco a poco, los zombis se reúnen fuera de la ventana.

—Muy buena idea, Oliver. —La abuela le sonríe, pasándole una mano fría por el cabello—. Siempre fuiste un niño muy listo.

Se inclina y le planta un beso en la frente. Luego, sin decir una palabra, corre, desbloquea la puerta, la abre de un tirón y sale fuera.

Su bata se agita en el viento y aterriza en la hierba con un quejido. Sus piernas ceden y rueda por el suelo helado. Oliver corre hacia la puerta. Está a punto de cerrarla cuando ve a un zombi salir de debajo de la casa del árbol. Es un joven flaco y va directo hacia la abuela, que intenta ponerse de pie, pero sus piernas siguen fallando.

—¡Jaddah! —grita Oliver—. ¡Cuidado!

Al darse cuenta de que está en peligro, la abuela recurre a arrastrarse para escapar. El joven emite un gruñido hambriento y aumenta su velocidad. La alcanza y se enzarzan en una pelea. La abuela grita y lo patea con sus pies descalzos. Él intenta morderla, pero es demasiado lento y no consigue agarrar bien sus piernas. Ella le golpea la cabeza con la pala de plástico, pero eso hace poco para disuadirlo. Los otros zombis empiezan acercarse desde ambos lados, y Oliver no puede hacer nada más que quedarse allí en la puerta abierta, con el corazón martilleando en su pecho.

«Sí, puedo. Puedo hacer algo».

Salta fuera. Toca el suelo helado, y eso hace que le duela en los pies y las piernas, pero ignora el dolor.

—¡Oye! ¡Mirad aquí!

Los zombis desvían su atención hacia él, y se encuentra rodeado. Dándose la vuelta, se agacha bajo la casa del árbol, corre hacia el otro lado y luego da la vuelta.

Ve que la abuela se pone de pie. El joven zombi sigue intentando atraparla y se aferra a su bata durante unos segundos más mientras es arrastrado. Luego la suelta, y la abuela casi vuelve a caerse, pero logra mantenerse en pie. Corre hacia el jardín trasero, y Oliver corre detrás de ella.

—¡Jaddah!

Ella mira hacia atrás y lo ve acercarse.

—¡Por el amor de Dios, Oliver! ¡Te dije que te quedaras!

—Tenía que venir —dice él, mirando hacia atrás—. Te estaban alcanzando, Jaddah.

—¡Vamos! ¡Date prisa, entonces!

Corren alrededor de la casa. Oliver ve el cuerpo de Ari de inmediato. Está boca abajo.

—Espera aquí —le instruye la abuela—. Yo buscaré la llave.

Corre hacia Ari, se arrodilla, murmura una rápida oración y luego busca en sus bolsillos.

Oliver mira hacia atrás y ve a los primeros zombis llegar a la esquina.

—¡Ya vienen, Jaddah! Tenemos que…

Entonces ocurre algo completamente inesperado.

Los zombis colapsan. Parecen robots a los que alguien les ha quitado las baterías.

Oliver mira alrededor del jardín, esperando ver a alguien con un arma , una muy silenciosa, pero están completamente solos. Se acerca un poco más para mirar hacia la casa del árbol. No son solo los primeros; todos los zombis están tendidos inmóviles.

—¿Qué... qué ha pasado?

Jaddah está de pie a su lado. Tiene la llave de Ari en la mano, pero solo está mirando a los zombis.

—No lo sé —dice Oliver—. Simplemente... se detuvieron.

Por alguna razón extraña, Oliver piensa en Ella en ese momento.

Ella lo hizo. Mató al monstruo.

—Es la misericordia de Dios —murmura la abuela—. Vamos, Oliver. Vamos a meternos en casa.

Rodean la casa. La abuela usa la llave y abre la puerta. Se lleva un dedo a los labios mientras entran y cierran la puerta en silencio tras ellos.

La abuela se detiene a escuchar. Oliver puede oír la televisión en el salón. La puerta está entreabierta, y puede ver el respaldo del sofá. Hay una película de Netflix puesta, y la mesa está

llena de latas y papeles, e incluso una de las botellas de vino del abuelo. La chica claramente se dio una fiesta antes de quedarse dormida en el sofá.

La abuela lo toma por el hombro y lo lleva en dirección contraria. Abre la puerta de su habitación y lo empuja suavemente hacia dentro. Aún está oscuro porque las cortinas están cerradas.

La abuela se inclina y le susurra al oído:

—Quédate aquí hasta que venga a buscarte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Luego ella se va, cerrando la puerta con suavidad.

Oliver se queda allí un momento, disfrutando del calor. Está temblando violentamente, y no quiere nada más que meterse en la cama y esconderse bajo el edredón. Alcanza el interruptor, lo enciende y se da la vuelta.

Se oye un gruñido, y la chica se sienta en la cama.

Durante tres largos segundos, simplemente se miran el uno al otro.

La chica parece no poder decidir si está soñando o no. Luego se lanza hacia un lado. Está claramente intentando alcanzar la cómoda junto a la cama, y Oliver inmediatamente ve por qué: el arma de Ari está encima de ella. Corre a toda velocidad por la habitación. La chica está mucho más cerca, y habría llegado al arma primero si su brazo no se hubiera enredado en la manta. Eso le da a Oliver un segundo extra, y llega a la cómoda antes que ella.

—¡No! —le grita, tratando de agarrarlo—. ¡Dame eso!

Pero Oliver salta fuera de su alcance y le apunta con el arma.

—¡No te acerques! ¡No te acerques más!

La chica sale de la cama, pero duda. Oliver retrocede hasta la esquina, sosteniendo la pistola con ambas manos.

La chica lo mira con los ojos muy abiertos.

—Tú no... no sabes cómo disparar eso.

—Sí sé —le dice Lukas con toda la firmeza que puede reunir.

—No, no sabes.

—Sí sé. Lo hice una vez antes.

—Mientes. No puedes dispararme. —Sonríe—. Ni siquiera está cargada.

Oliver mira la pistola. Entonces se da cuenta de que era un truco, porque la chica se lanza hacia él.

Justo cuando ella lo alcanza y agarra la pistola, Oliver aprieta el gatillo.

Un estallido ensordecedor se escucha.

La chica retrocede tambaleándose, como si alguien la hubiera golpeado en la garganta. Un pequeño agujero rojo ha aparecido justo encima de su clavícula. Emite un gorgoteo húmedo y se lleva ambas manos a la garganta. No puede evitar que la sangre se filtre entre sus dedos. Dando una tos rasposa, rocía una neblina roja. Se da la vuelta, como si buscara algún lugar a dónde ir. Intenta caminar, pero colapsa. Tosiendo, ahogándose y gorgoteando, Marit se asfixia hasta morir allí mismo, en el suelo.

Oliver simplemente la mira.

Entonces la puerta se abre de golpe, y la abuela entra corriendo. Corre hacia Oliver y lo abraza, preguntándole si está bien.

Él logra mirarla a los ojos. Nunca se ha sentido tan cansado en toda su vida. Parece que hasta darle una sonrisa tranquilizadora a la abuela es un esfuerzo demasiado grande. Pero lo logra. Y le dice:

—Estoy bien, Jaddah.

33

La espalda de Kristoffer le está matando. Tiene la boca seca, las palmas de las manos doloridas, y está sudando bajo la chaqueta. Aun así, sigue cavando.

Llevan horas. Al principio, parecía que no estaban avanzando. Si no fuera por los montones de tierra que crecen a ambos lados, Kristoffer seguiría sintiendo lo mismo. La colina ya no está maldita, pero sigue siendo una tarea agotadora cavar en el suelo húmedo, pesado y lleno de arcilla. Sin embargo, están avanzando. Una palada tras otra.

El amanecer ha llegado, y Rosa y Belinda se han unido a ellos, junto con Guardian. El perro está ansioso por ayudar, y está retirando tierra más rápido que cualquiera de ellos.

Rosa y Belinda habían estado viendo las noticias, y les felicitaron. En todos los canales decían lo mismo: en todas partes, los zombis habían caído muertos de repente y sin explicación. Muertos de verdad.

Kristoffer y Aksel lo notaron cuando sucedió, un rato después de que Ella entrara.

No hubo sonidos, al menos no que ellos pudieran detectar. Pero definitivamente algo cambió. Al principio, Kristoffer pensó que solo él lo sentía. Era como si una presión desapareciera, una de la que apenas era consciente. Como cuando tus oídos se descomprimen de la nada y de repente puedes oír mejor. Se detuvo y miró alrededor del jardín, y de repente todo parecía más amigable. No era solo por la luz del amanecer; los alrededores habían vuelto, de alguna manera, a cómo se veían antes de que Halgrim desenterrara la tumba.

Los ojos de Kristoffer se posaron en Aksel, que también había dejado de cavar, y se intercambiaron una mirada.

—Creo que lo logró —murmuró Aksel.

—Creo que sí —dijo Kristoffer.

Aksel sonrió.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Kristoffer asintió.

—Sigue viva.

Y reanudaron la excavación, más rápido esta vez.

Belinda se ofreció a reemplazar a Aksel por un rato, y él aceptó, pero solo para poder ir al baño. Mientras tanto, Rosa entró en la cocina de Helda y sacó una botella grande de agua. Todos bebieron con avidez de ella.

Kristoffer sigue cavando cuando Rosa pregunta:

—¿Cuánto más tienes que cavar?

—Creo que con suerte, estamos a mitad de camino —le dice Kristoffer, limpiándose el sudor de la frente.

—¿Cuánto tiempo puede sobrevivir alguien ahí abajo? —pregunta Rosa a su vez.

Kristoffer mira a Aksel, luego a Belinda.

—Depende de qué tan profunda sea la tumba, supongo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que explotó la bomba?

—Rosa, creo que ya son suficientes preguntas por ahora —le dice Belinda.

—No, está bien —dice Aksel, mirando su reloj—. Han pasado casi seis horas.

—Entonces, la tumba tiene que ser bastante profunda para que Ella siga viva —concluye Rosa. Esta vez no es una pregunta.

—Tienes razón —admite Kristoffer—. Las posibilidades son cada vez menores con cada minuto que pasa, pero no podemos detenernos. Tenemos que…

—Lo que necesitáis es una maldita pala más grande.

Todos se giran de inmediato al escuchar la voz inesperada desde la casa. Guardian, que tenía la cabeza enterrada en el agujero que estaba cavando, se da la vuelta y comienza a gruñir al ver al recién llegado.

Kristoffer apenas puede reconocerlo. Para empezar, está sentado, lo cual no es propio de él. Pero se ve obligado a hacerlo, ya que le falta una pierna. Además, claramente Ragnar no se ha afeitado en días, y ha perdido tanto peso como color. Sus ojos, sin embargo, están tan vivos como siempre, mientras los observa desde la terraza.

—Dios mío —exclama Aksel—. ¿No estás muerto?

—Solo por dentro —dice Ragnar sombríamente.

Guardian corre hacia él, con el pelaje erizado. El perro olfatea la silla de ruedas, luego la mano que Ragnar extiende, y, aparentemente decidiendo que Ragnar ahora es también su amigo,

Guardian se vuelve hacia Aksel.

Ragnar se limpia la nariz y asiente hacia la colina.

—Todo lo que se oye en la radio es acerca de cómo parece que esto ha terminado. Y supongo que lo que sea que pasó esta mañana, habéis sido los responsables. ¿Tengo razón?

—Bueno, sí —murmura Kristoffer—. Fue nuestra amiga, Ella, en realidad. Sigue ahí dentro.

—¿Lo mató?

Kristoffer entrecierra los ojos.

—Pensé que no creías ni una palabra de lo que dije. Recuerdo que lo llamaste “chorradas sobrenaturales”, ¿o no?

Ragnar mueve la mandíbula como si estuviera masticando un chicle.

—Digamos que... he cambiado de opinión.

—¿Lo viste? —exclama Aksel.

Ragnar le lanza una mirada severa.

—Vino a mi casa. Mató a Kjell. Bueno, “matar” sería una palabra demasiado amable para describirlo. Pero ciertamente está muerto. Tuve que recogerlo del suelo pedazo a pedazo.

Aksel, Belinda y Kristoffer se miran entre sí.

—Eso explica por qué el draug volvió tan rápido —dice Aksel—. No tuvo que ir muy lejos para encontrar a Kjell.

—¿Cuánto tiempo lleva esa chica ahí abajo? —pregunta Ragnar, rodando sobre la hierba helada.

—Seis horas —le dice Kristoffer.

—Bueno, ¿por qué demonios están usando esas cucharitas para desenterrarla?

—No tenemos…

—Id a la casa de Guggedal. Tiene una miniexcavadora en su garaje. Estoy seguro de que tiene suficiente gasolina para mover la última parte de la tierra. Y Guggedal no la va a usar más, se pegó un tiro en el salón. Supongo que las llaves están en algún lugar de la casa. Romped una ventana si es necesario. —Ragnar mira a Kristoffer—. Id ya si queréis tener alguna posibilidad de sacar a vuestra amiga con vida.

34

Cada vez le cuesta más respirar. Puede inhalar aire bien, pero es como si se estuviera volviendo más delgado con cada respiración.

Desde que regresó a la entrada, ha estado descansando la mayor parte del tiempo, y de vez en cuando se queda dormida. Intenta no hacerlo porque teme no despertarse. Tampoco puede cavar a través del enorme montón de tierra que bloquea la abertura. Lo intentó al principio, pero el suelo es demasiado pesado, y en cuanto empieza a trabajar, se marea.

Así que se ha resignado a morir enterrada.

Dormirse no será la peor manera de hacerlo. Probablemente ni siquiera se dará cuenta cuando suceda. Sorprendentemente, no está congelada. El suelo es agradable y cálido.

No sabe si están cavando para buscarla. No puede oír nada. Incluso si lo están haciendo, podrían tardar días en alcanzarla.

Encuentra consuelo en el hecho de que completó su tarea. Tal vez haya salvado al mundo. Al menos, ha roto la maldición. Lo que eso significa, exactamente, no lo sabe. Pero tampoco necesita saberlo. Su trabajo era simplemente hacerlo. Ahora depende del resto de la humanidad recoger los pedazos y volver a construirse. Sanar las heridas de todas las personas que ya no están. Reconstruir hogares, ciudades, naciones y, lo más importante, la confianza.

Ella sufre un ataque de tos. Su cabeza da vueltas. Intenta escuchar por última vez, esforzándose por captar el más mínimo sonido, pero todavía no puede oír nada.

—No van a venir —le dice a la oscuridad—. Está bien. Creo que me dormiré.

Se ajusta un poco, cruza los brazos sobre su pecho y cierra los ojos.

Piensa en todas las personas que ha conocido en estos días. Los buenos y los malos. Su madre. Kristoffer. Aksel. Belinda y Rosa. Su padre. Gunhild. Kjell. Oliver…

Por alguna razón, el pensamiento del niño hace que vuelva a abrir los ojos.

«Necesito seguir viva solo un poco más», piensa, sin saber de dónde viene el pensamiento. Pero confía en él. Y así, lucha por mantener los párpados abiertos. Cada vez que parpadea, es una batalla.

El pensamiento de ver a su madre de nuevo comienza a sentirse muy tentador. Si realmente hay una vida después de la muerte, está segura de que su madre la espera allí. Una imagen de ella aparece frente a Ella, no puede decir si sus ojos están abiertos o cerrados; no importa, todo lo que ve es oscuridad.

—Quédate —le dice suavemente su madre—. Solo unos minutos más, Ella.

—De acuerdo —susurra Ella, parpadeando una lágrima—. Dos minutos más. Pero si no pasa nada, me voy contigo.

Su madre sonríe.

—Es un trato.

Ella no puede mantener los ojos abiertos, así que se concentra en su respiración. Es muy tenue. La más fina franja de aire entrando y saliendo de sus fosas nasales. Sus pulmones apenas se expanden.

«Esto es todo», piensa. «Se acabó el tiempo».

Deja ir el último aliento largo, y siente que abandona su cuerpo. Tiene la sensación de flotar hacia arriba, y una luz la envuelve. No es cálida como pensaba que sería. De hecho, la luz es bastante fría. La hace temblar, y abre los ojos, esperando no ver más que blanco. Lo que ve es el interior de la cueva. No está flotando, sigue acostada en el suelo.

Pero la luz es lo suficientemente real. Gira la cabeza y ve un agujero del tamaño de una pelota de baloncesto. De ahí viene la luz. No es un resplandor divino, es simplemente luz del día. Puede distinguir una especie de máquina con una gran pala. Luego, una cara aparece en el agujero, bloqueando gran parte de la luz.

Apenas puede distinguir sus rasgos, pero reconoce su pelo rapado y sus orejas.

—¡Ella! —dice Kristoffer, rompiendo en una amplia sonrisa—. ¡Estás viva!

Ella intenta decirle que sí, que está viva, o al menos eso cree, pero el aire frío entra de golpe en sus pulmones y la hace toser. En su lugar, levanta la mano y le muestra un pulgar hacia arriba.

—No te preocupes —le dice Kristoffer, con la voz entrecortada—. Estamos quitando el resto de la tierra. ¡Quédate ahí!

«No voy a ir a ningún lado», piensa Ella, mientras Kristoffer desaparece y grita algo a quien esté operando la excavadora.

Ella gira la cabeza para ver si su madre todavía está allí. No está. Pero está bien. La verá de nuevo pronto.

Cuando la excavadora se acerca, Ella siente otra ráfaga helada, y cierra los ojos y sonríe mientras la inhala profundamente, y esta vez no tose.

***

Lo logramos. Este es el final de la historia.Solo quería darte las gracias por leerla. De verdad espero que la hayas disfrutado tanto como yo disfruté escribiéndola.

Si aún no has leído la precuela, *Draug*, todavía puedes conseguirla gratis en **nick-clausen.com/draug-es**

O, si quieres echar un vistazo a mi otra serie de zombis, *Carne Muerta*, está disponible en **nick-clausen.com/carne-muerta**

De cualquier forma, te animo a unirte a mi boletín gratuito, es la mejor manera de estar al tanto de las novedades o de ponerte en contacto conmigo para saludar. Me encantaría saber de ti. Puedes suscribirte ahora mismo en mi página web: **nick-clausen.com/es**

¡Espero verte pronto de nuevo!—Nick